Fernando Vizcaíno Casas

LOS ROJOS GANARON LA GUERRA

Cómo hubiera podido ser el futuro —nuestro presente— si Franco pierde la guerra civil.



Los rojos ganaron la guerra supone la vuelta de Vizcaíno Casas al género que le dio prestigio y, sobre todo, popularidad entre sus lectores, que él define como de historia-ficción y en el que se integran varios de sus títulos de mayor éxito: *… y al tercer año, resucitó, Las autonosuyas, … y habitó entre nosotros*. Esta vez, la ficción llega nada menos que a invertir el resultado final de la guerra civil (de cuya conclusión se cumplen ahora, justamente, los cincuenta años), de forma que el ejército popular o republicano o, más exactamente, rojo vence en la batalla del Ebro y tras otras afortunadas operaciones bélicas desfila victoriosamente por el paseo de la Castellana, que ya se llama avenida de Rusia.

A partir de este momento, abril de 1939, y a lo largo de nueve apasionantes ficciones (que así se titulan los capítulos del libro), el cultivo mordaz, satírico, ingenioso de la ucronía permite a Vizcaíno Casas imaginar un conjunto de apasionantes sucesos en la España que se ha convertido en una Unión de Repúblicas Socialistas del Estado Español (URSEE) presidida por Dolores Ibárruri y al frente de cuyo gobierno aparecen, primero, el doctor Negrín y, más tarde, Santiago Carrillo.

Por supuesto que muchos de tales hechos pudieron ocurrir en la realidad de haber sucedido lo que nunca pasó, pero también son numerosos los que tienen inmediata y clara trasposición al momento político que actualmente estamos viviendo.

Los rojos ganaron la guerra, libro de apasionante lectura, ha exigido de su autor un cuidado estudio de los principales personajes de nuestra historia contemporánea, muchos de los cuales hablan con su propia voz, y suyas son bastantes de las frases que se recogen en el texto, aunque, por supuesto, las pronunciasen en distinta ocasión. Además de una ironía constante, que provoca de continuo la sonrisa del lector, hay en *Los rojos ganaron la guerra* sugestivos temas de meditación acerca de cómo pudo cambiar el futuro de España (nuestro presente), y aun el de Europa, de haber sido otro el signo final de la guerra civil.

Posiblemente desde… *y al tercer año, resucitó* no había vuelto con tanta fidelidad y brillantez Vizcaíno Casas a su género predilecto como con *Los rojos ganaron la guerra*, que sin duda ha de convertirse en uno de sus más celebrados best-sellers.

Fernando Vizcaíno Casas

Los rojos ganaron la guerra

ePub r1.0
Titivillus 23.02.2023

Título original: *Los rojos ganaron la guerra*
Fernando Vizcaíno Casas, 1989
Diseño colección, cubierta y fotomontaje: Hans Romberg (realización de Jordi Royo)
Colección: Fábula, 245

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

A la memoria de Rafael García Serrano, espléndido escritor, de intactas fidelidades

ALGUNAS CONVENIENTES PUNTUALIZACIONES

La ucronía —es decir, las suposiciones sobre la historia que pudo ser y no fue— constituye un juego apasionante. ¿Qué hubiera ocurrido en el mundo si Cristóbal Colón no hubiese pasado con sus carabelas más allá de las Canarias, como muchos opinan que, para bien de ese mismo mundo, debió hacer? ¿Qué sería ahora de Europa si Napoleón Bonaparte llega a vencer en Waterloo? ¿O si Adolfo Hitler, en 1941, consigue desembarcar con sus ejércitos en Inglaterra y conquistar las islas británicas?

En este año de 1989, cuando se cumple medio siglo del final de la guerra civil española (y no escribo *se celebra* porque imagino que poco va a celebrarse), resulta oportuno traer el divertimento ucrónico a la contemplación, inevitablemente utópica (dicen los diccionarios que la utopía es al espacio lo que la ucronía al tiempo), de lo que pudo haber sucedido en España si en abril de 1939 la guerra hubiese terminado con la victoria del ejército rojo. Que así se le llamaba entonces; lo de *republicanos* ha sido una reciente edulcoración.

Me consta, por supuesto, que no es la primera vez que este juego se plantea literariamente. Que yo sepa, ya se hizo en dos ocasiones anteriores. Una, en la novela de Fernando Díaz-Plaja *El desfile de la victoria* (Edit. Argos, 1976); otra, en la de Jesús Torbado *En el día de hoy*, que ganó el Premio Planeta ese mismo año. Pero no creo preciso aclarar que los escritores partimos en nuestras creaciones desde puntos de vista muy personales y, pocas veces, transferibles; por lo que tan ilustres precedentes creo que para nada coinciden con la versión que ahora doy del mismo imposible sucedido. Que yo planteo desde la óptica del humor, con premeditado desparpajo —casi esperpéntico— en la forma y montando las probabilidades y las conjeturas de modo enteramente subjetivo.

Naturalmente, todo lo que cuento como sucedido no son otra cosa que lucubraciones, fruto de mi fantasía y de mi imaginación. Aunque tengo el

convencimiento de que bastantes de las cosas que aquí se inventan hubieran ocurrido en la realidad española si la guerra civil la ganan los soldados del doctor Negrín. Pero parece también ocioso aclarar que, sobre esto, cada ciudadano puede opinar como le parezca y es muy dueño de hacerlo, toda vez que no existe base real (ni siquiera indiciaria) para discutir las previsiones acerca de lo que jamás ocurrió. Las mías son estas: las que conocerán si tienen la paciencia de ir leyendo las páginas que siguen.

De todas formas, quiero también aclarar que en el diseño de los personajes reales que intervienen en la acción imaginada y en sus reacciones he procurado ceñirme a sus temperamentos, ideas y caracteres, pues esos sí que constan históricamente. Asimismo, bastantes de las frases y comentarios que pongo en sus labios, suyos son; aunque los pronunciaran en distinta ocasión, como es lógico. Estuve tentado de destacar estos textos originales con un subrayado; al final, he preferido dejar a la intuición de los lectores adivinar cuándo una opinión de Azaña, una expresión de Besteiro o un parecer de Santiago Carrillo resultan absolutamente verídicos y cuándo, por el contrario, se deben a mi inventiva.

Doy por descontado que algunos, quizá bastantes, disentirán de mi *historia-ficción* (que tal es, en definitiva, la ucronía). Tampoco van a faltar quienes desempolven sus conocidas —y creo que desprestigiadas por el uso— acusaciones de fanatismo, fachismo, oscurantismo y demás monsergas. A estas alturas de la historia y cincuenta años después de terminada nuestra última contienda civil, aviados estaríamos si no pudiésemos expresar nuestras opiniones sobre el rumbo que hubiese tomado este país, como hoy suele decirse, de haber sido distinto el signo de los vencedores. Yo doy las mías sin pretender en absoluto revestirlas de infalibilidad. Sería necio, ya que en este juego (y tengo que insistir en el concepto puramente recreativo de lo ucrónico) nadie puede pretender estar en posesión de una verdad que, carente de base cierta, queda sometida a toda clase de contradictorias hipótesis.

Repito: esta es *mi* versión, *mi* personalísima fabulación de lo que hubiese sucedido en España —y aun en Europa— si los rojos (con perdón) llegan a ganar la guerra. Cada cual puede tener la suya; tan respetable y tan imposible como la de servidor. Lo bueno de todas ellas es que ninguna admite prueba en contrario.

F. V. C.

FICCIÓN PRIMERA

El ejército rojo gana la batalla del Ebro • Discrepancias entre el mando nacional • La «Operación P» divide en dos la zona franquista • Líster toma Zaragoza y quiere fusilar a la Pilarica • Reconquista del Norte • Muere en Francia Manuel Machado • Gil Robles y Areilza intentan una paz negociada • Monseñor Montini, representante oficioso del Vaticano ante el gobierno Negrín • La guerra ha terminado • Franco sale de Tetuán con rumbo desconocido • Alemania reconoce «de jure» a los triunfadores • El desfile de la Victoria

A las cero horas quince minutos del 25 de julio de 1938 —en la zona nacional se celebra la festividad de Santiago, patrón de España—, el Ejército Popular, al mando del teniente coronel de milicias Juan Modesto, cruza el río por doce puntos diferentes, a lo largo de un frente de 75 kilómetros. La sorpresa es total; las fuerzas nacionales que guarnecen la orilla opuesta no consiguen reaccionar ante el empuje de las doce divisiones rojas que intervienen en la ofensiva. Son la flor y nata del Ejército; las mandan sus jefes más ilustres, casi todos ellos comunistas: Líster, *el Campesino*, Hans Kahle, Cordón, Tagüeña, Merino, Barceló, Usatorre. Ochenta baterías y 37 antiaéreas apoyan la ambiciosa operación. El general Vicente Rojo la ha preparado concienzudamente; consiste en caer de revés sobre el frente franquista de Levante para cortar en Alcañiz las comunicaciones de Aragón. Al propio tiempo, el Ejército de la zona Centro-Sur, dirigido por el general Miaja y los coroneles Casado y Francisco Galán, cooperará lanzando otra ofensiva en Extremadura, para dividir en dos la zona nacional; asimismo, se llevará a cabo un desembarco en Motril.

La Unión Soviética ha suministrado, por fin, abundante y moderno material al ejército rojo.

Tanques T-26, muy superiores a los Ansaldo italianos y a los Mercedes alemanes; el último modelo de carros de combate, bautizado como BI-5;

fusiles Mosin; ametralladoras Degtiaviov. Y espléndidos aviones, recién salidos de las fábricas rusas: los I-5 y los I-6, versiones perfeccionadas de los ya legendarios *Chatos* y *Moscas*, y los bombarderos RZ y SB, que mejoran en rendimiento a los conocidos *Katiuskas* y *Natachas*. Los tripulan, con arrojo y pericia, los jóvenes pilotos españoles formados en las escuelas militares de la URSS.

El cuerpo de ejército de Yagüe, que cubre el Ebro desde Mequinenza a Tortosa, no esperaba el ataque. De ahí que el éxito inicial resulte absoluto. El mismo día 25 consiguen las tropas de Modesto alcanzar el noventa por ciento de la progresión prevista: los cuerpos de ejército V y XV conquistan toda la zona entre Fayón y Cherta, tomando los pueblos de Corbera, Pinell y Mora y las sierras de Caballs y Pàndols, que dominan Gandesa. Los soldados luchan con singular ímpetu —de modo especial los de las Brigadas Internacionales—, conscientes de que en aquella batalla puede decidirse el curso de la guerra.

Así ocurrió, pese a la feroz resistencia de los nacionales. Franco concentró en el Ebro sus mejores divisiones. Alonso Vega, Rada, Galera, Delgado Serrano, García Valiño, Castejón acudieron en ayuda de Yagüe. Se provocaron inundaciones, abriendo las presas, para contener mejor el impulso ofensivo de los rojos; pese a todo, el 26, Modesto consigue avanzar veinticinco kilómetros en profundidad y sus cuerpos de ejército convergen sobre Gandesa. Líster, con la XI División, desciende desde la sierra de Pàndols y toma Bot, no obstante el heroísmo con que resiste el Tercio catalán de Nuestra Señora de Montserrat. El Generalísimo establece su cuartel general a pocos kilómetros de la primera línea y dirige, con Dávila, las operaciones. Pero Francia ha decidido finalmente facilitar los tantas veces prometidos suministros de material de guerra a Negrín y el gobierno ruso no cesa de enviar aviones y tanques. El dominio del aire se desnivela así en favor de Hidalgo de Cisneros, ascendido a general el primero de agosto, para premiar sus éxitos.

Surgen discrepancias entre los altos jefes militares de Franco; Aranda y Yagüe no están de acuerdo con sus criterios operativos y se dice que las reuniones entre ellos son tormentosas. Crecido en su moral, Modesto concentra sus fuerzas más selectas —los internacionales, las divisiones de Pozas y Hernández Sarabia, las de Líster y *el Campesino*— y avanza hacia Alcañiz, que cae el 9 de agosto. Dos días más tarde ocupa Caspe. Por vez primera desde que se inició la guerra civil se aprecian síntomas de desmoralización en el ejército nacional; algunas posiciones se entregan sin apurar todas sus posibilidades de resistencia. El presidente de la República,

Azaña, envía un mensaje de felicitación a sus soldados; parece haber recuperado su fe en la victoria, que pocas semanas antes consideraba imposible. Al mismo tiempo, el general Vicente Rojo pone en marcha el «Plan P» y la ofensiva en Extremadura comienza con signo favorable; las posiciones franquistas están casi desguarnecidas porque el grueso de las fuerzas ha sido enviado al frente del Ebro. Ello facilita la rápida penetración del ejército republicano, que en dos días avanza sesenta kilómetros.

El 20 de agosto las vanguardias de Modesto se encuentran a cinco kilómetros de Zaragoza.

Y Rojo, en Extremadura, tiene a sus hombres a cincuenta de la frontera portuguesa. En la capital de Aragón los franquistas despliegan una gigantesca operación de propaganda, con recuerdos constantes a la guerra de la Independencia y al heroísmo de Agustina; pero las batallas no se ganan con simples motivaciones espirituales y las divisiones rojas llegan amparadas en una abrumadora superioridad de medios. Los cazas soviéticos han aniquilado a la Legión Cóndor y aunque en tierra las fuerzas quedan más igualadas, sucede que la moral de los soldados de Negrín es superior a la de los de Franco, nada habituados hasta ahora a retroceder, e incapaces de reaccionar ante tan inesperados reveses.

Zaragoza cae en poder de la República el 29 de agosto. La ciudad recibe con frialdad a sus ocupantes; solo los aclaman los presos anarquistas que salen de la cárcel (como es natural) pletóricos de júbilo. Modesto tiene un durísimo enfrentamiento con Líster, que pretendía fusilar la imagen de la Pilarica, entre el cerril entusiasmo de sus soldados. El coronel-jefe termina imponiendo su autoridad, aunque para ello tenga que desenfundar su pistola, ante el desconcierto y la zozobra de su estado mayor. Finalmente, la Virgen es retirada de su altar y depositada en un almacén municipal, bajo la custodia de una compañía de la V División. Lo que no puede evitarse es que, al anochecer, grupos incontrolados asalten la basílica, prendan fuego a las banderas de las naciones hispanoamericanas que hay junto al altar mayor y destrocen parcialmente el hermoso trasaltar de Damián Forment.

Los nacionales desencadenan una violenta contraofensiva; durante dos semanas se lucha ferozmente a las mismas puertas de Zaragoza. Mientras, las divisiones de Rojo progresan, muy lentamente, hacia la frontera de Extremadura con Portugal. También aquí, la reacción de los franquistas ha sido enérgica, aunque se comenta que Queipo de Llano, que manda la operación, no se atiene con excesivo rigor a las órdenes del cuartel general. Incluso se especula con la posibilidad de que Franco le sustituya por Varela.

Septiembre del 38 es un mes tenso. No hay variaciones sustanciales en los frentes; el ejército nacional pretende recuperar la iniciativa, pero sus desesperados contraataques son casi siempre frenados por los republicanos, que han conseguido por fin una unidad de mando y una disciplina que les permiten aprovechar debidamente su superioridad de medios. Ante el radical cambio en las perspectivas bélicas, el gobierno francés se muestra definitivamente tolerante en facilitar el paso de material de guerra por sus fronteras e incluso aprueba el envío de varias toneladas de municiones. Por su parte, Gran Bretaña exige en la Sociedad de las Naciones el riguroso cumplimiento de la *No Intervención* y sus navíos interceptan varios mercantes alemanes que trasladaban armas a los puertos nacionales. Hitler, evidentemente decepcionado por la marcha de las operaciones, ni siquiera protesta ante la desigualdad de trato.

El doctor Negrín, presidente del gobierno, visita los frentes de continuo, hace discursos vibrantes, recuerda que seis meses antes había pronosticado que la guerra cambiaría de signo y, dócil a las consignas de Moscú, aumenta cada día más las prerrogativas de los comunistas, no solo en el Ejército (cuyos altos mandos lo son casi absolutamente), sino también en la Administración del Estado. Sin embargo, ratifica su entera confianza al general Vicente Rojo (que no pertenece, ni mucho menos, al PCE), ya que ha demostrado la eficacia de sus tácticas y un indiscutible talento militar. Siguiendo sus planes estratégicos, el coronel Casado realiza una operación diversiva en el frente de Madrid y, en una semana, la tenaza que oprimía la capital queda rota, con la reconquista de los Carabancheles y una profunda penetración en la carretera de La Coruña, hasta más allá de Las Rozas.

En octubre, la ofensiva de Extremadura alcanza sus objetivos. La tenaz resistencia de las fuerzas de la Legión, de las banderas de Falange y de los soldados de Queipo no puede impedir que el ejército rojo, ahora muy superior en medios de combate, llegue hasta la frontera portuguesa. La zona nacional queda así dividida en dos; el «Plan P» ha supuesto un éxito rotundo para el general Vicente Rojo, a quien Negrín concede la Orden de la República; Casado y Líster son ascendidos a generales. Contrariamente, Queipo de Llano proclama, por los micrófonos de Radio Sevilla, que el alto mando le ha abandonado en los momentos más críticos y expresamente muestra su disconformidad con las instrucciones tácticas del Generalísimo.

El embajador Von Stohrer informa a Hitler de la situación; según su criterio, Franco tiene irremisiblemente perdida la guerra y resultaría tan inútil como impolítico continuar prestándole apoyo militar. A finales de noviembre,

Vicente Rojo expone al presidente del gobierno su plan de operaciones: una ofensiva desde Zaragoza hacia el Norte, con Bilbao y San Sebastián como inmediatos objetivos. Espera la más que probable ayuda de los mineros asturianos, que hostigarán la retaguardia nacional actuando en guerrillas. A la vez, Miaja dirigirá el ataque contra Cáceres y Badajoz, para después descender hacia el Sur. Para realizar tan ambicioso proyecto cuenta con treinta divisiones, llenas de moral, y con el apoyo de la aviación, reforzada con trescientos aparatos más que llegarán de la URSS de un momento a otro.

En plena euforia republicana, el presidente Companys no quiere que Cataluña quede al margen del triunfo y organiza a su aire una ofensiva contra Huesca, que cae el 6 de diciembre en poder de los batallones de la Generalitat, mandados por el general Antonio Escobar. Pero la escasa capacidad del antiguo jefe de la Guardia Civil le hace incurrir en graves errores tácticos y sus fuerzas están a punto de quedar envueltas por un contraataque de las de Muñoz Grandes. Es preciso que acudan en su ayuda dos cuerpos de ejército de los que se preparan para marchar sobre el Norte y así puede conjurarse el peligro e, incluso, ocupar la frontera francesa, desde Camprodón a Le Perthus.

A mediados de mes comienza la ofensiva sobre Bilbao; los primeros días el avance apenas llega a los cinco kilómetros, pues la resistencia del cuerpo de ejército de Navarra es impresionante. Se lucha palmo a palmo; los soldados de Solchaga, de García Valiño, de Dávila aguantan hasta el exterminio los ataques de las fuerzas de Tagüeña, de Modesto, de Líster y de Kahle. Desesperadamente, Franco intenta conseguir que Hitler restablezca el envío de material para contrarrestar la superioridad aérea y artillera del enemigo. Pero el III Reich ha decidido inhibirse de la guerra española, mientras que, por el contrario, Rusia redobla su ayuda. La aviación republicana se hace dueña del aire y las baterías artilleras, que estrenan cañones de enorme potencia, destrozan las posiciones nacionales.

El 20 de diciembre Líster toma Pancorbo; el 25, entra en Vitoria. Es una Navidad gloriosa para Negrín; más glorioso todavía resultaría el primer día del nuevo año, 1939, pues, justamente en esa fecha, el ejército rojo ocupa San Sebastián. Se produce un dramático éxodo hacia la frontera de Irún de personas que huyen de las presumibles venganzas de los vencedores. Gentes de toda clase y condición cruzan el puente internacional, cargadas de bultos y de maletas, de entrañables recuerdos de los hogares abandonados, e inmediatamente son internadas en campos de concentración improvisados por el gobierno socialista de París junto a las playas cantábricas. Soldados

senegaleses los vigilan como si de criminales se tratara; los desvalidos refugiados han de padecer toda clase de vejaciones. El comentario entre ellos es unánime:

—No se portarían así los franceses si quienes escaparan de España fueran sus amigos, los rojos.

En la masiva huida participan, también, algunas personalidades relevantes de la intelectualidad franquista. Manuel Machado, el insigne poeta, con fiebre de cuarenta grados, destrozado física y moralmente, traspasa la raya fronteriza y ha de someterse a un denigrante registro por parte de los gendarmes; consigue librarle del cautiverio su editor francés, que ha ido a esperarle y que le dará cobijo en su casa de San Juan de Luz. Pero la vida de Machado se extinguirá pronto: apenas tres semanas después, morirá entre la indiferencia y el olvido. Su tumba, en un triste cementerio provinciano, queda cubierta por un musgo despiadado, que incluso hace difícil leer su nombre en la modesta lápida, única referencia durante años al eminente autor de *Cante hondo*.

Mejor destino tienen los humoristas Tono y Mihura, que tanto se habían significado por sus chistes y sus artículos en el semanario *La Ametralladora*, editado en la capital donostiarra y repartido a los combatientes nacionales. Por sus muchas amistades en Biarritz, logran eludir la investigación y seguir hasta París. En cambio, Pedro Chicote, el popular barman, pasa varios días en el campo de concentración, hasta que consigue la libertad juntamente con el famoso oftalmólogo Ramón Castroviejo y el poeta Agustín de Foxá, que no ha podido evitar una de sus frases:

—Son las dulzuras de la dulce Francia.

La certidumbre de la victoria republicana es tan clara que la Santa Sede, tras laboriosas negociaciones del ministro Irujo, decide enviar un representante oficioso cerca del gobierno Negrín. Nombra para el cargo a monseñor Giovanni Battista Montini, destacada personalidad de la curia vaticana, muy apreciado por sus virtudes sacerdotales y por su abierta mentalidad ecuménica. Desembarca en el puerto de Barcelona y es recibido por el presidente Companys y el conseller Tarradellas; en su honor se organiza una misa concelebrada, repescando a los pocos curas que han salido con vida de la represión. Monseñor Montini no oculta su satisfacción y en sus declaraciones, ampliamente difundidas por la prensa, muestra su confianza en que pronto vuelvan a España la libertad y la democracia y, con ellas, la tolerancia con la religión. Glosa especialmente la caridad cristiana, tan opuesta a la tiranía de los regímenes totalitarios.

Tal como se esperaba, los mineros de Asturias se han organizado en guerrillas, lo que obliga a Solchaga a destinar varios batallones a combatirlos. Puede así Vicente Rojo poner en marcha la ofensiva contra Burgos, realizando una maniobra envolvente, con el cuerpo de ejército de Pozas partiendo desde Pancorbo y los soldados de Líster y del *Campesino*, atacando desde Lerma. El 26 de enero cae en poder de la República la que había sido capital nacionalista. De nuevo hay que frenar los entusiasmos de las gentes de Líster, empeñadas en pegar fuego a la catedral. Al final, todo queda en el fusilamiento de algo más de dos mil facciosos, pasados por las armas a orillas del Arlanzón; no hizo falta instruirles ninguna causa, ni celebrar engorrosos juicios, pues era de sobra conocida su activa militancia en favor del fascismo, que la mayoría, incluso, reconoció gallardamente.

El primero de febrero de 1939, el gobierno presidido por el doctor Negrín toma una decisión que es todo un acierto político: regresar a Madrid. Madrid, pues, recobra la capitalidad, de hecho y de derecho, de la zona republicana, que había dejado de ostentar el 6 de noviembre de 1936, cuando Largo Caballero, entonces jefe del ejecutivo, marchó precipitada (y vergonzosamente) a Valencia, con todos sus ministros. Una muchedumbre enardecida aclama ahora a Negrín, frente al edificio de la Presidencia; el doctor pronuncia unas pocas, pero vibrantes palabras: *Aquí estamos de nuevo a vuestro lado* (ovación). *Hace ya más de dos años, cuando el gobierno decidió salir de este Madrid heroico para poder atender mejor las necesidades de la guerra, nuestros enemigos de siempre y los emboscados y los cobardes dijeron que aquello suponía que teníamos perdida la guerra. Pues bien: si ahora volvemos, si vuestro gobierno vuelve a instalarse en su sede natural, está claro que eso quiere decir que la hemos ganado* (Inenarrable entusiasmo en el público). *La bestia fascista, clerical y capitalista se bate en retirada* (ovación); *hasta sus aliados la abandonan, mientras nuestros amigos, en cambio, están más a nuestro lado que nunca* (gritos de «¡Viva Rusia! ¡Viva Stalin! ¡Viva Lenin!»; la muchedumbre entona *La Internacional*, Negrín abraza largamente al embajador soviético, Rosenberg). *Madrid fue la tumba del fascismo; ahora ya lo es España entera*.

El fervor de las treinta mil personas congregadas al comienzo del antiguo paseo de la Castellana (hoy, avenida de Rusia) se desborda con la última frase del doctor. Reiteradas veces tiene que salir al balcón, para levantar con energía el puño, contestando así a las aclamaciones de los madrileños. También reciben fervorosos vítores *la Pasionaria* (que besa entre aplausos al comisario Antón, su compañero sentimental), el general Miaja y el secretario

del PCE, José Díaz. La prensa ha excusado anticipadamente la ausencia del presidente de la República, que sigue en Barcelona, retenido por exigencias de su cargo; su regreso a Madrid se efectuará dentro de pocos días. En realidad, nadie le echa de menos; en cambio, muchos de los entusiastas manifestantes habrían querido ver en el balcón a don Julián Besteiro, el legendario socialista que se negó a abandonar la capital en los gravísimos momentos de la llegada a sus arrabales del ejército franquista y desde entonces compartió sobresaltos, amarguras y riesgos físicos con sus conciudadanos. Ignora la gente que sus relaciones con el presidente del gobierno son malas; ya que, profundamente anticomunista, se niega a aceptar su radicalización marxista. Incluso, en una reunión de la ejecutiva regional del PSOE, le ha llamado *títere de Moscú*. Aunque, en un principio, se pensó instruirle expediente, el propio Negrín aconsejó quitar importancia al asunto, dado el gran prestigio que Besteiro tiene entre los madrileños. Pero a sus íntimos les comenta:

—Tiempo tendremos de ocuparnos del viejo, cuando la guerra esté liquidada…

Falta ya poco para eso. El hundimiento de la zona nacional se precipita; los mineros, hostigando la retaguardia franquista en Asturias, obligan a Yagüe a mantener numerosas fuerzas en el sector, con lo que debilita la defensa de Santander. La capital de la Montaña cae así en poder de las Brigadas Internacionales con menor dificultad de la prevista; inmediatamente, el *lehendakari* José Antonio Aguirre hace como que toma el mando directo de las operaciones para reconquistar Bilbao, planeadas y dirigidas, en realidad, por el general Gamir Ulibarri. Por su parte, los gudaris exigen entrar antes que nadie en la ciudad, a pesar de que el peso de la ofensiva lo ha llevado el cuerpo de ejército que manda el comunista Barceló.

El alcalde fascista de Bilbao, José María de Areilza, logra escapar, con el escritor vasco Jacinto Miquelarena, el famoso futbolista del Athletic Guillermo Gorostiza y varios jefes militares, a bordo de un trimotor *Junker*, que los lleva hasta Lisboa. Allí, Areilza mantiene una larga entrevista con el ex jefe de la CEDA José María Gil Robles, cuyo contenido no trasciende; pero en los restos de la angustiada zona nacional se propaga el rumor de que ambos políticos han tratado la posibilidad de entrar en conversaciones con el gobierno de Madrid, para pactar una paz honrosa. El cuartel general del Generalísimo publica una nota oficial, desmintiendo la especie; por su parte,

Negrín se manifiesta inflexible en unas declaraciones a la prensa extranjera: solo aceptará la rendición sin condiciones del enemigo.

El 15 de marzo, el ejército rojo ocupa Salamanca, donde estuvo situado durante la guerra el cuartel general del Generalísimo. La pérdida de la capital charra supone el golpe de gracia para los fascistas; muchos de sus jerifaltes caen, asimismo, en poder de las fuerzas de Negrín. Como el poeta Dionisio Ridruejo, jefe de los servicios de propaganda de Franco, que se salva del fusilamiento inmediato gracias a las estrictas órdenes que ha dado el presidente de la República respecto del trato a los intelectuales enemigos. No quiere Azaña que se incurra en el mismo torpe error de los facciosos, que, al asesinar a García Lorca en las primeras semanas del Alzamiento, se enajenaron las simpatías de amplios sectores culturales de Europa. Y además, bastantes problemas ha tenido ya la República a cuenta de la ejecución del comediógrafo Muñoz Seca en Paracuellos del Jarama.

Todavía tendrá muchos más en el futuro. Pues los nacionalistas, una vez perdida la guerra, organizarán (con el apoyo de Mussolini y Oliveira Salazar) gigantescas campañas de propaganda, explotando hábilmente el estúpido fusilamiento de Muñoz Seca como bandera publicitaria. Dino Grandi ha de patrocinar una edición popular (dos millones de ejemplares) de sus obras completas que se repartirán por Hispanoamérica, en colegios y centros culturales. El propio Duce prologa la edición italiana; *Action Française* se encarga de difundir la francesa, con prólogo de François Perroux; pese al enfriamiento de sus relaciones con Franco, Alemania también lanza quinientos mil ejemplares de *Die Rache von Herr Mendo*; y en Estados Unidos alcanza enorme éxito la traducción al inglés de *La oca* (allí titulada *A strange sindycat*), que se presenta como una original sátira del comunismo, a causa de la cual su autor fue villanamente asesinado.

De modo que el nombre de Pedro Muñoz Seca, escasamente conocido fuera de España antes de la guerra civil, convirtióse de pronto en el más famoso de la literatura de habla castellana. Se puso de moda entre los estudiantes de Europa y América dedicar tesis y estudios monográficos a tan ingenioso escritor, del cual se hizo un auténtico mito. Por eso el presidente Azaña no quería nuevos mártires; y convenció a Negrín para que las vidas de los intelectuales fascistas que cayeran en poder del gobierno republicano fuesen respetadas y se les juzgara después con toda clase de garantías. Gracias a ello, quedaron vivos, además del ya citado Ridruejo, escritores franquistas tan señalados como Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar y Enrique Llovet, todos ellos detenidos en Salamanca, juntamente con Luis Escobar, Manuel

Augusto García Viñolas y el director de cine, primo de José Antonio, José Luis Sáenz de Heredia.

El 23 de marzo, la zona nacional ha quedado reducida a las provincias gallegas, una pequeña parte de León, y en Andalucía, a Sevilla, Cádiz, Huelva, Granada y Jaén, además del protectorado de Marruecos y las islas Canarias. En el gobierno de Franco existe una profunda disensión, entre quienes quieren continuar la guerra a todo trance y los partidarios de intentar una solución pactada. Yagüe, García Valiño, Muñoz Grandes, Solchaga y Rada figuran entre los primeros; aunque son conscientes de las escasas posibilidades que tiene el ejército nacionalista de defender el territorio peninsular que todavía ocupa, piensan que su resistencia puede alargarse durante bastantes meses en Marruecos y Canarias, dando tiempo así a que la guerra europea —sin duda tan inevitable como próxima— permita una intervención a su favor de las naciones amigas.

Sin embargo, el Caudillo no comparte semejante criterio, pues duda de la actitud de Alemania en el supuesto de una conflagración en Europa. Por ello, comisiona secretamente al coronel Beigbeder para que se traslade a Londres y procure conseguir la ayuda del gobierno británico para iniciar conversaciones de paz con Negrín. A pesar del sigilo con que se lleva la operación, se enteran de ella los falangistas andaluces y su jefe territorial, Sancho Dávila, se subleva en Sevilla, al grito de *¡Antes morir que pactar!* Durante tres días se combate en las calles de la capital; finalmente, las fuerzas de Queipo —adictas a Franco— reducen a los insurrectos, cuyo jefe es sometido a juicio sumarísimo y fusilado.

Aprovechando el desconcierto que estas luchas internas provocan en lo que queda de zona nacional, el general Vicente Rojo pone en marcha la «Operación Lucero», mientras Negrín se niega a cualquier clase de diálogo con los enviados del Generalísimo que, desde Londres y con lord Halifax como intermediario, intentan pactar el fin de las hostilidades. El 20 de marzo, tres divisiones salen desde Málaga, Badajoz y Salamanca hacia las provincias andaluzas todavía en poder de Franco, al tiempo que los cuerpos de ejército de Líster, *el Campesino*, Pozas y Kahle caen sobre Galicia, desde sus posiciones asturianas. En ninguno de ambos sectores encuentran resistencia seria; el día 30, Franco, ante lo inevitable, vuela hasta Tetuán y sus ministros toman distintos rumbos. Serrano Suñer, Jordana y Dávila le acompañan; Sainz Rodríguez, Amado, Peña Boeuf y el conde de Rodezno marchan a

Lisboa; Fernández Cuesta, González Bueno y Suanzes salen de Cádiz en el submarino *General Mola* con destino a Génova. Apenas los deje en el puerto italiano, el sumergible izará bandera roja, incorporándose a la base de Cartagena.

Desoyendo los consejos de quienes siguen partidarios de una *resistencia numantina* en Marruecos, el Generalísimo hace público un comunicado al pueblo español en el que dice que *aunque podría mantener la lucha armada desde el territorio del Protectorado, a la espera de que los acontecimientos internacionales cambiaran el rumbo de la guerra*, considera que los cuantiosos sacrificios y las ingentes pérdidas ya producidas a lo largo de los tres años de guerra, aconsejan aceptar los designios del Señor, *aun con la certeza de que la victoria de la coalición judeo-masónica-marxista internacional no podrá consolidarse jamás en nuestra Patria* y también seguro de que *el honrado pueblo español sabe que contará siempre con nosotros, que seguiremos dispuestos a rescatar los eternos valores de la nación, cuando el momento sea propicio y así se nos demande*.

El manifiesto de Franco se difunde el 6 de abril, jueves santo. Ese mismo día, el Caudillo abandona el territorio español, desde el aeropuerto de Tetuán, con su esposa y su hija; su cuñado y ministro del Interior, Ramón Serrano Suñer; su primo y ayudante, Franco Salgado-Araujo, y el asesor jurídico, Martínez Fuset. Viajan todos a bordo de un Savoia, en dirección desconocida. Entre ese día y el siguiente, el resto de miembros del gobierno y jerarquías de FET y de las JONS, así como los principales jefes militares, salen de España. Sin embargo, se quedan —y arrostrarán todos los riesgos de su captura por los vencedores— los generales Yagüe, Muñoz Grandes y Moscardó, el comandante de aviación Joaquín García Morato y el almirante Moreno. Ellos se encargan de formalizar la entrega del territorio marroquí y las islas Canarias al ejército republicano. El 9 de abril, el país entero se encuentra ya en poder del gobierno del doctor Negrín.

Don Manuel Azaña, personalmente, redacta el último parte oficial de guerra; después de introducir algunas pequeñas correcciones de estilo, el texto definitivo queda así: *El ejército de la República ha ocupado en el día de hoy los últimos reductos fascistas. Desarmados y vencidos, los soldados enemigos se rindieron incondicionalmente a nuestras heroicas fuerzas, que en estos momentos ocupan todo el territorio nacional, así peninsular como insular y zonas de protectorado en África. La guerra ha terminado. ¡Viva la República! Madrid, 10 de abril de 1939. El presidente de la República: Manuel Azaña Díaz*.

Las primeras semanas de la paz fueron convulsas; convulsas y difíciles. En las plazas de toros y en los campos de fútbol se hacinaban millares de soldados, oficiales y jefes del ejército franquista derrotado, a la espera de que se clarificasen sus responsabilidades. El SIM y la policía, cuyos ficheros resultaron eficacísimos, detuvieron en la zona últimamente conquistada, a jerarquías fascistas, militares traidores, altos cargos de la Administración, magnates de la banca y del capitalismo y escritorzuelos y presuntos intelectuales que habían puesto sus plumas (no puede decirse que sus inteligencias, por obvias razones) al servicio de Franco, tales como Eugenio d'Ors y José María Pemán, capturados ambos en el puerto de Palos de Moguer, cuando intentaban subir a bordo de un mercante con bandera británica. Quedaron internados en el penal de Santa Catalina, en Cádiz, hasta tanto se les instruyera la pertinente causa judicial, por auxilio a la rebelión, sedición, propaganda ilegal y maquinaciones contra las libertades democráticas.

Sin embargo, la mayoría de intelectuales fascistas lograron huir y poco tardarían en conspirar desde el exilio contra la República vencedora. No podrían ya hacerlo, en cambio, los aproximadamente veinte mil simpatizantes de Franco ejecutados en los primeros momentos por los habituales *grupos incontrolados*, que sin respetar formalidades legales (aunque con indiscutible razón de fondo) dieron su merecido a semejantes enemigos de la democracia. El gobierno, no obstante, en una evidente prueba de su escrupuloso respeto a la legalidad, condenó enérgicamente tales excesos, dictando instrucciones muy severas a los gobernadores civiles y fuerzas de seguridad a sus órdenes para que impidieran en lo sucesivo nuevas desviaciones de la justicia popular. Estas medidas se hicieron públicas alrededor del 20 de abril y resultaron altamente eficaces, aunque algo tardías.

El día 22 del mes de la victoria, la Alemania nazi reconocía *de jure* al gobierno Negrín. Fue la gran sorpresa, una auténtica campanada en toda Europa; en Estados Unidos, los más sagaces comentaristas de la política internacional lo interpretaron como una clara aproximación de Hitler a la Unión Soviética. No hizo comentarios el portavoz del gobierno italiano; en el Foreign Office se limitaron a señalar que *la política del III Reich ha sido siempre eminentemente pragmática*. Por su parte, el doctor Negrín convocó una rueda de prensa y con aparente indiferencia manifestó que la indiscutible legalidad de su gabinete, único representante de la soberanía nacional, hacía normal la actitud de cualquier país que no quisiera encerrarse en actitudes tan

ridículas como insostenibles (clara alusión a Italia y Portugal, que se negaban a reconocer a su gobierno).

También aclaró Negrín que el hecho de que el III Reich adoptara tan sensata medida, no suponía que los españoles fuesen a olvidar la actitud mantenida durante tanto tiempo por los nazis en favor de Franco. Así pues, cuando el primer embajador de Hitler cruzó, en su coche, las calles de Madrid, camino del palacio de Oriente, donde tenía que presentar las cartas credenciales al jefe del Estado, los balcones y ventanas de todas las casas del recorrido aparecieron cerradas, como muda señal de protesta por la injerencia alemana en la guerra civil. Y grupos de jóvenes, debidamente preparados por el Ministerio de la Gobernación, silbaron e incluso insultaron al diplomático.

Hasta finales de abril, la máxima preocupación del gobierno fue facilitar el regreso a sus lugares de origen a los cientos de miles de ciudadanos desplazados de ellos durante los años de la contienda. Tuvo también que afrontar el inmediato problema de las subsistencias, pues comenzaron a escasear bastantes productos alimenticios básicos, al tiempo que la especulación disparaba los precios. Pero la euforia de aquellos primeros días de paz hacía que nadie reparase en inconvenientes ni se planteara siquiera las dificultades que, forzosamente, se avecinaban. Lo único que importaba a las gentes era hacer protestas de republicanismo, de fidelidades democráticas, de fervores marxistas. Especialmente en las ciudades rescatadas a última hora del yugo fascista, los amigos se saludaban levantando el puño con entusiasmo y a nadie se le ocurría llevar corbata, y todos, todos, recordaban haber asistido, poco antes del brutal alzamiento militar (que condenaban enérgicamente) a un discurso de Prieto o al mitin de Largo Caballero o a la conferencia de Azaña. Ni que decir tiene que *El Capital* era su libro de cabecera y que admiraban el talento y la clarividencia política de Stalin, magno ejecutor de los planes quinquenales, que convertían a Rusia en la primera potencia universal.

En aquellas tres semanas inmediatamente posteriores al 10 de abril, el gobierno, pues, pareció desentenderse de cualquier preocupación política, atento tan solo a normalizar la vida ciudadana y administrativa del país. Sin embargo, prensa y radio desarrollaban una constante exaltación de la figura de Negrín, *máximo artífice de la victoria* y glosaban a diario la *inestimable ayuda soviética*, decisiva para el triunfo final. La hegemonía del Partido Comunista sobre todos los demás del Frente Popular resultaba incuestionable; y millones de carteles cubrieron las paredes de ciudades, pueblos y aldeas, estimulando a los ciudadanos a volcarse en el homenaje al Ejército Popular —

llamado en muchos de ellos ejército rojo—, que se concretaría en Madrid, en ocasión del gran desfile de la Victoria.

Don Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, ha ido a recoger al jefe del Estado a su residencia de El Pardo, para desde allí acompañarle hasta la avenida de Rusia, donde va a celebrarse el espectacular desfile de la Victoria. Son poco más de las nueve y cuarto de la mañana del primero de mayo, día elegido de propósito —naturalmente— para conmemorar el triunfo del pueblo trabajador sobre sus opresores fasci/cleri/capitalistas. Han rebasado ya Puerta de Hierro y el automóvil —precedido por seis motoristas— atraviesa las ruinas de la Ciudad Universitaria. El panorama resulta sobrecogedor: hierros retorcidos, casamatas y trincheras, edificios hundidos, árboles segados por la metralla, escombros llenándolo todo…

—Terrible visión, don Manuel.

—Más que terrible, apocalíptica.

—A veces pienso que todavía no hemos valorado suficientemente la magnitud de la catástrofe. Que no nos dimos cabal cuenta de la tragedia, que no la vivimos.

—Nosotros, amigo mío, desde luego que no.

Llegan a la plaza de la Moncloa; a la derecha, las paredes calcinadas de la Cárcel Modelo parecen a punto de derrumbarse.

—Cada vez que paso por aquí —comenta Azaña— no puedo evitar el recuerdo de aquel día terrible de agosto del treinta y seis, cuando el odio se satisfizo en el exterminio.

—Fue un suceso lamentable; pero el pueblo quería hacer justicia a su manera.

—¿Qué sabrá el pueblo de la justicia? ¿Ni qué justicia podía alegarse para asesinar a don Melquíades Álvarez, mi primer mentor en política?

Gira el coche frente a los laboratorios Gal; hay mucha gente en las paradas del tranvía. Mujeres con pañuelos rojos al cuello, chiquillos que llevan banderines también rojos, hombres en mangas de camisa. Algunos lanzan vítores a la República y mueras al fascismo.

—Ahí los tiene: preparados para la juerga. Habrían ido con el mismo entusiasmo, aunque con otras banderas, si Franco gana la guerra.

Azaña descorre ligeramente una de las cortinillas y mira al exterior.

—¿Por dónde vamos? ¿Por Fernando el Católico?

—Perdone: ahora se llama calle de Boabdil el Chico.

—¡Qué majadería! Ya, ya sé que esa es una de las primeras cosas que hace en nuestro país cualquier movimiento político en cuanto llega al poder. Una manía tan ridícula como inocente. Madrid, como ha estado administrado casi siempre por forasteros y analfabetos, ha dado sobre el particular ejemplos de muy mal gusto, sobre todo cuando le sobrevienen a un concejal ataques agudos de cursilería. Ahí tiene un palmario ejemplo.

Ya están en la calle de Martínez Campos.

—¿Y cómo le llaman ahora a esta?

—Creo que le han respetado el nombre.

—Está claro que no saben quién era don Arsenio.

A mitad de la calle, el automóvil presidencial ha de reducir la marcha; hay cierta aglomeración de vehículos en dirección a la plaza de Castelar. A mínima velocidad, pasa por delante de un palacete con la fachada pintada en blanco y verde.

—La casa de Alcalá-Zamora —indica Martínez Barrio.

—Tan hortera como él. Recuerdo con espanto las veces que tuve que venir aquí a ver a don Niceto; aquellas rejas a la andaluza, aquel patio con azulejos, aquellas macetas con plantas por todas partes… Todo era tan ramplón y empalagoso como sus discursos.

—¿Ha sabido algo de él?

—No, por cierto. Tengo entendido que anda por Hispanoamérica dando conferencias.

—¿Pensará regresar?

—Vaya usted a saber. De semejante personaje cabe esperarlo todo.

La avenida de Rusia presenta un aspecto deslumbrante. Repletas ya de público las tribunas, la gente sigue llegando en oleadas. Los motoristas que escoltan el automóvil de los presidentes enfilan hacia la tribuna, levantada en el cruce de Lista. Presentan armas los soldados que cubren la carrera; en el estrado aguarda el gobierno, con los altos jefes militares y un invitado de excepción: el ministro ruso Molotov. Azaña desciende del coche a los sones del *Himno de Riego*; se le aplaude con moderada cortesía. En un discreto segundo término, Martínez Barrio le sigue en la ascensión de la docena de escalones que llevan hasta el podio. Ambos visten de frac, pero no se han atrevido a colocarse la chistera, que llevan en la mano. El doctor Negrín saluda al jefe del Estado y, sin hacer ningún caso de su acompañante, le dice:

—Voy a presentarle al camarada Molotov.

—¿A quién? —se extraña don Manuel.

—Al ministro ruso de Asuntos Exteriores, que nos honra con su presencia en este día histórico.

—No me habían advertido nada…

—Era una sorpresa que le guardábamos, señor presidente.

Por el gesto de Azaña se nota claramente que la sorpresa no le hace ninguna gracia. Da la mano al ruso, con absoluta displicencia y ocupa a continuación el puesto central de la tribuna. A su derecha, Negrín; a su izquierda, Molotov. Ondean dos grandes banderas: la tricolor y la roja, con la hoz y el martillo. El emblema del Partido Comunista, en relieve, remata asimismo el repostero de la tribuna; algo más abajo, un pequeño escudo nacional salva el honor de la República. Suena un agudo clarín; la banda de música ataca una marcha llena de marcialidad y comienza el desfile. Más de cien mil hombres van a demostrar su preparación y disciplina a lo largo de un recorrido que comienza en la explanada de los Nuevos Ministerios, sigue por la Castellana (bueno, ya saben…) y termina al final de la Gran Vía, donde la formación se disloca. Abren marcha los gastadores de la Guardia Presidencial; después, marinos venidos de la base de Cartagena, soldados de aviación, columnas de infantería, de veinte en fondo; todos los cuerpos y armas del invicto Ejército Popular, aclamados con entusiasmo por la muchedumbre. Fervorosas ovaciones se dedican al Quinto Regimiento; pero la emoción se convierte en frenesí al paso de las Brigadas Internacionales, impecablemente uniformadas, con boinas negras, tabardos caquis y pantalones bombachos. Llevan en cabeza un haz de banderas rojas; detrás desfilan sus más ilustres jefes: los rusos Voronov, Goriev y Paulov; André Marty, Luigi Longo, Togliatti. La multitud los aclama al grito de «¡Viva Rusia!», y, desde la tribuna presidencial, Dolores *la Pasionaria* les arroja flores, que toma de un cestillo que sostiene el comisario Antón. El momento es de tremenda exaltación. Contagiados por el ambiente popular, los ministros dan gritos de fervor y el general Líster, saltándose el protocolo, abraza con estrépito al camarada Molotov. Solo el jefe del Estado permanece frío, indiferente, hierático y distante.

Centenares de aviones —«La Gloriosa», que manda Hidalgo de Cisneros — sobrevuelan Madrid. Son los legendarios *Natachas*, los velocísimos *Ratas* y aquellos *Chatos* que tanto estrago causaron a los pilotos alemanes de Franco. Pasan también tanques gigantescos, poderosos, los más recientes salidos de las fábricas rusas, tan decisivos en el triunfo final. Y ágiles tanquetas y cañones, muchos cañones de todas clases. Y camiones y motoristas y, cerrando la impresionante exhibición militar, varias compañías

de la Guardia de Asalto, Carabineros y la Guardia Nacional Republicana. Apenas terminan de desfilar los últimos soldados, la muchedumbre comienza a aglomerarse, formando una espontánea manifestación; los militantes comunistas que, con brazalete rojo como distintivo, organizan la columna, no tienen otra misión (por supuesto) que cuidar el orden y encauzar a los manifestantes para que, libre y voluntariamente, se dirijan hacia el antiguo palacio de Medinaceli, en la plaza de Colón, donde ahora está instalada la sede central del PCE.

Mientras tanto, en la tribuna, todo son abrazos, parabienes y sonrisas. Molotov besa con estrépito en las barbas a Valentín González, *el Campesino*, héroe de tantas batallas, a quien la efusión le produce un asco horrible; por lo bajini, José Díaz le aclara que se trata de una costumbre rusa. Fiel a ella, el ministro soviético va repartiendo ósculos a diestro y siniestro. Ya está cerca del presidente Azaña cuando este, con voz enérgica, dice a Martínez Barrio:

—El festejo ha terminado para nosotros, don Diego. Vámonos.

Entre la general indiferencia, se abre paso a empujones y baja la escalerilla y hasta se pone la chistera —que, por cierto, le viene algo estrecha —, sin reparar en que la banda ha comenzado a interpretar el *Himno de Riego*. Arranca velozmente el coche presidencial; desde la acera, un viejo de arrugada tez y desdentada boca, grita:

—¡Viva Azaña!

Nadie le corea.

FICCIÓN SEGUNDA

Se promulga la Ley de Represión de Actividades Antidemocráticas • Y se democratiza hasta el lenguaje • Los fachas fumaban rubio • Teatros, cines y primer partido de fútbol en Vallecas • Azaña se confiesa con Sánchez-Albornoz y se enfrenta con Negrín • Trascendental Consejo de Ministros • Dimite irrevocablemente el presidente de la República y marcha a París, para escuchar a Beethoven

Mayo está siendo un mes de gran actividad legislativa. El día 8 la *Gaceta* publica la creación por decreto-ley del Tribunal de Represión de Actividades Antidemocráticas, que depurará tanto a las personas físicas como a las jurídicas que se hayan significado como enemigas de las libertades del pueblo español, con efecto retroactivo desde el primero de octubre de 1934; se pretende con ello dar su merecido a los autores y cómplices de la represión contra los bravos revolucionarios de Asturias y los menos heroicos, aunque también dignos de elogio, sublevados de Barcelona. La disposición aclara, en su exposición de motivos, *que no es vindicativa, sino constructiva*, y las penas que se imponen son pecuniarias y *se regulan con humana moderación*.

Incurrirán en ellas los partidos políticos enemigos del Frente Popular, sus dirigentes y militantes activos; las organizaciones eclesiásticas y Órdenes religiosas que se significaron en su lucha contra la democracia; los funcionarios del Estado, la provincia o el municipio que colaboraron con la sublevación militar; jefes y oficiales del ejército, no responsables de mando directo sobre fuerzas de combate ni de actividades represivas (de lo contrario, quedarán sometidos a los tribunales sumarísimos), profesionales y artistas que destacaron por su connivencia con el fascismo. Por otro decreto quedan separados de sus cátedras, *desde las que impartieron funestas enseñanzas antidemocráticas* y de sus puestos en la administración de Justicia, una larga relación de profesores universitarios y juristas, entre ellos los doctores Marañón, Gómez Ulla, Jiménez Díaz, Zumel y Blanco Soler; Joaquín

Garrigues, Manuel Machado (sanción a título póstumo), Camilo Barcia Trelles, Cuello Calón, Felipe Clemente de Diego, José A. Maravall, Antonio Goicoechea, Federico Castejón, José Gascón y Marín, Eduardo Aunós, José María Trías de Bes, Ildefonso Bellón, José Castán…

Naturalmente, los pícaros y los desaprensivos aprovechan la ocasión para medrar en los escalafones, aplicando el sistema de denunciar a quienes están mejor colocados. Hace fortuna en consecuencia un pareado dolorosamente cierto: *¿Quién es fascista? El que está por delante en la lista*. Como resultado de la depuración, más de veinte mil funcionarios quedan separados del servicio.

El frenesí antifascista alcanza también a rótulos comerciales y viejas denominaciones equívocas, que se sustituyen por otras más democráticas. Las cervecerías Munich, Berlín, Frankfurt, pasan a llamarse París, Praga, Odessa; en las cartas de los restaurantes ya no se ofrecen «macarrones a la italiana» ni «spaghettis a la boloñesa», que ahora son «a lo Garibaldi» y «a lo popular». Hasta los clásicos Billares Brunswick, de la madrileña calle del Prado, se convierten en Billares Karamazov. Dejan de anunciarse los vinos de Oporto, en natural represalia contra el régimen portugués de Oliveira Salazar. La Tabacalera, que ha visto descender peligrosamente el consumo de cigarros negros, lanza un inteligente eslogan, en millares de carteles que representan a un tipejo con todas las características externas del señorito burgués y reaccionario, con un pitillo en los labios y esta frase certeramente publicitaria: «Los fachas fumaban rubio…».

Ni que decir tiene que se disparan en seguida las ventas de Ideales y picadura.

La gente tiene ganas de divertirse y llena los teatros, donde se representan zarzuelas, comedias ligeras y, sobre todo, muchas revistas. Gran éxito alcanzan, asimismo, las funciones llamadas *de varietés*, donde actúan Rosario la Cartujana, Balder, Anita Flores, Conchita Ballesta, Eulalia Zazo, Amalia de Isaura, Sepepe, Ramper, Ana Mary (la Shirley Temple española) y el colosal Miguel de Molina, con sus blusas de colorines. En los entreactos se canta *La Internacional* con el público puesto en pie, y es una gozada el espectáculo de las vicetiples alzando el puño, mientras corean las bonitas estrofas *Arriba, los pobres del mundo; en pie, famélica legión*… Y en las carteleras no se anuncia al *primer actor*, sino al *responsable* de la compañía.

En los cines, la producción soviética acapara las carteleras. Son películas bastante aburridas; pero ni un solo crítico osará decirlo y, por supuesto, los espectadores, después de bostezar lo suyo, se vuelcan en elogios a tan

maravillosos filmes: *Los marinos de Kronstad, La revuelta de los pescadores, Tchapaiev, Días de maniobras, El carné del partido, Noches blancas de San Petersburgo, Amor y odio* (según la propaganda, *la película de todas las mujeres antifascistas*). Y documentales ya antiguos, que llegan a las ciudades últimamente rescatadas de las garras del fascio para enseñarles lo que fue, de verdad, la guerra: *Entierro de Durruti, Toma de Siétamo por los Aguiluchos de la FAI, La columna de hierro en Teruel, Soldados campesinos…*

Triunfa en su cante *Angelillo*, que siempre fue leal; en cambio, están censurados los nombres de artistas fachas, como Imperio Argentina y Miguel Ligero. Sin embargo, sus películas se reponen con el éxito acostumbrado, aunque sin citarlos. De modo que *Morena Clara*, por ejemplo, se anuncia como interpretada *por los inolvidables protagonistas de «Nobleza baturra»*. Por el contrario, la prensa exalta los méritos democráticos de estrellas como Charlot, Errol Flyn y Franchot Tone, que durante la guerra tanto se distinguieron en sus declaraciones en favor de la España republicana.

Salen en Madrid cinco periódicos: *Claridad, Mundo Obrero, El Socialista, Frente Rojo* (con edición también en Cataluña) y la gran novedad: la edición española de *Pravda*, que se imprime en los antiguos talleres de *ABC*, naturalmente incautados a los Luca de Tena, en aplicación de la Ley de Represión de Actividades Antidemocráticas. La monárquica familia, que tan descaradamente colaboró con Franco, está exiliada en América. Los diarios cuestan quince céntimos y, por supuesto, quedan sometidos a la previa censura gubernativa no solo en los temas políticos, sino también en todo lo que afecta a las buenas costumbres; no se permiten desnudos integrales ni excesos escatológicos, más que en publicaciones muy concretas (como *Pentalfa*, órgano de los grupos naturistas y las tradicionales revistas satíricas *La Traca* y *Fray Lazo*), cuya venta está prohibida a los menores de dieciocho años.

A mediados de mayo se juega en el campo madrileño de Vallecas el primer partido de fútbol de la posguerra. No ha sido fácil organizarlo, pues los mejores jugadores del país marcharon durante la contienda al extranjero y allí se han quedado, sin hacer caso de los requerimientos patrióticos que el Comisariado de Deportes les ha hecho reiteradamente para que vuelvan. Los internacionales que formaron la selección vasca, tan festejada en la URSS y después en Hispanoamérica, están enrolados en equipos argentinos y mexicanos en espléndidas condiciones económicas y hacen oídos sordos a la

llamada de sus antiguos clubs. Son, entre otros, Blasco, Lángara, Iraragorri, Zubieta, Cilaurren, Muguerza, Urquiaga, Aedo… Tampoco se muestran propicios al regreso los catalanes que andan por Francia: Samitier, Ventolrà, Raich, Balmanya, Iborra.

Así las cosas, se forman dos selecciones —castellana y catalana—, con nombres también prestigiosos: Martorell, Prat, Babot, Zabalo, Mardones, Lecue, Cano, Iturraspe, Bosch, Munlloch, Artigas. Abundan defensas y delanteros; pero faltan medios y ello obliga a alinear al jugador del Barcelona Franco, aunque por obvias razones, se le llama Franch. El campo se llena, pues la afición está deseosa de ver fútbol. Antes de comenzar el partido, con los equipos alineados en el centro del terreno, se interpretan *Els segadors* y *La Internacional*, escuchadas por jugadores y público con el puño en alto. Hace el saque de honor la actriz cinematográfica Rosita Díaz Gimeno; el resultado final es de 3 a 3, inmejorable muestra de la solidaridad entre los pueblos de España. En el palco presidencial se abrazan el alcalde madrileño Pedro Rico y el *conseller* de la Generalitat Josep Tarradellas. Durante el descanso se ha efectuado una colecta en favor del Socorro Rojo Internacional.

La confirmación del entusiasmo popular por el fútbol plantea graves dudas al Comisariado de Deportes acerca de las medidas definitivas que adoptará con los jugadores depurados por su colaboración con el fascismo y que, en consecuencia, no pueden intervenir en competiciones oficiales. La mayoría son, además, los nuevos valores surgidos en plena guerra civil, en la zona facciosa y que la afición está deseando ver: Epi, Ignacio Eizaguirre, Querejeta, Mieza, Germán, Jorge, Jesús Alonso, Raimundo, Aparicio, Campos, Mundo, Amestoy… Habrá que tener —se piensa— cierta condescendencia con ellos: que se retracten públicamente de sus errores políticos y, ¡hala, a meter goles! O a evitarlos, según los casos.

Cae la tarde; una de esas deliciosas, incopiables tardes de la primavera madrileña. En el pueblo de El Pardo, donde tiene su residencia el presidente de la República, la calma es absoluta; va y viene en monótonos paseos el centinela de la puerta principal de palacio y el oficial de guardia mata su aburrimiento haciendo un crucigrama. Afuera, en la plaza, los chavales corretean detrás de una pelota de trapo, ante la indiferencia de algunos viejos que aprovechan las últimas caricias de un sol mimoso y tibio.

En el despacho del presidente el clima es bien distinto. Azaña lleva más de una hora reunido con don Claudio Sánchez-Albornoz y su mal humor

resulta patente. Nunca se tuvieron simpatía recíproca; pero hoy, su situación política, en ambos inestable, los acerca y hasta les hace olvidar pasados agravios. Hay sobre la mesa dos copas de jerez dulce, apenas terciadas; evidentemente, ninguno de ellos está para veleidades alcohólicas.

—¿Recuerda usted, don Manuel, nuestra conversación de hace alrededor de un año? Creíamos entonces que la guerra estaba perdida y cavilábamos sobre la ineludible necesidad de exiliarnos. Usted me dijo entonces…

—Yo le dije que, tal como se estaban poniendo las cosas en nuestra zona, prácticamente entregada por Negrín a los rusos, también si ganábamos nosotros, lo cual parecía a la sazón bien poco probable, tendríamos que exiliarnos.

—Pues me temo que necesitemos reconsiderar la posibilidad; a no ser que usted, ejercitando sus prerrogativas presidenciales…

—Mire, don Claudio: no nos engañemos. Yo no pinto nada. Los comunistas dominan todos los resortes del ejército, que es, en definitiva, quien decide siempre las crisis de Estado. Ya lo dijo Spengler, con harta razón…

—Aquello del pelotón de soldados…

—Aquí no es un pelotón; son muchas divisiones, perfectamente armadas, férreamente dirigidas por los comisarios políticos, y por si algo faltara, admiradas por el pueblo, a quien le han sorbido los sesos hablándole a todas horas del ejército rojo, como único artífice de la victoria.

—La táctica rusa.

—Y no es eso lo peor, sino que también se han aprendido otra táctica muy de Moscú: el feroz exterminio de los adversarios. ¿Sabe cuántas personas llevan fusiladas desde que terminó la guerra, no hace aún tres meses?

—No, señor; aunque me temo que muchas.

—Según mis datos, más de treinta mil. Y esos datos tan solo recogen los teóricamente juzgados por los denominados tribunales sumarísimos; añada los asesinatos incontrolados, que han vuelto a desatarse, casi como en el verano del treinta y seis, y le saldrán unas cifras aterradoras.

—¿Tampoco ha podido hacer nada para evitar semejante barbarie, don Manuel? Usted, el de aquel hermosísimo discurso de *paz, piedad y perdón*, en plena guerra…

—Ellos dicen que ese discurso fue una prueba de mi cobardía. Y para nada cuentan conmigo a la hora de impartir la que llaman la justicia del pueblo. ¡Pobre pueblo, excusa siempre para las mayores iniquidades! Naturalmente, pensará cómo acepto a pesar de todo mantenerme en tan

desairada postura. Pues porque he intentado, por todos los medios a mi alcance (que no son muchos, ciertamente), dar un cambio a la situación, apelar a su sensatez, buscar incluso ayudas en las democracias europeas, a quienes debía repugnar esta falsificación de la República…

Azaña se levanta y sigue hablando, mientras da unos pasos lentos y cortos:

—Cité el jueves pasado al embajador inglés; la entrevista resultó desconsoladora. Están muy preocupados los británicos con los desafíos de Hitler y en absoluto quieren enfrentarse a la Unión Soviética, de cuya actitud última recelan bastante. En cuanto a Francia, ¡qué le voy a decir! También allí los comunistas se han hecho prácticamente con el poder y ven encantados lo que aquí está ocurriendo.

—¿Le habló al embajador de su majestad del proyecto de Constitución que Negrín y los suyos se traen entre manos?

—Por supuesto. Con todo detalle, para que viera claramente adónde nos llevan: a una dictadura que llamarán del proletariado, como anzuelo para tontos.

—Semejante noticia debió inquietarle.

—No le afectó en absoluto: se limitó a comentar que Gran Bretaña respeta la soberanía de los demás países y que si la Constitución se aprobaba por un referéndum popular, como está previsto, sería perfectamente democrática su promulgación. El cinismo de los ingleses es algo que me ha irritado siempre; harto estoy de decírselo a ese tontaina de Madariaga, que a veces ya me parece más británico que el té de las cinco.

—Entonces…

—Lo que no estoy dispuesto es a participar en la gran farsa. Yo no soy creyente, usted lo sabe; pero me precio de tener una conciencia estricta y, sobre todo, de amar a mi patria. No toleraré que me usen como pantalla de legalidad en esa maniobra. Así que tengo dispuesta mi dimisión.

Hay un silencio. Lo rompe el propio Azaña:

—Ni qué decir tiene que, de no hacerlo, apenas terminada la paparrucha seudoconstitucional, me darían la patada. De sobra sé que he resultado siempre incómodo a los comunistas; ellos ya tienen pensado mi sucesor, imagino.

—¿Negrín?

—Quizá. Aunque dado el carácter más bien honorífico que tiene la Presidencia en su proyecto de Constitución, imagino que buscarán mejor algún santón del partido. O santona, ¡vaya usted a saber!

—¿Se refiere a la Ibárruri?

—Sí; les cae muy bien a los rusos. Además, sigue teniendo mucho prestigio para la galería…

—A pesar del escándalo de sus amores con el joven Antón…

—Al principio les molestó bastante; o al menos, Jesús Hernández lo usó como arma en sus reyertas internas para desprestigiar a *la Pasionaria*. Pero como ahora, con la euforia del triunfo, todos se han vuelto tan amigos…

—Ciertamente, forman una piña sin aparentes fisuras…

—Deje que ocupen totalmente el poder; ya se destrozarán entonces. Nosotros, don Claudio, lo disfrutaremos a distancia.

—Le veo muy decidido.

—Totalmente. Mañana mismo haré pública mi dimisión. Por cierto, ¿a quién cree que debo comunicársela oficialmente?

—Al presidente del Congreso de los Diputados, como representante máximo de la soberanía popular…

Azaña esboza una sonrisa amarga.

—¡Qué bien suena eso! ¡La soberanía popular! Pero ¿se da cuenta de que, desde antes de la guerra, no se han celebrado elecciones y ahora mismo no quedan ni ochenta diputados de aquellas Cortes de la República de mil novecientos treinta y seis?

—Permítame recordarle que, a poco de terminar la guerra, quizá no hacía todavía un mes, le aconsejé convocar elecciones generales.

—También yo se lo dije a Negrín; y varias veces. Pero eso no forma parte de las instrucciones que recibe de Stalin.

—¡Y pensar que tantos miles de españoles han muerto creyendo que defendían la libertad!

—La defendían: los nuestros y los de enfrente. Cada cual a su manera. Ellos son lo único decente que quedará en el recuerdo de los tres años de matanzas. Por eso tenemos que marcharnos, don Claudio; para que no nos contamine la ignominia.

—Es muy triste…

—Sí. Tan triste como inevitable.

—Además, acabarán dando la razón a Franco, que tanto alardeaba de su cruzada contra el comunismo.

—Era una de sus retóricas preferidas, en efecto; aunque él ofrecía un futuro no menos totalitario para el país. Con muchos curas y muchas águilas imperiales, eso sí.

Sánchez-Albornoz también se levanta. Repara al hacerlo en su evidente incorrección, al no haberlo hecho antes.

—Disculpe, don Manuel; me doy cuenta de que seguía sentado mientras usted…

—¡Para protocolos estoy yo ahora! Antes de que se vaya, tengo que pedirle un favor.

Mientras va hacia la biblioteca, precisa:

—Además, por supuesto, de su absoluta discreción acerca de cuanto hemos hablado.

—Ni que decir tiene…

Quita del estante central unos grandes tomos; detrás aparece una pequeña caja fuerte, que abre tras ajustar la combinación. Toma del interior una gruesa carpeta y vuelve hasta don Claudio, después de cerrar y reponer los libros en el anaquel.

—Durante los muchos y tan amargos días que pasé en La Pobleta, cuando creíamos que todo estaba perdido, me entretuve redactando, además de mis memorias, una especie de impresiones o comentarios sobre la guerra, en forma de diálogo; le llamo *La velada en Benicarló*. Como no me fío de nadie, ni mucho menos de la escolta que me han puesto, me preocupa que puedan caer en manos de Negrín. Entre otras razones, porque bastantes de mis opiniones no iban a gustarle. Me ha dicho usted que regresaba a Lisboa pasado mañana, ¿es eso?

—Sí, señor. Para cerrar la embajada, puesto que el gobierno portugués no piensa reconocer a Negrín.

—Le ruego que lleve el original consigo. Guárdelo de momento en la caja fuerte de la embajada… O quizá mejor, en la de un banco.

—Tengo alquilada una en el de Portugal.

—Pues deposite allí los papeles; ya se los pediré más adelante.

—¿Tiene intención de publicarlos algún día?

—Me temo que sí. —Sonríe—. ¿O es que no le consta mi profunda vanidad literaria?

Van hacia la puerta.

—Me deja sumamente angustiado, don Manuel. ¿Tan negro ve el porvenir de España?

—Digamos mejor, tan rojo. Y lo malo ya no es la vena dictatorial de esas gentes, sino su atroz cursilería. ¿Ha leído las cosas que escriben? Hasta Alberti, que no era mal poeta, está haciendo unos ripios insoportables, poniendo a los comunistas por los cuernos de la luna. ¿Se imagina cómo

acabará esto? ¿Se ve a sí mismo inclinando la cerviz ante *la Pasionaria* en una recepción oficial? ¿O me cree capaz de presentar sumisamente mis respetos a Negrín, él como presidente del gobierno, yo como embajador de algún país ridículo donde me enviarían? ¿Y a Lola, mi mujer, besando en la mejilla a la artista esa con la que está amancebado?

A punto de despedirse, recalca:

—Eso es absurdo. Tan absurdo como pensar que Lola o yo pudiéramos dar la mano algún día a un Borbón…

Ha pasado Azaña una noche más apacible que de costumbre; pues últimamente sus insomnios son frecuentes. Sin duda le dio tranquilidad saber que ha puesto a salvo sus memorias y esa ficción literaria de *La velada en Benicarló*; ambos originales tan estimados, ya que los considera como un testimonio político importante; quizá, más todavía, como una declaración de principios que el día de mañana hará que los españoles le conozcan mejor. O simplemente, que le conozcan; pues está convencido que siempre fue una incógnita para su pueblo.

A las ocho de la mañana, su cuñado Cipriano le despierta:

—Perdona que te moleste. Pero llama por teléfono Negrín; dice que es urgente.

El presidente de la República guarda silencio. Rivas Cherif precisa:

—Le he explicado que estuviste trabajando hasta muy tarde y me ha contestado que él también…

—Serían trabajos de fornicación, que son sus preferidos…

Se levanta con cierta dificultad; cúbrese con una bata y agarra el teléfono.

—Dígame…

—Buenos días, señor presidente. Ya comprendo que la hora es algo intempestiva; pero se trata de una cuestión importante.

—Celebro muchísimo que decida usted consultarme alguna cuestión importante; no estoy habituado a ello últimamente. ¿De qué se trata?

—El manifiesto que le envié para que lo firmara, juntamente con el gobierno. Necesitamos hacerlo público hoy mismo.

—¿Se refiere a ese que habla por separado de españoles, vascos y catalanes? Pues si de él se trata, no pienso firmarlo.

Se altera la voz del jefe del gobierno:

—¿Cómo dice?

—Debía conocer de sobra mi pensamiento, que tanto he venido repitiendo desde hace años. Yo no admito que se contraponga o se diferencie lo español de lo catalán y lo vasco.

—Pero, señor presidente, es una cuestión de matiz…

—Me sorprende, además, que usted me lo proponga; siempre creí que estaba en contra también de semejantes necedades, que no son, precisamente, matices.

—Señor presidente, ¿no podría reconsiderar…?

—Ya sabe que no suelo volverme atrás en mis decisiones; eso lo dejo para ustedes.

—Señor presidente…

—Y por favor, apee el tratamiento. Moralmente hace mucho tiempo que no me considero presidente de la República.

—¡Pero qué cosas se le ocurren, señor presidente!

—Le diré algo más, para alegrarle el día: estoy preparando mi carta de dimisión.

Hay una pausa; insiste Azaña:

—Comprendo su gozoso silencio; no me pregunte ahora si se trata de una broma, porque eso sería una vulgaridad impropia de usted.

—¿Puedo ir a verle ahora mismo?

—Prefiero ser yo quien vaya a despedirse de usted y de su gobierno; me apetece. Hoy tienen Consejo, ¿no es eso?

—Sí, señor…

—Pues convoque a los ministros en el palacio de Oriente a las once. Y deme su palabra de que no les anticipará la noticia.

—Nada les diré.

—¡Ah! Ni tampoco a su buen amigo Rosenberg…

Cuelga el teléfono; se dirige a Cipriano:

—Apostaría cualquier cosa a que ya está llamando al ruso…

Los ministros han sido citados a las once menos cuarto y esperan al presidente del gobierno en una sala contigua al salón donde, solo en ocasiones muy solemnes, se han celebrado algunos Consejos. Habitualmente tienen lugar en el edificio de la Presidencia.

—¿Saben ustedes a qué se debe la novedad? —pregunta Irujo.

Pero nadie responde; los gestos de todos reflejan la general ignorancia. Jesús Hernández bromea:

—A lo mejor es por lo de la reclamación del duque de Alba… Semejante personaje requiere un ambiente regio para discutir el tema.

—¿Qué pasa con el duque de Alba? —pregunta Zugazagoitia.

—Sí, ¿qué pasa? —otros varios se unen a la interrogación.

—Pero ¿no se han enterado? Resulta que nos amenaza con un pleito ante no sé qué tribunal internacional si no le devolvemos el palacio de Liria y las demás propiedades que le incautamos.

—Fue una expropiación irreprochable, en aplicación estricta de la Ley de Represión de Actividades Antidemocráticas.

—Yo le contestaría mandándole aquellos versos tan colosales que le dedicó Rafael Alberti. ¿Los recuerdan? —Y recita con énfasis burlesco—: *Mixto de cabrón y mona, ni de España, ni extranjero, hijo de ninguna parte, rodado excremento muerto*…

Los ministros sonríen. Uribe enciende un cigarrillo, mientras Álvarez del Vayo comenta:

—Lo que también tiene gracia es la pretensión de los anarquistas, que quieren trasladar solemnemente el cadáver de Durruti a El Escorial y enterrarlo allí, en el monasterio…

—Pues a mí, estos chiflados de la CNT-FAI me divierten mucho.

La llegada del doctor Negrín corta las conversaciones.

—Buenos días, señores —saluda—. Imagino su extrañeza por haberles convocado aquí; pero es que el presidente de la República me ha pedido asistir al Consejo de hoy. Por lo visto tiene que comunicarnos algo importante. Pasen al salón, mientras yo bajo a esperarle.

A las once y dos minutos llega Azaña a la puerta de palacio. La guardia, formada, presenta armas; pasa revista rutinariamente a la formación, estrecha la mano de Negrín, sin pronunciar palabra y, también en silencio, sube con él la gran escalinata, para entrar en el salón donde ya esperan los ministros, que se ponen de pie.

—Siéntense, por favor —les dice, al tiempo que él lo hace.

—Señor presidente —habla Negrín—, para el gobierno que presido es un honor…

—Muchas gracias —corta don Manuel—; pero no quisiera alargar mi presencia entre ustedes, que tendrán muchas cosas importantes de que tratar. Esta mañana me telefoneó el doctor Negrín; quería que firmase un manifiesto que, por lo visto, todos los ministros van a suscribir. Le he dicho que no lo haría, porque no acepto que se distinga entre españoles, vascos y catalanes. Lo mismo les repito a ustedes. Y permítame, doctor, que deje constancia de

mi sorpresa ante su decisión de participar en ese documento, cuando más de una vez me había comentado su postura, del todo contraria a los excesos de las autonomías, que están pasando de la ofensa a la ridiculez.

—Todos lamentamos ciertas necedades, señor presidente; pero no les damos mayor importancia. En un Estado democrático…

—A eso quería llegar en seguida —interrumpe Azaña—. En España, la democracia que teníamos se acabó al empezar la guerra. El sistema que impera desde entonces no lo es. Es una revolución imperfecta, que ha agarrotado y ha paralizado al Estado y al gobierno. Demos por fracasada la democracia; este es un pueblo difícil de someter a una disciplina de libertad y de razón. A lo mejor acierta el doctor Negrín queriendo implantar aquí una dictadura a la rusa.

Hace ademán el presidente del gobierno de ir a decir algo. Le corta con un gesto de manos:

—Permítame terminar. Mi clima político es otro, lo confieso. Cuando me incorporé a la función pública, me alentaba una esperanza española grandiosa. La he perdido; estoy cansado de bracear entre ineptos y majaderos (por supuesto, que nadie se sienta aludido, pues no me refería a ustedes), y aunque confío en que todo esto pasará, renuncio a seguir luchando en balde.

Un murmullo de expectación llena la sala.

—Imagino que todos saben que en varias ocasiones quise dimitir. La primera, al día siguiente de la matanza en la cárcel Modelo; Ossorio y Gallardo me disuadió de mi empeño. También quise dejar la Presidencia de la República en ocasión de que usted, señor Negrín, a la sazón ministro de Hacienda, decidiera, de consuno con el señor Largo Caballero, entonces presidente del gobierno, enviar a Rusia nuestras reservas de oro del Banco de España…

—Gracias a ellas, y perdóneme, pero la alusión me obliga a intervenir, obtuvimos ayuda militar suficiente para ganar la guerra.

—Sí; a cambio del oro y de la entrega absoluta a las directrices soviéticas. No me haga recordarle cuando tuve que abandonar mi palco del Liceo, porque después de un concierto se interpretó *La Internacional* en lugar del himno oficial de la República. Aunque he llegado a la dolorosa conclusión de que quizá el régimen más apropiado para este país sea una dictadura: la que usted prepara a través de un proyecto de Constitución perfectamente antidemocrático. Y no va con mis principios amparar con mi persona, sé que odiada por muchos, pero recta de conciencia para mí, semejante asesinato de

la libertad. Porque la libertad no hace felices a los hombres, pero los hace, simplemente, hombres.

Abre una pausa; el silencio es total. Total y dramático.

—En fin, señores: a estas horas, el presidente del Congreso de los Diputados estará recibiendo mi carta de dimisión, que, ocioso me parece aclararlo, es del todo irrevocable. No he querido que ustedes, que al fin y al cabo han sido colaboradores míos, se enterasen de esta decisión de forma indirecta. Podría dar pábulo a esa curiosa leyenda sobre mi cobardía, que tanto se han cuidado algunos de difundir…

Se pone en pie; también lo hacen todos los ministros. El doctor Negrín intenta decir algo:

—Señor presidente, creo recoger el sentimiento unánime…

—No, por favor; dejémonos de retóricas. Se las agradezco igual.

Inicia la salida, pero antes de llegar a la puerta —Negrín ha ido tras él, respetuoso—, se vuelve a los desconcertados ministros.

—¡Ah! Mi dimisión supone también mi absoluto alejamiento de la política; lo aclaro para tranquilidad de todos. En cuanto a mis proyectos inmediatos, con todo gusto se los expongo: mañana mismo saldré con mi mujer hacia París. Espero llegar a tiempo de asistir al concierto de la Filarmónica; hace mucho que no oigo la *Pastoral* y estoy deseando reencontrarme con Beethoven. Buenos días, señores…

Al salir, deja a Negrín con la mano en el aire, esperando que se la estreche.

En el bar del hotel Gaylord’s, Ernest Hemingway bebe su cuarto whisky del mediodía. Más moderado, Mijaíl Koltsov va por la tercera copa de jerez. Y Luis Araquistain toma, simplemente, una cerveza. El escritor americano levanta su vaso con exagerada solemnidad.

—¡Otro brindis por Azaña! —dice. Y a Koltsov—: Tú más que nadie, camarada, tienes que celebrar su dimisión…

El ruso se une de mala gana al brindis; Araquistain comenta:

—Tómalo a broma, Ernest, pero esto es muy grave para la República. Ya leerás mi comentario de mañana: *Un país ocupado*.

—¿Ocupado por quién? —se interesa Koltsov.

—¿Necesitas que te lo diga? ¿Precisamente a ti?

—Yo soy nada más que un corresponsal de prensa, medianamente informado.

—Oye, sin pitorreo. Pero por si quieres transmitirlo en seguida a Moscú, puedo leerte un párrafo del artículo.

Saca del bolsillo unas cuartillas:

—*La actual situación del Estado español es que otro Estado pretende no solo actuar en él, sino dirigirle a través de un partido propio, que en realidad es un verdadero ejército de ocupación. Los testimonios probatorios de ese control del Partido Comunista sobre el Estado español forman ya una masa inmensa, oral y escrita*.

—¡Muy bueno! —celebra Hemingway—. ¡Otro brindis por Azaña!…

—Pues yo no he notado ninguna reacción entre el pueblo por la dimisión del señor Azaña. Ni una lagrimita, vamos… —ironiza el corresponsal de *Pravda*.

El pueblo se acaba de enterar de la noticia por un suelto que la prensa publica en primera página: *El excelentísimo señor don Manuel Azaña Díaz, presidente de la República, ha presentado en el día de ayer su dimisión al excelentísimo señor presidente del Congreso de los Diputados. Por voluntad propia, el señor Azaña renuncia al cargo que ha desempeñado durante algo más de tres años, en su deseo de no interferirse en la reforma constitucional que prepara el gobierno, como asimismo a causa de su precario estado de salud. La nación entera y, en su nombre, el gobierno de la República le despiden con emocionada gratitud*.

Las razones aducidas por Azaña en su carta a Martínez Barrio eran bien distintas. Decía literalmente:

Desde que el presidente del Consejo de Ministros me hizo saber, delante de vuestra excelencia, las orientaciones políticas que había decidido implantar en el gobierno de la nación, he cumplido el deber de aconsejar y recomendar mis criterios al respecto, basados, según entiendo, en profundas convicciones democráticas, para ahorrar así, a los defensores de la República y al país entero, las consecuencias de un sistema que, no obstante sus apariencias, sería simple remedo del totalitarismo ruso. Personalmente he trabajado en este sentido cuanto mis limitados medios de acción permiten. Nada de positivo he logrado. La firme decisión del presidente del gobierno respecto de la política futura me priva de la representación moral necesaria para hacer oír mi voz, que no es solo un dictado de mi conciencia, sino el anhelo profundo de la mayoría de nuestro pueblo. En condiciones tales me es imposible conservar, ni siquiera nominalmente, este cargo, al que no renuncié antes porque esperaba conseguir algún fruto positivo en mis repetidas gestiones. No siendo así, pongo en manos de vuestra excelencia,

como presidente de las Cortes, mi dimisión de presidente de la República, a fin de que vuestra excelencia se digne darle la tramitación que sea procedente.

A las once de la mañana, don Manuel Azaña ha abandonado el palacio de El Pardo, que fue su residencia oficial hasta hoy. Le acompañan —camino de la estación del Norte— Dolores Rivas Cheríf, su esposa, y Cipriano, su cuñado. La Guardia Presidencial le rinde honores por última vez y él la revista serio, solemne y sin poder disimular un punto de emoción en sus ojos brillantes. Al terminar, estrecha la mano del teniente; entonces, uno de los soldados grita:

—¡Viva Azaña!

El ex presidente, con media sonrisa, entre satisfecha y escéptica, le comenta al oficial:

—Debe de ser uno de mi pueblo.

FICCIÓN TERCERA

Proyecto de nueva Constitución • Intensa y libre campaña de propaganda en favor sobre todo del SÍ • Aprobación clamorosa de la Carta Magna de la URSEE • Dolores Ibárruri, jefa del Estado • Se hace pública la lista del gobierno • Intolerable conferencia anticomunista de Besteiro • Sabias medidas en favor de la salud pública • Proceso al viejo fundador del PSOE • Justa condena e Otras sanciones no menos justas • La gran demostración juvenil, conmemorativa del 18 de Julio

El proyecto de Constitución configura al país como una Unión de Repúblicas Socialistas del Estado Español (URSEE), integrada por Iberia, Euzkadi, Catalunya, Archipiélago Canario y Territorios Marroquíes. Al presidente de la URSEE, en su calidad de jefe del Estado, le corresponde la representación oficial de las repúblicas y las funciones protocolarias anejas al cargo, así como la designación del presidente del gobierno central a propuesta del partido. El poder ejecutivo reside en el presidente del gobierno o comisario general, asesorado por los ministros o comisarios de departamento. La administración provincial se ejercerá por los gobernadores civiles, cargo que lleva anejo el de comisarios provinciales del partido; en la local, los alcaldes serán, al mismo tiempo, comisarios locales del PCE. Las cinco repúblicas que forman la URSEE tendrán un comisario-presidente autónomo, con parecidas funciones a las del jefe del Estado; pero sus Cámaras solo disfrutarán de competencias en materia de transportes, sanidad, comercio, turismo, deportes, bellas artes, ferias y festejos.

El pueblo participa en las tareas de gobierno a través de la Cámara Central de Representantes, de la que forman parte quinientos diputados, designados por elección entre los candidatos propuestos por el partido. El partido se convierte así en el gran pulmón del Estado; la gran novedad de esta Constitución reside en la instauración de un partido único, cuya necesidad, y aún más, su inevitabilidad, quedan sobradamente justificadas en la exposición

de motivos: *La experiencia aprendida durante los difíciles años de la guerra civil, que el pueblo español estuvo a punto de perder, por culpa de torpes enfrentamientos entre distintas facciones de nuestra propia zona; como asimismo, el ejemplo de las más prósperas naciones europeas, de las que la URSS constituye modelo sin par, han demostrado la necesidad de unificar todos los esfuerzos en pro del progreso y la libertad de los españoles refundiendo los partidos integrantes del Frente Popular en uno solo, que recoja el espíritu colectivo y conjunte los afanes hasta ahora dispersos*…

En la parte dispositiva se prescribe, en consecuencia, la creación del *Partido Comunista de los Pueblos Socialistas y Republicanos de España* (PCPSRE), que para mayor facilidad de expresión, se llamará comúnmente PCE. La afiliación será del todo voluntaria; aunque resulta indispensable estar en posesión del carné para estudiar en colegios y universidades del Estado (se suprime la enseñanza privada), suscribir contratos de trabajo, acceder a la administración de Justicia y a las academias militares, contraer matrimonio, obtener el pasaporte, cambiar de domicilio, recibir prestaciones de jubilación y similares, ejercer el comercio y la industria, acudir a la sanidad oficial (la privada desaparece), practicar el deporte en equipos federados de cualquier categoría, entrar en *boîtes* y salas de fiesta, pertenecer a sociedades musicales y filarmónicas en general, gozar de determinadas desgravaciones fiscales y ejercer el derecho al voto.

Como bien destaca el texto de la Constitución, se trata de implantar en el Estado español una auténtica democracia socialista, eficaz y gratificante (sic), que nada tenga que ver con las falsas democracias burguesas que todavía subsisten en algunos países, fatalmente condenadas al fracaso y que sin duda pronto tomarán ejemplo del sistema que aquí se establece. Naturalmente y tratándose de una Constitución abierta, se declara la libertad de cultos y religiones; aunque *el recuerdo de lamentables hechos, por fortuna superados, y la evidencia de los afanes de agitación política de ciertos credos, que como el pueblo español conoce por dolorosa experiencia, convierten el altar en tribuna demagógica*, hace que se prohíban de modo absoluto y terminante todas las manifestaciones externas y públicas del culto católico, manteniéndose tan solo, con el simple carácter de festejos cívico-lúdicos, algunas muestras tradicionales de *folklore seudorreligioso (sic)*, como las procesiones de Semana Santa, que podrán seguir celebrándose, *aunque sin la menor presencia de clérigos, frailes, obispos, monjas y similares*.

Las distintas religiones tendrán que solicitar su inscripción en el registro que se abrirá en el Ministerio de Justicia, facilitando detalle de sus locales y

valoración catastral de los mismos, a efectos fiscales. Conviene aclarar que, a la publicación de la Constitución del 39 (que así sería conocida en la historia), el Estado había expropiado ya casi todos los templos y catedrales, en virtud del decreto-ley 8/39 —complementario de la Ley de Represión de Actividades Antidemocráticas—, que fijó las responsabilidades de la Iglesia católica española por su directa participación en la guerra civil, al haberse declarado beligerante en favor de los facciosos, a través de la famosa Carta colectiva del Episcopado. Semejantes responsabilidades se evaluaron en mil millones de pesetas; para pago de los mismos, una comisión tasó determinados bienes eclesiásticos, que pasaron a la propiedad del Estado. Así, las catedrales de Burgos (valorada en diez millones de pesetas, habida cuenta de su deterioro), León (ocho millones, por igual razón), Toledo, etcétera; también adquirió el Estado, por la misma vía de compensación pecuniaria, la mayoría de las iglesias y parroquias de las principales capitales. Como ejemplo, que demuestra el rigor con que se hicieron las tasaciones, la Concepción, de Madrid, se valoró en trescientas mil pesetas; y los Santos Juanes, de Valencia, en solo veinte mil duros, porque durante la guerra se había incendiado (*fortuitamente*, precisaba el expediente), y de hecho ya no era más que una ruina.

En el extenso título dedicado a las relaciones laborales, la Constitución consagra la función social del trabajo, *derecho, deber, orgullo y honor* de todos los ciudadanos, prescribiendo el mantenimiento *con carácter temporal* de las empresas privadas preexistentes, aunque dirigidas en cogestión por los representantes de los trabajadores y controladas en sus aspectos económicos y fiscales por los responsables de empresa, nombrados por el partido. El Estado, no obstante, *fomentará la creación y desarrollo de empresas públicas* en aquellos sectores que considere oportuno, las cuales podrán absorber gradualmente la iniciativa privada, previa autorización del gobierno.

El cauce representativo de los trabajadores frente al Estado y la empresa privada discurrirá a través del Sindicato Socialista Unificado, integrado en el PCE. Los empresarios no podrán establecer organizaciones gremiales ni confederaciones o similares. La huelga se prohíbe de modo absoluto, *por atentar contra el progreso del Estado y carecer de sentido, en nuestro sistema político, al hallarse los derechos de los trabajadores suficientemente tutelados por aquel*. Sin embargo, en casos de interés colectivo extraordinario, el propio Comisariado de Trabajo podrá convocar huelgas sectoriales; la huelga general deberá ser decidida por el gobierno.

En definitiva, la nueva organización del país —Unión de Repúblicas Socialistas del Estado Español— podía resumirse (y así lo hacía el *folleto explicativo*, que se repartió por millones en todo él) en un sistema popular y peculiar, netamente democrático, por el cual los ciudadanos militantes voluntarios del PCPSRE (o sea, en abreviatura, del PCE) elegían aquellos diputados que el partido presentaba (pues nadie conocía con más certeza a los mejores), los cuales, integrados en la Cámara General de Representantes, discutirían, a efectos meramente ilustrativos, las leyes que el gobierno les enviara, una vez redactadas por el comisario general o presidente del ejecutivo con carácter inapelable. En las repúblicas autónomas de la URSEE, el sistema era similar, aunque limitado a sus competencias.

Para la celebración del referéndum que debía aprobar (o no) el proyecto de Constitución, se señaló la fecha del viernes 8 de junio. Una intensa propaganda mentalizó al país entero en las dos semanas precedentes. Las radios y los periódicos, los altavoces colocados en las plazas públicas y los brillantes oradores que recorrían hasta los más escondidos pueblos repetían de continuo ingeniosos eslogans, tales como: *En la política y en el amor: ¡SÍ! Pan para hoy, jamón para mañana: ¡SÍ! Los fachas dirán que no; Al aliguí, sí, sí; Tararí que te vi, di que SÍ; Desde Cádiz a las Cíes, aquí serán todos síes; Dame el SÍ y llámame libre; Así, así, se vota SÍ.*

Por supuesto que el gobierno, siempre dando ejemplo de su talante democrático, permitió libremente la propaganda en favor del NO. Las organizaciones o personas físicas que quisieran hacerla tenían que efectuar un depósito previo de cinco millones de pesetas para responder del pago de salarios y posibles accidentes a los trabajadores que se encargasen de fijar carteles y demás elementos publicitarios, los cuales no podían desarrollar esta actividad fuera de su lugar de nacimiento y tan solo dentro de la demarcación de su barrio. En equitativo trato de igualdad con la propaganda oficial del SÍ, los eslóganes y discursos en favor del NO debían ser conocidos previamente por el gobierno, quien los seleccionaría, como también había hecho con los suyos. Al ser notoria la crispación popular contra los defensores del NO (obviamente, residuos fascistas), la Administración, para eludir responsabilidades, exigía a quienes participaban en la campaña negativa la suscripción de una póliza de seguro de vida y el otorgamiento previo de testamento notarial u ológrafo protocolizado, en evitación de problemas sucesorios.

Curiosamente, nadie hizo publicidad en favor del NO; tan solo en algunas paredes aparecieron frases subversivas, torpemente escritas, que por sus faltas de ortografía demostraban la incultura de los enemigos del régimen. A primeras horas de la madrugada del día 9, el todavía ministro de la Gobernación facilitó un avance de los resultados: 91,20 por ciento de síes, 2,15 por ciento de noes, y el resto, papeletas en blanco. Cada votante había recibido el oportuno certificado, indispensable para cobrar la nómina del mes; lo que no influyó para nada en que la abstención fuera tan solo de un 0,09 por ciento.

Inmediatamente que se hizo pública la aprobación clamorosa de la nueva Constitución el gobierno dimitió, nombrándose una gestora provisional que presidía el doctor Negrín, cuya función primordial era convocar elecciones en el partido para designación de diputados. En menos de quince días estaban nombrados. Inaugurada con solemnidad y entusiasmo la actividad de la Cámara Central de Representantes, resultó elegida por aclamación presidenta de la Unión de Repúblicas Socialistas del Estado Español la camarada Dolores Ibárruri, cuya primera medida fue exigir que se nombrase comisario general del ejército a Francisco Antón. Para ello, no se juzgue a la ligera, tuvo que vencer fuertes oposiciones.

Pues cuando el doctor Negrín, siguiendo las indicaciones del asesor soviético Buliensko, comunicó a *la Pasionaria* que el deseo de todos los camaradas era encomendarle la más alta magistratura del Estado, ella (que ya lo sabía desde mucho antes, dadas sus directas conexiones con Moscú) puso como condición el nombramiento de su compañero (o querido) para el cargo más importante del ejército. José Díaz se manifestó en contra:

—Por lo menos, divórciate antes de tu marido y cásate con él.

—¿Cómo voy a casarme, después de haberme pasado la vida gritando por todas partes lo de *¡Hijos, sí; maridos, no!*?

—Tienes razón; el pueblo se sentiría engañado.

—Yo no veo inconveniente alguno en la situación sentimental de Dolores… —opinó Negrín.

—¡Anda, claro! —ironizó Jesús Hernández—. Porque usted se encuentra en el mismo caso con Rosita.

El embajador Rosenberg (que estaba allí, naturalmente) resolvió las dudas:

—¡Tonterías, tonterías! Prejuicios burgueses. Paco Antón es un gran muchacho, un comunista ferviente y lo hará muy bien.

La designación tuvo, pues, sus más y sus menos. Aunque, en efecto, después lo haría muy requetebién, como ya había anticipado sabiamente el embajador ruso: depuró el ejército de todos los oficiales y jefes no comunistas y lo convirtió en el auténtico sostén (con perdón) del régimen. Lo que Paco Antón no pudo evitar fue que la guasa madrileña le colocase pronto un remoquete con muy mala uva: dieron en llamarle *el Queridísimo*.

Elegida la jefa del Estado, esta designó su gobierno. No hubo sorpresas en cuanto al presidente: el doctor Juan Negrín, que, aunque procedía originariamente del PSOE, ya en plena guerra civil, había dejado bien claras sus afinidades comunistas y, sobre todo, su fidelidad a Moscú. La unificación le evitó tener que cambiar de partido y su confirmación al frente del ejecutivo demostraba que seguía gozando de la plena confianza del PCE. Desempeñaría a la vez que la Presidencia, la cartera de Hacienda. Santiago Carrillo asumía la Comisaría de Gobernación, sustituyendo a Zugazagoitia, nada partidario de la nueva orientación política del país. El general Líster ocupaba la cartera de Guerra; aunque, notoriamente, la máxima autoridad efectiva en temas militares iba a desempeñarla el comisario general del ejército, Francisco Antón. José Díaz entraba en Trabajo; Rafael Vidiella, un histórico del PSUC, en Industria y Comercio; Jesús Hernández repetía en Instrucción Pública, lo mismo que Álvarez del Vayo en Estado. Se creaba el Ministerio de Cultura Popular y Propaganda, a cuyo frente era colocado el ilustre escritor y comisario político Ramón J. Sender. A Obras Públicas iba Marcelino Pascua, hasta entonces embajador en París; de Agricultura se hacía cargo (por elemental congruencia) *el Campesino*, o sea, Valentín González, héroe de tantas batallas, que ahora volvía a la actividad civil. Por último, Victoria Kent, integrada totalmente en el PCE a raíz de la victoria, lograba su máxima ilusión: ser ministra (o comisaria, vamos), de Justicia.

Ya en su primera reunión, el nuevo gabinete tendió puente de plata a sus posibles incordios: los republicanos aburguesados y los socialistas poco marxistas, a quienes, no obstante, por sus indudables servicios durante la guerra civil y el cierto prestigio de que disfrutaban frente a la opinión pública, había que recompensar de alguna manera. Pero procurando que estuvieran lo más lejos posible. Así, Indalecio Prieto fue nombrado embajador en México, donde ya se encontraba, aunque en viaje particular. Jiménez de Asúa (tan odiado por Negrín) pasó a Berlín, difícil embajada, en la cual, sin embargo, se esperaba que su universal fama como penalista y gran conocedor de los

juristas alemanes le facilitase la labor. Con la excelente excusa de la falta de relaciones diplomáticas con el gobierno fascista de Oliveira Salazar, Sánchez-Albornoz se quedaba compuesto y sin embajada; acabaría aceptando una cátedra de historia que le ofrecieron en la Universidad Católica de Chile. Fernando de los Ríos sustituía en Londres a Madariaga; Largo Caballero iba a París; Martínez Barrio, a Oslo; Casares Quiroga, a Buenos Aires; José Prat, a Bruselas; Giral, a Washington, y el general Barceló, a Moscú.

El vasco Irujo, en total desacuerdo con las ideas del presidente sobre Euzkadi, se negó a entrar en la combinación diplomática. Lo mismo que Julián Zugazagoitia, a quien se propuso la embajada de Estocolmo. Con su proverbial sinceridad, contestó que se consideraba periodista por encima de todo, y por eso quería seguir en su oficio, después de su poco grata experiencia como ministro de la Gobernación. Solicitó, en consecuencia, reintegrarse a la dirección de *El Socialista*; pero le fue denegado. No en vano era tenido por hombre-problema.

Aunque el gran problema, los auténticos quebraderos de cabeza para el gobierno (llamado, curiosamente, *de concentración*, lo que motivó un desagradable artículo de Luis Araquistain, en el que precisaba *de concentración comunista, querrán decir*) iba a provocarlos otro Julián: don Julián Besteiro. Sin duda a causa de su avanzada edad, el gran patriarca del socialismo español no entendía los rumbos democráticos que Negrín pretendía dar a España, desde una óptica moderna y homologada con las más avanzadas políticas europeas. Su animadversión personal hacia él resultaba, además, notoria; en los corrillos clandestinos de Madrid se comentaba, con infame jolgorio, su definición del presidente del gobierno, de quien se permitió decir que era *un Karamazov*. Pues para el vetusto fundador del PSOE, el doctor se caracterizaba por su glotonería y su incansable lujuria, que le exigía satisfacerse con varias mujeres por semana, además de mantener su conocida y ya antigua relación adúltera con Rosita.

Absurdas, injustas censuras las del anciano político, ya que, en definitiva, los presuntos excesos de Negrín no hacían más que confirmar su recio talante ibérico, su perfecta incardinación con un modo de ser hondamente español. Obviamente aquí siempre fueron bien vistos los hombres dados a la buena mesa y a las buenas hembras; sin duda por ello gozaba el doctor de tan amplias simpatías entre el pueblo, dijeran lo que dijesen los envidiosos de rigor.

Pero la culminación de la falaz actitud de Besteiro, lo que le colocó enteramente al margen de la ley, fue su conferencia en la antigua Agrupación Socialista de Chamberí, ahora Casino Chamberilero. Anunciada profusamente (en prueba de la tolerancia del gobierno con sus opositores) y retransmitida, incluso, por Unión Radio, se permitió en ella soeces críticas, intolerables afrentas y venales censuras a la ejemplar labor del gabinete de *concentración*. Para colmo, *El Socialista* reprodujo íntegramente sus palabras, provocando con ello la indignación general del pueblo español.

Después de un largo silencio —había comenzado diciendo—, *hoy me veo obligado a dirigiros la palabra por un imperativo de conciencia. Ha llegado el momento de irrumpir con la verdad y rasgar la red de falsedades en que estamos envueltos*. —Ya en pleno desenfreno verbal, continuó—: *¿Cuál es la realidad de la vida actual de la República? En parte, lo sabéis; en parte, lo sospecháis o lo presentís; tal vez muchos, en parte, al menos, lo ignoráis. Hoy esa verdad, por amarga que sea, no basta reconocerla, sino que hay que proclamarla en alta voz, para evitar males mayores. Por la renuncia de don Manuel Azaña a la Presidencia de la República, esta se encuentra decapitada; su sustitución por la señora Ibárruri, consecuencia de esa pantomima de la que llaman Constitución, hay que calificarla simplemente como grotesca*…

La jefa del Estado, que escuchaba la conferencia a través de la radio, no pudo menos de soltar un taco. Paco Antón, que —bastante ajeno a la perorata —, se entretenía a su lado haciendo un solitario, preguntó, alarmado:

—¿Qué pasa, Dolores?

—Pero ¿no oyes a ese vejestorio? ¡Telefonea a Negrín! ¡Que le mande en seguida a los Guardias de Asalto!

El joven y fiel compañero de *la Pasionaria* miró su reloj de pulsera (de oro y rubíes, regalo de aniversario de Dolores).

—Son las ocho y cuarto y estamos a miércoles. Hoy le toca al doctor la flamenca; vete a saber dónde estará ahora.

—¡Calla, calla! Y escucha…

Besteiro estaba diciendo, con voz cascada pero enérgica:

—*El gobierno Negrín carece de toda legitimidad y no puede ostentar título democrático alguno que merezca el reconocimiento de los auténticos republicanos. Su política de fanatismo, de neta sumisión a órdenes extrañas, ha sobresaturado a la opinión republicana toda. Nos vemos obligados a declarar ante Europa que no todo el Frente Popular estaba formado por españoles; mejor dicho, por servidores leales de España. Una gran parte de*

nuestros aliados de ayer ha aprovechado la victoria para revelar con toda claridad que sus aspiraciones no consistían en el logro de la liberación de la Patria, sino en el sometimiento de nuestro territorio al gobierno ruso, del cual son mandatarios fieles…

Lógicamente irritada ante tamaña sarta de calumnias, Dolores pasea nerviosa por la sala de estar de su residencia oficial, el antiguo palacio de los duques de Montellano. (Su conocida austeridad no le ha permitido instalarse en El Pardo, como su antecesor hiciera). El viejo histrión prosigue su infame conferencia:

—*No es hora aún de analizar dónde y cómo empiezan las responsabilidades contraídas por quienes dieron lugar a que un grupo político que no contaba en Madrid con más de quinientos afiliados el dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, se considere en la actualidad con derecho a imponer al país sus criterios, sus tácticas, su imperio indestructible, so pena de tener que afrontar en seguida el sambenito de trostkista y antirrevolucionario*…

Suena el teléfono directo de la presidenta. Ella misma lo agarra, casi con ferocidad.

—¡Ah! Eres tú, Santiago. Claro, claro que estoy escuchando a ese viejo idiota. Y tú ¿qué haces que no le has detenido ya? ¡Qué digo detenerle! ¡Fusilarle!…

La voz meliflua, suave, casi melodiosa de Carrillo contrasta con la exaltada, irascible, violenta de Dolores.

—¡Cálmate, por favor! No podemos perder los nervios; todo vendrá por sus pasos contados…

—¡Pero tú sabes las cosas que está diciendo ese carcamal!

—Nos está cargando de razón, para que podamos proceder en contra suya dentro de la más estricta legalidad. Ya sabes que yo siempre he sido muy legalista.

—¿Muy qué?

—Legalista, Dolores; no me cabrees con tus reticencias. Ahora más que nunca debo atenerme a los principios jurídicos: soy el comisario de Gobernación.

—También eras comisario de Orden Público en noviembre del treinta y seis y…

—Bueno, bueno; agua pasada no mueve molino. Te digo que ha de ser la Kent quien actúe, desde el Comisariado de Justicia. Ya me he citado con ella para cenar; quiero que mañana mismo el fiscal del Estado proceda de oficio

contra Besteiro. Todo será legal, muy legal… Y muy enérgico; puedes estar tranquila. Anda, vamos a seguir oyendo a ese estúpido. Seguro que todavía largará nuevas expresiones delictivas…

Don Julián ya está terminando. Pero la traca final resulta especialmente violenta:

—*Los innegables aciertos de la URSS* —clama, en tonos dramáticos— *en su propio territorio se desvanecen y resultan contraproducentes cuando pretenden irradiar a otros países sus procedimientos y sus actitudes. Porque no nos confundamos: España y su Partido Comunista son el último baluarte importante de la Unión Soviética en la Europa occidental. Por eso Stalin ha decidido convertir nuestra Patria en un satélite de Moscú; lo terrible, lo intolerable, es que lo está consiguiendo, en connivencia con unos políticos infames que dicen ser españoles…*

Madrid se iba recuperando de los destrozos de la guerra. Al llegar el verano, todas las calles quedaban ya limpias de escombros y estaban vallados los solares de las fincas destruidas por los bombardeos, aunque bastantes calles continuaban con socavones y deterioros en su asfaltado. El problema sanitario también mejoraba lentamente; dictó el gobierno severas medidas en favor de la higiene pública, tales como prohibir el acceso a los tranvías, autobuses y metro de aquellas personas que, por su apariencia externa, dieran que sospechar como portadores de piojos y otros bichos. Se impuso un riguroso control en bares y restaurantes para terminar con la mala costumbre (implantada durante la guerra, por razones entonces inevitables) de servir chuletas de perro, como si de cordero lechal se tratase y dar, literalmente, gato por liebre a los clientes. Los peluqueros quedaban obligados a desinfectar con alcohol navajas y tijeras después de cada servicio, sin que pudiesen utilizar los mismos paños calientes más de una vez.

Pero el problema más grave, en lo tocante a la salud pública, lo constituían las enfermedades venéreas, que según las últimas estadísticas, se habían quintuplicado en los últimos seis meses. El aumento de la prostitución clandestina hacía difícil la vigilancia médica de los millares de mujeres que practicaban el oficio más antiguo del mundo, que los gobernantes del PCE, por naturales motivos sociales y, en algunos casos, familiares, procuraban dignificar a todo trance. El Ministerio de Cultura Popular y Propaganda patrocinó una campaña de prevención contra la sífilis; pretendieron también los fabricantes de gomas higiénicas que se les autorizase para lanzar una

intensa publicidad de sus productos en prensa y radio, pero no lo consiguieron. Entendía el gobierno que resultaría poco serio e incluso desagradable para muchos eso de airear con impúdico descaro la utilidad de los preservativos.

Unicamente se permitió que algunos productos farmacéuticos, como la prestigiosa pomada *Blenocol*, se anunciaran con eslóganes para buenos entendedores y que no afectaban al decoro público. En este caso, la frase utilizada fue *protege al hombre*. Ciertos colectivos feministas protestaron por lo que estimaban una intolerable prueba de machismo. (*¿Es que no hay que proteger también a la mujer?*, decían); pero las autoridades no les hicieron ningún caso. En realidad, semejantes defensoras de los derechos de la mujer gozaban de escaso predicamento en el partido, a pesar de que muchas de sus líderes eran milicianas de los primeros meses de la revolución, heroínas, incluso, de las batallas en la sierra de Madrid, que ahora se habían reintegrado a su antigua profesión en los chaletitos de la calle de las Naciones y alrededores.

Por supuesto que no era tan solo la salud material de los españoles lo que preocupaba al gobierno Negrín. Muy atento también a su salud política, promulgó un conjunto de disposiciones tendentes a renovar el clima ciudadano del país, despojándolo de hábitos insanos y costumbres fascistoides. Con expresa mención de la condena impuesta al ex rey Alfonso XIII por las Cortes republicanas en 1931, se prohibió el uso de cualquier palabra o referencia a la condición regia. De modo que las Reales Academias pasaron a llamarse Academias Populares; los Reales Sitios se denominarían, en lo sucesivo, Sitios de Estar, y a las monedas de real se les daría tan solo su verdadero nombre: veinticinco céntimos. Como el uso del vocablo *nacional* había sido acaparado durante la guerra civil por los fascistas, otra orden ministerial introdujo satisfactorios cambios en algunas denominaciones hasta entonces usuales. Así, la Compañía Telefónica Nacional de España pasaba a llamarse Telefónica Popular de la URSEE y el Patronato Nacional Antituberculoso, Colectivo Sanitario Antitísico. Semejantes medidas fueron gozosamente recibidas por el pueblo; aunque los emboscados y los desestabilizadores opinaban que mejor hubiera sido que los teléfonos funcionasen sin interferencias ni retrasos, fuera cual fuese el nombre de la compañía y que en los sanatorios aumentara el número de camas. Ganas de incordiar, naturalmente.

Por orden ministerial de primero de mayo —fecha inolvidable siempre, y más, después del apoteósico desfile de la Victoria—, el saludo reglamentario

y obligatorio consistía en levantar el brazo izquierdo, doblándolo por el codo en ángulo recto y manteniendo el puño enérgicamente cerrado. En semejante actitud (y por supuesto, de pie, en correcta posición de firmes) había que escuchar los himnos oficiales, que eran —según la misma orden ministerial— *La Internacional* y el *Himno de Riego*; si bien aquella se interpretaría siempre en último lugar, teniendo obligación todos los españoles de conocer su letra, para corearla en público. A partir de la aprobación del texto constitucional (que había recogido estas normas), las banderas oficiales de la URSEE serían la tricolor y la roja, con la hoz y el martillo en su ángulo superior derecho. Obligatoriamente debían ondear en todos los edificios públicos; si bien en aquellos que solo dispusieran de un asta en sus balcones y en evitación de gastos superfluos, se izaría únicamente la roja. La República Socialista de Catalunya tendría como bandera su clásica *senyera*, que figuraría siempre junto con las oficiales de la URSEE. Se sacaba a concurso el diseño de banderas para las Repúblicas de Euzkadi, Archipiélago Canario y Territorios Marroquíes, desestimándose la presunción de ciertos grupos políticos vascos, que pretendían que se declarase enseña oficial la llamada *ikurriña*, toda vez que, llevada a cabo la unificación de partidos en el PCE, carecía de sentido reconocer como símbolo colectivo lo que tan solo era un pendón: un pendón privativo, además, del extinto PNV.

A finales de junio quedaron instalados en el museo del Prado todos los cuadros que durante la guerra y por razones de seguridad habían sido trasladados a los sótanos del Banco de España e incluso, muchos de ellos, llevados a Francia. Antes de reabrirse al público la admirable pinacoteca, el ministro de Cultura Popular efectuó una visita privada a las renovadas salas, acompañado por el de Agricultura (ya que habían almorzado juntos) y por el fino intelectual José Bergamín, que hacía méritos para que le nombrasen director del centro. Aunque Sender le repetía una y otra vez:

—¿Cómo quieres que destituyamos a Picasso?

—¡Pero si Pablo no se ha tomado nunca en serio el cargo!

—De todos modos, no nos conviene enojarle. Volvería a ponerse pesado reclamando el dinero que dice que le debe todavía el gobierno por el *Guernica*.

Estaban charlando precisamente delante de una gigantesca reproducción fotográfica del famoso cuadro de Picasso, que se había colocado en una sala del primer piso, junto con varios bocetos y apuntes, a la espera de que llegase, por fin, el original. Siempre atento a los temas económicos, *el Campesino* preguntó:

—Pero ¿es que Picasso cobró dinero por pintar eso?

—Naturalmente —le explicó Sender—. No hemos encontrado papeles, pues con la cosa de la guerra parece que se han perdido. Pero dice Jesús Hernández que se le pagó un millón de pesetas al encargarle la obra, cuando la Exposición de París del treinta y siete.

—Primero pensó llamarlo *Los desastres de la guerra* o algo parecido —precisó Bergamín, para demostrar sus conocimientos—. Después vino el bombardeo de Guernica y tuvo la feliz idea de dedicarlo a la masacre…

Valentín González miraba y remiraba la reproducción del cuadro.

—Y ese caballo o lo que sea, ¿qué significa? —preguntó, sin el menor embarazo.

Sender y Bergamín le dirigieron al unísono una mirada de desprecio.

—Es un símbolo más de la tragedia; todo el cuadro viene a resumir el espanto de aquel criminal bombardeo de los alemanes y la angustia del pueblo vasco.

—¡Ah! —fue el único comentario del *Campesino*, quien, para justificarse, aclaró—: Es que como la foto viene en blanco y negro, pues claro, no se entiende demasiado. Ya supongo que en el original, con todos los colorines, la intención quedará mucho más clara.

Los otros dos hicieron como que no oían.

La vista del juicio oral contra Besteiro comenzó —por mera coincidencia— el 7 de julio, San Fermín. Detenido dos días después de su desafortunada conferencia, en virtud de querella interpuesta por el fiscal general del Estado, que le acusaba de alta traición, incitación a la sedición, injurias al presidente del gobierno y a naciones amigas, desacato a la Constitución y otros varios delitos menores contra la democracia, salió esposado de su chalé de la calle de Vitrubio. Por la lejanía del barrio del Viso, tan distante del centro de Madrid y prácticamente aislado, entre solares y campos de labor, apenas unos cuantos vecinos presenciaron en silencio su marcha, en una camioneta de la Guardia de Asalto, hacia las dependencias del juzgado de guardia, donde prestó declaración, para ser ingresado después en la cárcel de Porlier.

Dado que el juicio había despertado gran expectación, el Tribunal Sumarísimo se constituyó en la sala de plenos del Supremo, fuertemente protegida por fuerzas de seguridad. Naturalmente, la vista fue pública; pero como los corresponsales de prensa extranjera y periodistas españoles tenían lógica preferencia en el acceso al local, así como los cargos públicos y

letrados en ejercicio, solo quedaron libres para los curiosos una docena de asientos. Varios centenares de personas (la mayoría viejos militantes del PSOE) que se agolpaban a las puertas de la sala fueron desalojados en evitación de incidentes.

Tan pálido como sereno, el procesado entró en la sala acompañado por una pareja de guardias de Asalto; su llegada provocó un murmullo de expectación entre los asistentes. Tomó asiento en el banquillo; el presidente del tribunal ordenó que le quitaran las esposas y cedió la palabra al ministerio fiscal. Con evidente solemnidad retórica comenzó este su informe:

—Vais a juzgar —dijo en sus primeras palabras— a un hombre de concepciones honestas, de sentimientos honrados en su vida particular; pero es que no solo vais a juzgar a Julián Besteiro Fernández, sino que vais a juzgar su actuación pública, como hombre público…

Más de una hora estuvo hablando el representante de la acusación pública. Tras insistir en que la personalidad, evidentemente prestigiosa y aun honesta, del procesado no podía impedir que se considerasen sus reiterados errores políticos de los últimos tiempos, su distanciamiento de la legalidad vigente y, sobre todo, sus claras exhortaciones a la sedición, sus públicas injurias contra altas personalidades no solo de la URSEE, sino incluso de países que merecían el respeto y la gratitud de todos los españoles honestos y sus palmarias incitaciones a la rebelión armada, con repudio expreso y transgresión flagrante de los preceptos constitucionales, tan unánimemente aprobados por el pueblo en referéndum, terminó así:

—Pido, en consecuencia, justicia. Una justicia que no mire al procesado ni a la persona, sino a la sociedad española que comienza a caminar por nuevos senderos, senderos de esperanza, senderos de auténtica libertad hacia el progreso y que no merece ser confundida, perturbada, alterada por actitudes como las del procesado, cuya buena voluntad yo sería capaz incluso de admitir en atención a sus años, que sin duda ciegan un entendimiento que fue tenido por lúcido. Pero sin que por ello pueda disculpar ni siquiera atenuar el gravísimo daño que con sus discursos, con sus maquinaciones, con sus posturas absolutamente fuera de la ley, ha causado a la URSEE. Ni mucho menos olvide el enorme peligro que para ella supondría el mantenimiento en la actividad pública y aun en la libertad ciudadana de quien con tanta arrogancia y tanto descaro manifiesta unas ideas nefastas, intolerables en toda democracia.

Pidió, por consiguiente, que se le impusiera la pena de reclusión perpetua. Hizo uso de la palabra a continuación la defensa, a cargo de un joven jurídico

militar. Su informe fue también brillante y muy riguroso en los aspectos legales, con citas abundantes de jurisprudencia y haciendo especial hincapié en el historial del procesado, en su limpia ejecutoria política y en sus servicios a la causa de la República durante la guerra. Insistió en el aprecio general y en la unánime admiración que despertaba su figura entre los madrileños, a quienes no había abandonado en los más críticos momentos del acoso fascista a la capital. Terminó solicitando la libre absolución.

El presidente del tribunal ordenó entonces al procesado que se pusiera en pie y a la ritual pregunta de si tenía algo que manifestar, repuso Besteiro, con voz firme y ademán enérgico:

—Yo no me contento con ser en mi vida privada honrado. Yo estoy seguro de haberlo sido también en mi vida pública. He sido, además de diáfano en la conducta, absolutamente leal para todos…

La sentencia se hizo pública el 10 de julio. Tras los resultandos y considerandos de rigor, el fallo condenaba al procesado, Julián Besteiro Fernández, a la pena de reclusión perpetua, que, en atención a sus circunstancias personales, se sustituía por la de treinta años de reclusión mayor. Dado el carácter especial del Tribunal Sumarísimo, esta sentencia era inapelable. Para su cumplimiento, a mediados de mes, el reo fue trasladado a la prisión de Carmona. En su habitual conferencia de prensa y a preguntas de varios corresponsales extranjeros, el ministro de Gobernación tan solo dijo:

—El gobierno jamás comenta las decisiones judiciales; se limita a acatarlas.

Y como un periodista norteamericano se interesase por la posibilidad de que se ejerciera con Besteiro la gracia del indulto, su respuesta fue:

—Semejante posibilidad resulta en estos momentos a todas luces prematura.

La condena del antiguo líder del PSOE trajo consigo el endurecimiento de la censura en los medios de comunicación. Fueron destituidos los directores de Unión Radio y de *El Socialista* y las actuaciones administrativas se remitieron al fiscal, por si entendía que hubo complicidad con el reo, al difundir su delictiva conferencia. Para sustituir a los cesados se designó a dos periodistas, fieles militantes del PCE, que supieron dar nuevos y democráticos rumbos tanto a la emisora como al diario. Luis Araquistain, tan obtuso en sus críticas al gobierno, fue multado con 50 000 pesetas y suspendido durante tres meses.

Julián Zugazagoitia sufrió también un expediente, aunque por causas distintas. En unas declaraciones a *Pravda* español (como mantenía el clásico

formato del *ABC*, la gente le llamaba el XYZ), el comisario de Cultura Popular y Propaganda había dicho que el gobierno pensaba reconstruir el Alcázar de Toledo; pero como un gasto de tanta importancia no podía justificarse si el nuevo edificio seguía destinado a centro militar, *dados los sórdidos recuerdos que eso traería para todos los españoles*, la intención era dedicarlo a centro cultural, biblioteca del pueblo y escuela popular de gimnasia. Al siguiente día, Zugazagoitia publicó un artículo en *El Socialista* (todavía no recuperado para la verdad por el gobierno) en el cual criticaba duramente las manifestaciones de Sender, con frases tan fuera de lugar como estas: *El Alcázar toledano es una casa que, con mayor razón que nunca, será sagrada para los infantes españoles. No les discutamos ese título, que sería mezquindad tonta. La proeza cumplida allí por los soldados a las órdenes de Moscardó tiene toda la fuerza de la mejor página histórica*.

El periodista autor de semejante artículo fue desterrado a Logroño y suspendido durante seis meses en el ejercicio de su profesión. Justamente, la opinión pública comentaba:

—Zugazagoitia está resultando tan fascista, que si ellos llegan a ganar la guerra, seguro que le dan un buen cargo y hasta alguna medalla.

Para conmemorar el 18 de Julio, tercer aniversario del comienzo de la guerra civil, se celebró en el estadio Metropolitano una magna demostración de las Organizaciones Juveniles del partido. Los *pioneros*, aquellos niños, aquellos jóvenes imbuidos de profundas convicciones democráticas, desarrollaron sobre el césped del viejo campo de fútbol unas tablas de gimnasia y entusiasmaron a los espectadores que llenaban las gradas con los ejercicios de instrucción premilitar. Como brillante colofón, cientos de muchachas vestidas con túnicas amarillas compusieron con sus cuerpos el emblema de la hoz y el martillo.

Al terminar, desde los micrófonos instalados en el palco presidencial, la jefa del Estado arengó a las juventudes comunistas con su estilo vibrante y arrebatador.

—¡Hijos míos, hijas mías! —les gritó—. ¡Sois la más firme garantía de nuestro futuro democrático! ¡Hijos míos, hijas mías! ¡Me siento orgullosa ante esta demostración de vuestra disciplina y vuestra capacidad! ¡Hijos míos, hijas mías! ¡Porque vuestros padres estuvieron dispuestos a morir de pie, vosotros no tendréis que vivir de rodillas, sino que lo haréis erguidos y orgullosos, en un estado gozosamente comunista y perfectamente

democrático! ¡Hijos míos, hijas mías! ¡Quisiera abrazaros uno por uno, besaros uno por uno y voy a hacerlo simbólicamente en la persona de este pionero que, en vuestro nombre, acaba de entregarme este ramo de flores, rojas, rotundamente rojas, como nuestro credo, como nuestra fe!

Efectivamente, y entre el entusiasmo desatado de los actuantes y del público, besó con efusión a una criatura rubia que tenía al lado. Después se cantó *La Internacional* (el *Himno de Riego* se usaba cada vez menos, sin duda por el inconveniente de que no tenía letra), y el acto terminó entre fervores patrióticos. Los chavales y las muchachas regresaron entusiasmados a sus casas, en los autobuses de la Organización Juvenil. La oratoria de Dolores les había impresionado; aunque Alfonsito Paso, un rapaz muy listo de Embajadores, comentó con sus amiguitos:

—A mí lo que me ha fastidiado es la manía de la presidenta en llamarnos hijos. Se presta a interpretaciones desagradables.

Alguien lo contó a los jefes y fue expulsado de los pioneros.

FICCIÓN CUARTA

Un tórrido agosto • Consejo de guerra a los generales fascistas prisioneros, que son ejecutados con todos los honores • Interesante homilía del presbítero don Vicente Enrique, en la festividad de la Virgen de la Paloma • Brillante recepción en la embajada soviética, instalada provisionalmente en el palacio de Liria • Santiago Carrillo da explicaciones en una conferencia de prensa acerca del montaje propagandístico franquista por los enterramientos de Paracuellos • Se inaugura la temporada taurina • El pacto germano-soviético fuerza la dimisión de Álvarez del Vayo como ministro de Estado • Comienza la guerra europea

Decididamente, el verano del 39 iba a ser caluroso; más aún, tórrido. Las temperaturas se acercaban muchos días a los 40 grados e incluso —en algunas comarcas andaluzas, en Valencia, en La Mancha, en Madrid— los rebasaban. Sin embargo, los ciudadanos las aguantaron impertérritos, defendiéndose de los rigores de la canícula con sistemas tan tradicionales como baratos: el abanico, el botijo, el ventilador y la tertulia nocturna en la calle. Hasta los señoritos burgueses, que antes de la guerra eran los únicos que se iban de vacaciones (a San Rafael o a las playas del Norte, los de Madrid; ala Costa Brava, los de Barcelona; a la sierra aragonesa, los de Valencia), olvidaron tan clásica costumbre. Muchos, para no significarse; otros, porque su economía ya no era la misma; bastantes, por estar purgando en la cárcel o en campos de concentración sus pecados antidemocráticos.

Dando ejemplo, tampoco el gobierno se movió de Madrid en agosto. La capital de la URSEE había recobrado su tradicional talante jaranero, que en realidad nunca había perdido: ni siquiera en los más trágicos momentos del asedio. Funcionaban muchos cines de verano, aprovechando la abundancia de solares existentes en todos los barrios y la puerta de Alcalá seguía luciendo, en sus tres arcos centrales, las monumentales efigies de Stalin y Lenin, si bien

la de Azaña, que los acompañaba cuando allí se colocaron —en plena guerra —, había sido sustituida por la de su sucesora en la jefatura del Estado, Dolores Ibárruri. Los domingos, las gentes iban de excursión a la Ciudad Universitaria y a la Casa de Campo, escenarios de tan crueles batallas pocos meses atrás; fue preciso dictar normas en prevención de accidentes, pues era frecuente que se encontrasen abandonadas muchas bombas todavía sin estallar.

El día 4, el Comisariado General del Ejército promulgó una disposición, en virtud de la cual podían retirarse del servicio activo los jefes y oficiales que lo desearan, manteniendo todas sus percepciones económicas. También se regulaban los ascensos, modificándose el viejo sistema de escalafones, sustituido por el de *méritos en el servicio*, que de hecho permitiría al Comisariado dirigir a su gusto la jerarquía castrense. El general Vicente Rojo fue de los primeros en acogerse al retiro voluntario; se le despidió de su gloriosa vida militar con todos los honores. Pero se le despidió, que era de lo que se trataba. En su protocolaria visita a la presidenta de la República, se permitió solicitar clemencia para los generales fascistas prisioneros y especialmente, para su compañero de promoción, Moscardó, cuyo heroísmo no podía desconocerse. Dolores le escuchó con benevolente atención, aunque intentó hacerle comprender que no podía interferirse en la administración de Justicia.

El consejo de guerra que juzgó a Yagüe, Muñoz Grandes, Moscardó, García Morato y al almirante Moreno los consideró autores por igual de los delitos de alta traición, sedición, rebelión militar y conjura contra el régimen legalmente constituido, sin ninguna atenuante, condenándoles, en consecuencia, a tres penas de muerte a cada uno. Hizo uso la jefa del Estado de su derecho de gracia, conmutándoles generosamente dos de esas penas. En atención al interés de Rojo, concedió también que Moscardó gozase del privilegio de que, después de fusilado, una compañía de infantería desfilase delante de su cadáver, rindiéndole honores. Así se hizo cuando, el 12 de agosto, las penas impuestas fueron ejecutadas al amanecer, en el patio del cuartel del Regimiento de Transmisiones, en El Pardo.

En demostración de que la normalidad más absoluta había vuelto al país, el día de la Virgen de Agosto se celebraron solemnes cultos en las siete iglesias católicas que estaban abiertas en Madrid, una por distrito. El representante oficioso del Vaticano, monseñor Montini, ofició en la de la Paloma. La asistencia de feligreses fue numerosa, llenando el templo. La mayoría eran de edad avanzada; los guardias de Asalto no permitieron que se

estacionasen frente a la puerta algunas personas que pretendían seguir la misa desde allí, ya que ello suponía transgredir la prohibición constitucional de celebrar las devociones en público.

Fue muy comentada la homilía pronunciada en la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel por su coadjutor, el joven sacerdote valenciano (tenía solo treinta y dos años) don Vicente Enrique, quien dijo, entre otras cosas igualmente importantes, que *la Iglesia no pide ningún tipo de privilegio; pide que se le reconozca la libertad que proclama para todos… Son muchos los que tienden la mano hacia la Iglesia, pidiéndole lo que ella no tiene ni es misión suya dar, pues solo puede dar el mensaje de Cristo y la oración… Ese mensaje no patrocina ni impone un determinado modelo de sociedad. La fe cristiana no es una ideología política ni puede ser identificada con ninguna de ellas, ni pertenece a la misión de la Iglesia presentar opciones o soluciones concretas de gobierno en los campos temporales de las ciencias sociales, económicas o políticas. La Iglesia no patrocina ninguna forma ni ideología política, y si alguien utiliza su nombre para cubrir sus banderías, está usurpándolo manifiestamente*.

Este último párrafo fue glosado, al siguiente día, en el editorial de *Claridad*, ya que, al decir del articulista, suponía una directa censura a la derecha reaccionaria y, sobre todo, al franquismo derrotado en los campos de batalla, que tantas veces se habían manifestado como adalides de la religión católica, llegando a presentar la guerra civil como una Cruzada.

La embajada rusa se ha instalado, con carácter provisional, en el palacio de Liria, expropiado a sus anteriores dueños, los duques de Alba, para responder de las cuantiosas responsabilidades económicas a que los condenó el Tribunal de Represión de Actividades Antidemocráticas por sus muchos siglos de activa connivencia con la reacción. Queda, además, casi enfrente de donde se edificará la sede definitiva de la legación, el solar resultante del derribo del antiguo Convento de las Carmelitas, en la misma calle de la Princesa (ahora, de José Stalin), casi esquina a la plaza de la URSEE, antes de España. Los planos del que será modernísimo edificio se deben a tres arquitectos rusos; aunque uno de ellos no podrá ya ocuparse de la obra, por haber desaparecido en la última *purga* realizada en Moscú.

El embajador Rosenberg abre por vez primera los salones del palacio (rebautizado Rossía) y acondicionado con insólita celeridad para sus nuevas funciones. Allí acuden, con el cuerpo diplomático acreditado en Madrid, el

gobierno en pleno y los altos jefes del ejército y el ayuntamiento, en corporación, y una selecta representación de la intelectualidad y el mundo artístico. Y por supuesto, la jefa del Estado, vestida como siempre de traje negro, fiel a su conocida austeridad, que podríamos llamar franciscana, si sus firmes convicciones ateas no lo impidieran.

Junto al *buffet*, Santiago Carrillo bromea con Mijaíl Koltsov a propósito de los cigarrillos rusos y sus largas boquillas. El corresponsal de *Pravda* le ha ofrecido uno, que el comisario de Gobernación enciende aprovechando la colilla del anterior. Un camarero con librea pasa con la bandeja del caviar; le sigue otro, con el vodka. Koltsov sirve una generosa cucharada de caviar sobre la tostada; la espolvorea con unas gotas de limón y se la ofrece, sonriente, a Santiago.

—Gracias, hombre…

En dos bocados termina con el canapé; ahora, Mijaíl le entrega un vasito de vodka, al tiempo que alza el suyo:

—¡Salud!…

—¡Salud!…

Se acerca el ministro de la Guerra, general Líster; Koltsov marcha hacia un grupo de periodistas extranjeros que charla cerca de allí.

—Hola, Enrique, ¿qué cuentas?

—Que estoy aburridísimo, tú. Estas recepciones son un latazo. Además, no hay tintorro; venga de vodka, que a mí me asquea.

—Pues habrá que acostumbrarse. Dolores quiere que lo fabriquen en Chinchón, en lugar del anís.

—De lo que estoy también harto es del caviar. ¿Por qué no darán chorizo de Pamplona, que es más rico?

Elegantísima, con un traje largo carmesí de amplio escote y precioso collar de esmeraldas, Rosita Díaz Gimeno se les aproxima. Carrillo avisa por lo bajini a Líster, que está distraído, intentando ligar a distancia con una embajadora:

—¡Cuidado, tú: la presi!

La besan tan cariñosa como respetuosamente en la mejilla y, naturalmente, elogian (con toda razón) su hermosura.

El general es el más entusiasta:

—¡Hija, lo tuyo es de toma pan y moja! Que el día que vuelvas a hacer películas, te sales de la pantalla.

—A ver si convencéis a Juan, que está empeñado en que me retire del cine.

—¡Pero eso sería un crimen artístico!

—Por cierto —le dice la compañera de Negrín a Carrillo—, ya hemos resuelto el problema de *El genio alegre*. —Y a Líster le aclara—: Se trata de la película que estábamos rodando en Andalucía el dieciocho de julio del treinta y seis y que se quedó sin terminar. Como el galán es el fascistón de Fernández de Córdoba, que se ha largado a Italia para que no le demos su merecido, después de haber sido locutor de la radio franquista de Salamanca, no sabía Antonio del Amo, el nuevo director (porque el que la empezó también se ha exiliado), cómo rodar los planos que faltan, en los que yo tengo tres escenas con el galán.

—¿Y qué?

—Pues que en el cine siempre se arregla todo; ha encontrado un chaval que se parece mucho a Fernández de Córdoba, lo colocará de escorzo o de espaldas y santas pascuas. Al final, más primeros planos para mí.

—Oye, eso de *El genio alegre*, ¿no es una función carca?

—Hombre, los autores sí que lo son; pero ya está todo pensado. Irá primero una voz en *off*, sobre los títulos, aclarando que aquellos personajes tan beatos y aquellas malas costumbres andaluzas son las que han terminado para siempre gracias a nuestra victoria.

—Todo tiene explicación en esta vida —filosofa Carrillo.

Bien lo sabe él. En la primera rueda de prensa que, como ministro de la Gobernación, tuvo que celebrar con los corresponsales extranjeros, el enviado del *New York Times* cometió la osadía de interesarse por los sucesos de Paracuellos del Jarama. Con su español a medias, preguntó:

—Señor ministro, el general Franco, desde el exilio, ha hecho unas declaraciones a mi periódico en las que dice, entre otras cosas, que usted ser responsable de miles de muertos en cercana localidad de Paracuellos. ¿Algo que contestar?

No le cogió de sorpresa la insolencia a Santiago, que iba debidamente preparado para responder a este chismorreo y a cuantos le planteasen los pocos periodistas no afectos que asistían a la conferencia y a quienes, por obvias razones, no hubo más remedio que invitar. Así que, con el cigarrillo bailándole en los labios y una sonrisa desdeñosa, contestó:

—Debía usted saber que Franco miente siempre. Lo que no comprendo es cómo un periódico demócrata como el suyo presta sus páginas a semejante tipo. Esa patraña sobre Paracuellos es un viejo montaje de la propaganda fascista, con el que pretendieron disimular sus atrocidades en Badajoz y en Guernica y en tantas partes.

—Pero ¿qué pasó, señor ministro, en ese pueblo? —insistía, tenaz y pesadísimo, el corresponsal norteamericano.

—No seré yo quien le conteste, para que no parezca defensa propia; he venido acompañado por mis asesores y uno de ellos, quizá el más preclaro valor de nuestros jóvenes historiadores, le dará todas las explicaciones que precise. Por favor, Tuñón…

Un muchacho de despierta mirada y abundante pelo rizado, negro como el carbón, sentado al extremo de la mesa, se acerca a uno de los micrófonos.

—Les presento al profesor Tuñón —dice Carrillo.

Y comienza a hablar el profesor:

—Durante los primeros días de noviembre de mil novecientos treinta y seis, cuando los fascistas estaban llegando a las puertas de Madrid, convencidos de que sus hordas moras conseguirían tomar con facilidad la capital de la República, saben ustedes que la aviación alemana bombardeó con sañuda ferocidad la heroica ciudad. En el colmo del salvajismo, en uno de aquellos siniestros *raids*, los *Junkers* de la Luftwafe al servicio de Franco lanzaron varias toneladas de sustancias químicas venenosas sobre los depósitos del canal de Isabel II, donde se almacena el agua que beben los madrileños.

Un rumor de asombro e indignación se levanta en la sala. Continúa el joven historiador su explicación, mientras sobre la pantalla colocada al fondo, detrás de la mesa presidencial, se proyectan varias diapositivas.

—Vean aquí una panorámica de los depósitos; me permito significarles que esta agua, llamada del Lozoya, por su origen, tenía fama de ser deliciosa. Observen ahora los *Junkers*, en pleno bombardeo. Los sacos con el veneno descendiendo en su mortífera marcha…

Levanta la mano uno de los periodistas.

—Perdone, ¿eso no son bombas de mil kilos?

—Aparentemente; se trataba de envoltorios astutamente disimulados como tales, que al caer sobre los depósitos intoxicaron las aguas.

Aparece después en la pantalla la fotografía de una chica monísima en traje de baño: risas en la sala.

—¡Corten! —ordena Carrillo, visiblemente enojado. Y aclara a los presentes—: Perdonen el error: esa diapositiva pertenece al bloque siguiente, donde se exponen los proyectos para nuestra campaña veraniega de playas y piscinas populares. Sigue —ordena a Tuñón.

—Pueden imaginar lo que ocurrió. No dio tiempo a conocer el canallesco ardid de los fascistas; los madrileños aquella tarde (pues el bombardeo fue

alrededor de las tres) siguieron bebiendo el agua del canal, aunque notaron que no sabía como siempre. Resumiendo: más de doce mil personas fallecieron en el transcurso de cinco horas, presas de horribles dolores. Fue espantoso…

Murmullos lógicos entre los periodistas.

—No hará falta que les resalte el problema sanitario que se nos vino encima. Doce mil cadáveres, quizá más, carecían de sepultura. Entonces fue cuando el camarada Carrillo, a la sazón comisario de Orden Público en la Junta de Defensa, demostró su inmensa capacidad de trabajo y su gran talento organizador. En poco menos de veinte horas, utilizando soldados zapadores y también, todo hay que decirlo, algunos prisioneros de la Quinta Columna, logró acondicionar en Paracuellos varios centenares de fosas comunes, donde encontraron cristiana…, perdón, quiero decir, humana sepultura, los restos de aquellas infelices víctimas de la vesania fascista.

El corresponsal de *Pravda* inicia un aplauso, discretamente seguido por bastantes de los demás periodistas.

—Bien: pasemos a otro tema, si les parece —dice entonces Carrillo.

—¿Qué se sabe de las leyes orgánicas, complementarias de la nueva Constitución? —pregunta el corresponsal del *News Chronicle*.

—Están en fase avanzada de preparación; los proyectos los redacta un selecto grupo de juristas, presidido por el señor Ossorio y Gallardo.

—¿Es cierto que también forman parte de él tres representantes del Comisariado soviético de Justicia? —pregunta el imbécil del *New York Times*.

—¡Rigurosamente falso, rigurosamente falso! —se indigna Santiago, que no puede evitar que la irritación le haga aporrear con violencia la mesa—. Y le advierto, señor… señor…

—Gary Creagan —aclara el interesado.

—Y le advierto, señor Creagan, que si ha venido usted con la premeditada idea de sembrar la confusión entre sus colegas, nos veremos obligados a tomar las oportunas medidas. No está usted respetando, precisamente, las leyes del juego democrático.

—*Okey!* —contesta, con un mohín de burla, el mendaz corresponsal, que toma su bloque de notas, guarda su estilográfica y abandona la sala a grandes zancadas.

—¿Cuándo volverán a celebrarse corridas de toros? —pregunta entonces el corresponsal de *L'Humanité,* con claros deseos de distendir la crispación.

—El gobierno estudia el problema, porque es consciente de la afición de los españoles a la mal llamada fiesta nacional; y digo mal llamada, porque esa

es una denominación burguesa y reaccionaria. Lo que pasa, y ustedes lo saben, es que nos hemos quedado sin toreros; todos nos salieron fascistas, y si se fueron de nuestra zona, en plena guerra, con la excusa de sus contratos en el extranjero y luego se pasaron a la facciosa, para hartarse allí de torear, comprenderán que no es fácil que regresen, porque lógicamente la justicia del pueblo nunca les perdonaría su traición.

—¿Entonces…?

—Vamos a crear unas Escuelas Populares de Tauromaquia para facilitar la aparición de nuevos valores. La idea del gobierno es que, antes de agosto, se celebre con toda brillantez la reapertura de las Ventas.

Interroga el corresponsal de *Clarín*, de Buenos Aires:

—¿Qué comentario tiene que hacer a las declaraciones efectuadas en Lausana por el príncipe de Asturias, don Juan de Borbón, quien, como legítimo sucesor de la dinastía que reinó en España hasta 1931, emplaza al gobierno para que celebre un plebiscito en el que el pueblo decida la clase de régimen que prefiere?

—Ese señor estaría mucho mejor callado. —Carrillo se ha enfadado otra vez—. El pueblo español derrotó en los campos de batalla no solo al fascismo internacional, sino también a los residuos monárquicos que se le aliaron. No hay más plebiscito posible que el de nuestra victoria, que ha sido, la victoria de la República, refrendada hace bien poco con la clamorosa aprobación en referéndum de la Constitución. Puedo asegurarle, y lo hago con total firmeza, de modo rotundo, que nadie en este país desea otro régimen que el republicano, porque todos conocemos las vilezas, las corrupciones, los desastres que consigo llevaron siempre los Borbones. De ¡modo, señor mío, que monarquía, ¡jamás, jamás, jamás!…

La conferencia de prensa languidece después, con preguntas de puro trámite. Al retirarse, Carrillo llama aparte a su consejero de Gobernación.

—Al americano cabrón hay que expulsarle del país cuanto antes.

—¿Con qué pretexto?

—Tú verás. Busca su ficha; por algún lado podremos entrarle. Tráfico de cocaína, corrupción de menores, contrabando… ¡Yo qué sé! Lo que no se puede tolerar es que tengamos que padecer las impertinencias de esos enemigos de la democracia.

En seguida, enciende otro cigarrillo, claro está.

En su semanal despacho con el presidente del Gobierno, el comisario de Gobernación le expuso con todo detalle lo tratado en la agitada conferencia de prensa y ambos coincidieron en que había que resolver cuanto antes las dos cuestiones más importantes surgidas en ella. Una era, por supuesto, la expulsión inmediata del corresponsal del *New York Times*; la otra, la necesidad de celebrar con urgencia corridas de toros.

—Nuestro pueblo necesita solazarse, olvidar sus recientes penas, ¿comprendes? —dijo Negrín, siempre preocupado por el bienestar del país.

—Ya, ya. Lo del *panem et circenses*…

—Eso; como el pan se le está poniendo cada día más difícil, al menos que tengan circo.

—Pero me dicen los camaradas que llevan la Escuela Popular de Tauromaquia que los chavales están muy verdes todavía y sería arriesgado echarles ya al ruedo.

—¿Y es que no queda ni un solo torero leal? ¿Ni uno solo?

—Pues no lo sé, porque yo de eso entiendo poco. Pero los que sonaban, Ortega, Lalanda, los Bienvenida, La Serna, Villalta, Barrera, están todos en América.

—Entérate; no es posible que no haya por ahí algún matador de alternativa de los de antes de la guerra.

Tras laboriosas investigaciones entre los eruditos, se encontraron tres. Claro que no eran excesivamente conocidos: Manuel Colomino, Eladio Querós y Baltasar Pérez, *el Metalúrgico*. No estaban por la labor, alegando su falta de entrenamiento, después de tres años sin agarrar un capote; pero comprendieron su obligación de buenos ciudadanos, y entre sus firmes ideales comunistas y el suculento contrato que se les ofreció, aceptaron finalmente inaugurar la temporada en la Monumental de las Ventas. Se les garantizaba, además, un espectacular lanzamiento publicitario e incluso la recompensa de una medalla.

En efecto, durante quince días, la prensa y la radio realizaron tal campaña de propaganda, que los aficionados acabaron convencidos de que se trataba de los auténticos sucesores de Joselito y Belmonte. El famoso crítico *Corinto y Oro* publicó en el *Pravda* español un profundo estudio de sus distintos estilos: puramente sevillano, cascabelero y alegre, el de Colomino; hondamente rondeño, el de Querós; con la reciedumbre castellana del mismísimo Vicente Pastor, *el Metalúrgico*. Se fijaron precios populares, se glosó ampliamente la fidelidad comunista de los tres diestros (que serían condecorados en la misma

plaza por el presidente Negrín), y con todo ello el coso madrileño registró un llenazo histórico.

Los preliminares resultaron de intensa emoción. Los maestros hicieron el paseíllo destocados y con el puño en alto, lo mismo que las cuadrillas; muy curioso resultaba el espectáculo de los picadores saludando a caballo, como équites de una justa medieval. Se leyó por los micrófonos la orden ministerial que concedía a los bravos diestros la Orden de la República, en su categoría de plata, por su probada lealtad a los principios revolucionarios de la URSEE. El presidente del gobierno les impuso las preciadas condecoraciones, mientras sonaban las alegres notas de *Pan y toros* y el público aplaudía con frenesí. Hasta tal punto, que tuvieron que dar una vuelta al ruedo antes de que se soltase el primer toro, recogiendo flores, puros, gorras menestrales y prendas femeninas, incluido un sostén, entre las ovaciones entusiastas de los aficionados.

Lamentablemente, semejantes muestras de fervor terminaron apenas asomó por los toriles *Carbonero*, astifino, negro bragado y con cerca de 400 kilos. Querós se recorrió varias veces el ruedo, perseguido por el noble astado y acabó malamente con él de ocho pinchazos, cuatro estocadas y tres descabellos. (Dos avisos). El público, sin embargo, guardó silencio. Estuvo también callado con Colomino, que incluso empeoró la labor de su compañero de cartel. Pero comenzó a silbar cuando *el Metalúrgico* no pudo matar al tercero de la tarde, que fue devuelto a los corrales mechado a sablazos. Perdido el respeto inicial a los méritos políticos de los diestros, salió a relucir la tradicional crueldad del público taurino, que durante la lidia de los tres últimos ejemplares de Concha y Sierra se hartó de echarles objetos a los matadores; pero ahora, contundentes y con intención de dar. El presidente y Carrillo, que le acompañaba en el palco de honor, lo abandonaron antes de que acabase la corrida, para no verse involucrados en el escándalo. Los heroicos militantes del PCE, a la vez que desafortunados ejercientes del arte de Cúchares, tuvieron que ser protegidos al final por los guardias de Asalto, sin que pudiera evitarse que Querós recibiera un cantazo en la frente y *el Metalúrgico* fuese salvajemente agredido por un exaltado.

En el coche, camino de la Presidencia del gobierno, comentó el doctor:]

—Es evidente que los aficionados hubiesen preferido unos toreros fachas, pero que supieran dar buenas verónicas.

—Así es el público, presidente —le contestó Carrillo. Que no dudó en sugerir—: ¿Por qué no tanteamos a algunos de los exiliados? Si les ofrecemos garantías y unas buenas condiciones económicas…

Y es que Santiago estaba de un excelente humor aquellos días. No era para menos: por acuerdo unánime del pleno del ayuntamiento de Gijón, se había decidido que en adelante su ciudad natal se llamaría El Gijón del Carrillo.

La presidenta de la URSEE, en su calidad de secretaria general, asimismo, del Buró Político del PCE, se reúne con los demás miembros de la cúpula del partido, por vez primera después de la Unificación. Es una sesión de trabajo; hay que dar un repaso a la situación del país y comentar las últimas consignas recibidas de Moscú.

—Debo anticiparos, para vuestra satisfacción —comienza diciendo Dolores— que en la Internacional Comunista están muy contentos con el éxito del referéndum y la entrada en vigor de la Constitución. Hemos demostrado nuestra fidelidad inquebrantable al camarada Stalin, a quien nos honramos en tener como jefe y vamos avanzando con seguridad en el cumplimiento de todos los acuerdos adoptados en el Congreso de Moscú de mil novecientos treinta y cinco.

Saca unas cuartillas de la carpeta que tiene sobre la mesa y continúa:

—Varios de vosotros estuvisteis allí conmigo. Recordaréis que se plantearon, como necesidades fundamentales en la lucha revolucionaria, la unidad política, la unidad sindical y la consecuente creación de un Bloque Popular Antifascista. Pues bien, todo eso está conseguido, y además a través de una fórmula tan democrática como la aprobación unánime del pueblo.

Pide la palabra Victorio Codovila, para decir con un lejano deje de la pampa:

—¿Vós creés que los infiltrados sosialistas ya no son problema?

—Nuestra experiencia en la lucha armada demostró que la socialdemocracia era incapaz de conducir el proletariado hasta la victoria. Nadie duda ya de que los socialistas que se llaman moderados estaban dispuestos a entenderse con la burguesía y no hubieran vacilado en conchabarse con los terratenientes y con el capitalismo. En el fondo, los encantos de la banca les atraen irresistiblemente. Pero a esos ya nos los hemos quitado de encima; a mí no me preocupa que don Inda escriba algunas bobadas en los periódicos de México o que Largo Caballero, amargado porque en Moscú no quieren saber nada de él, después de tanto *Lenin español* y tanta monserga, se reúna en París con sus amigachos. Aquí nadie se entera

de esas cosas. Aquí solo quedan ya socialistas marxistas, integrados sin ningún resquemor en el PCE.

—De todos modos, algunos viejos militantes del PSOE me consta (y tú también lo sabes, Dolores) que pretenden formar grupos de oposición y hasta han tenido varias reuniones clandestinas en Vallecas —dice Mije.

—Claro que lo sé; están todos localizados. A los cabecillas, que son tres o cuatro nada más, los detendremos dentro de unos días. Están acusados de trotskistas y los juzgará el Tribunal Sumarísimo.

—¿Y eso no será contraproducente? Porque habrá que dar la noticia…

—No te preocupes; he encargado a Bergamín un artículo, que saldrá en toda la prensa nacional. Como Pepito tiene fama de católico fervoroso, a pesar de ser marxista, la gente le hace mucho caso y se quedará convencida cuando les explique que todo se ha hecho en legítima defensa del pueblo y de la democracia.

—Eso, seguro —confirma Uribe—. Acordaos lo bien que le salió su prólogo al libro de aquel alemán, sobre nuestra represión contra el POUM en Barcelona. Hasta daba la sensación de que nos quedamos cortos liquidando trotskistas.

—Insisto en que el asunto no tiene ninguna importancia. Hemos asegurado el orden público y Paco ha limpiado el ejército de indecisos. No es eso lo que me inquieta, sino el problema que se nos viene encima en materia de abastos. Habrá que volver a los racionamientos…

—Grave decisión…

—Pero inevitable. Hablé con Rosenberg, por si podían enviarnos de Rusia algunos barcos con trigo; lo ve difícil, porque allí también han tenido un año muy malo. En fin, Sender ya está preparando una campaña para demostrar que la culpa de la carestía de alimentos la tiene naturalmente Franco, que destruyó las cosechas y acabó con el ganado, con la pesca, con la caza, con los bosques y con las gallinas. El pueblo lo comprenderá; además, a cambio de apretarse el cinturón, vamos a darle un otoño de grandes espectáculos. Vendrán los ballets del teatro Bolshoi de Moscú y los coros del Ejército Soviético, que son una maravilla, y la Orquesta Filarmónica de Leningrado y celebraremos semanas de cine ruso y unos festivales de cante, con *Angelillo* y todos los maestros, más nutritivos que una fabada de esas que le gustan a Santiago…

Los reunidos sonríen forzadamente. Después se despachan varios asuntos de trámite, entre los que figura aprobar la relación de académicos que se propondrán al gobierno, para cubrir las bajas de los expulsados de la

Academia Popular de la Lengua (antes, Real Academia de la ídem). En cuanto al director del docto centro, la decisión es unánime: Rafael Alberti. Terminada la reunión, los miembros del Buró Político pasan al antedespacho —en otros tiempos, sala de música de los duques de Medinaceli— y toman unos vasos de horchata bien fría. La charla deriva inevitablemente hacia los recuerdos de los difíciles años de lucha política. Uribe cuenta que Joaquín Calvo Sotelo ha publicado un artículo en *Il Popolo d'Italia* en el que acusa a los comunistas y a los socialistas del asesinato de su hermano José.

—Aquello fue un golpe maestro —comenta Dolores—. Nunca olvidaré cuando tú, Pepe, le dijiste en plenas Cortes: *Su señoría morirá con los zapatos puestos*…

—Y ante el escándalo que se organizó, tú remataste, con mucha guasa: *Si os molesta, le quitaremos los zapatos y le pondremos las botas*… —evoca sonriente José Díaz.

El recuerdo de aquella sesión del Parlamento de la II República, el 16 de junio de 1936, provoca el lógico alborozo de todos los camaradas.

En un anticipo de los problemas alimenticios que se avecinan —y como siempre suele ocurrir—, comienzan a subir los precios de los productos básicos. La taza de café cuesta ya cincuenta céntimos; la botella de cerveza de tres cuartos de litro, dos pesetas; el billete del tranvía, quince céntimos; el jamón (por piezas) está a treinta pesetas el kilo y los huevos gordos (y ustedes dispensen), a peseta cada uno. Menos mal que, en compensación, el Comisariado de Cultura ofrece bailes gratis, conciertos gratis y representaciones teatrales también gratis y al aire libre, por si algo faltara.

Llegan noticias alarmantes de Europa. La tensión anglo-alemana resulta cada vez mayor. El III Reich desafía, sin el menor disimulo, a las potencias occidentales; el *Deustche Allgemeine Zeitung* escribe, en un editorial: *El Estado alemán es más fuerte que nunca; que lo sepan las potencias del cerco*. Llega a más en sus amenazas el *Berliner Boersen*: *Polonia juega con fuego* —dice—. *El primer cañonazo contra Dantzig acabaría con la historia polaca*. El *Times* reconoce que los alemanes ya no ocultan el movimiento de tropas. El *Manchester Guardian* habla, sin ambages, de una amenaza de invasión. *Fechas críticas*, destaca el *News Chronicle*.

Así las cosas, el comisario de Estado Julio Álvarez del Vayo convoca una rueda de prensa el 22 de agosto para fijar la postura del gobierno frente a la crispación internacional. La expectación es tan grande, que el acto ha de

celebrarse en el palacio de Cristal del Retiro, lleno a rebosar de periodistas españoles y, sobre todo, extranjeros. Con tanta concisión como claridad, el máximo responsable de la política exterior española explica a un atento auditorio:

—La agresividad creciente de la Alemania nazi no puede extrañarnos a nosotros, que padecimos en nuestras tierras y en nuestras carnes los salvajes métodos de Hitler y los suyos. Por eso me permito recomendar a los gobernantes amigos de Francia y de la Gran Bretaña que no se amilanen ante semejante actitud amenazante, tan característica de las dictaduras fascistas. Tomen ejemplo de la serenidad y firmeza de la Unión Soviética, donde la eficaz política de Stalin le permite contemplar sin temor semejantes baladronadas; es notorio que el *Führer* no se ha permitido ni un solo comentario ofensivo para la URSS.

A preguntas del corresponsal de *L'Epoque*, aclara que, en principio, la URSEE adoptaría una postura neutral, en el supuesto de que se desatara el tan temido conflicto bélico; pero que, por supuesto, sus simpatías se inclinan hacia los países del bloque francobritánico. Cita una frase *de un viejo político español*, callando (por elementales razones) que la había pronunciado, muchos años atrás, nada menos que el tradicionalista Vázquez de Mella y con sentido contrario al que él le da ahora:

—Son nuestros amigos los enemigos de nuestros adversarios…

El corresponsal del *Voelkischer Beobachter* se permite indicarle:

—Pero, señor ministro, el Estado español no puede decir que sea enemigo de Alemania, con cuyo gobierno mantiene relaciones diplomáticas plenas.

—También las mantiene todavía el gobierno alemán con el polaco; y a lo mejor, mañana están en guerra. Además, si Hitler reconoció de jure al gabinete del doctor Negrín, lo hizo bien a su pesar, no nos engañemos, y ante la evidencia de nuestra victoria sobre Franco. Sentimentalmente, usted lo sabe, su *Führer* está mucho más cerca de él que de nosotros.

Koltsov plantea una pregunta extraña:

—¿Puede usted afirmar que el gobierno español seguirá en todo caso los rumbos que marque la Unión Soviética en su política internacional?

—¡Por supuesto que sí! Confiamos plenamente en la visión, la prudencia y el indiscutible talento del señor Stalin, que es un ejemplo para todo el mundo de fidelidad a los principios comunistas de Lenin.

Álvarez del Vayo sale muy satisfecho de la reunión con los periodistas. Estrecha calurosamente las manos de muchos de ellos, recibe enhorabuenas entusiastas de los editorialistas de los principales periódicos nacionales, sus

subalternos del Comisariado alaban la profundidad de sus conocimientos sobre política internacional. Con todo ello, llega a casa rebosante de júbilo, aunque fatigado por el calor y el esfuerzo. Le sorprende que esté aguardándole, en el mismo recibimiento, su secretario de despacho, que sin apenas saludarle le comunica:

—El doctor Negrín ha telefoneado varias veces. Se trata, por lo visto, de un asunto urgentísimo; le espera en Presidencia.

Había despedido su coche oficial, así que tuvo que tomar un taxi. En mangas de camisa, Negrín está junto al teletipo, que no cesa de repiquetear. Le acompañan el subsecretario y dos altos cargos. Sin levantar la vista del aparato, pregunta a su ministro:

—¿Qué tal?

—Muy bien, presidente. Francamente bien. Tal como habíamos previsto, dejé aclarada sin lugar a dudas nuestra postura de total rechazo de la política alemana y de absoluta aproximación a la Unión Soviética. No he negado que Hitler nos desagrada profundamente ni que, pese a las relaciones diplomáticas que mantenemos, porque ellos las quisieron, el nazismo nos repugna enteramente.

Del modo más inesperado, el doctor Negrín comienza a dar voces, en puro estado de excitación:

—¡Pues nos hemos lucido! O mejor dicho, ¡se ha lucido usted!

Arranca la larga tira de papel que cuelga del teletipo y se enrosca por el suelo, y casi se la mete por los ojos a su ministro de Estado.

—¡Tome! ¡Entérese de la metedura de pata!

Álvarez del Vayo, quitándose las gafas de lejos, lee sin poder creer lo que dicen las agencias:

—Urgente… Urgente… Urgente… Los gobiernos de la Unión Soviética y del III Reich han firmado en la tarde de hoy un pacto de amistad y no agresión… El canciller Adolfo Hitler y el presidente de la URSS, José Stalin, han destacado que con este acuerdo se refuerzan los tradicionales vínculos de amistad entre ambos grandes países, que en lo sucesivo se consultarán recíprocamente todos los temas referentes a su política exterior… Urgente… Urgente… Urgente… Sir Neville Chamberlain convoca una reunión extraordinaria de las Cámaras británicas…

El comisario de Estado se derrumba sobre una silla.

—¡Pero esto no es posible!…

—¡Lo es! De modo que tiene que tragarse todo lo que acaba de decir en esa desgraciada conferencia de prensa. Sender está ahora mismo hablando con

los directores de los periódicos y de las agencias; por supuesto, no habrá referencia alguna a cuanto haya podido usted manifestar a los corresponsales, en su última actuación como responsable de la política exterior.

Hay una pausa dramática.

—Queda aceptada su dimisión —dice el presidente del gobierno de modo tajante—. Desde ahora, yo asumiré personalmente la cartera de Estado.

Al día siguiente, el editorial de *Mundo Obrero*, lo mismo que los de todos los diarios, precisaba que el pacto germano-soviético *tenía un alcance meramente táctico, que no afectaba a lo ideológico*, resaltando la voluntad del camarada Stalin de preservar a su país de la más que probable guerra europea. Veladamente, se insinuaba que Inglaterra y Francia habían adoptado una actitud de intransigencia frente a las *muy lógicas* reivindicaciones alemanas, que podrían forzar al Reich a tomar, por su parte, medidas enérgicas. Destacaban asimismo el mensaje conciliador que Roosevelt había enviado al *Führer*. El 28 de agosto era el Papa Pío XII quien exhortaba a los políticos de Europa a volver al camino de la paz y la justicia.

A las 2.50 de la madrugada del día 1 de septiembre, el ejército alemán atravesaba la frontera de Polonia. Había comenzado la guerra europea.

FICCIÓN QUINTA

Los soldados alemanes ocupan Francia y llegan a la frontera española, donde confraternizan con el Ejército Popular • Conspiradores monárquicos en Italia • Pemán se fuga del penal de Santa Catalina • Auge de la cultura en la URSEE • Monumental y veraz obra histórica sobre la guerra civil • Racionamientos y mercado negro • Inauguración del curso universitario • Diversas muertes de varia significación • Mensaje de final de año de la jefa del Estado

Alemania sorprendió al mundo con la *blitzkrieg*, la guerra relámpago. En poco más de un año ocupó media Europa; a la toma de Polonia, en cinco semanas, siguió la invasión de Bélgica y Holanda, la ruptura sin problema alguno de la famosa línea Maginot y el paseo militar por Francia. El 14 de junio de 1940, la Wehrmacht entraba en París y, días más tarde, las *Panzerdivisionen* llegaban a la frontera con España. Allí, oficiales germanos y del Ejército Popular confraternizaron sonrientes, en explícita confirmación de las inmejorables relaciones entre los dos países. Ciertamente la gesta de los soldados de Hitler había llenado de admiración a todos los españoles, gesta especialmente meritoria si se tenía en cuenta que había podido llevarse a cabo a pesar de la colaboración del ejército italiano.

Este fracaso de los aliados del *Führer* lo destacaba de continuo la prensa española, casi con el mismo énfasis que dedicaba a glosar las victorias alemanas. Así tenía que ser; pues si con el noble pueblo germánico nos unían históricas raíces (tal dijo, en un discurso, el presidente Negrín) y sus virtudes de laboriosidad y disciplina eran tan similares a las del pueblo ruso, que justificaban el pacto de amistad que ahora los unía, la Italia mussoliniana mantenía un régimen fascista despreciable y, aunque hiciera la guerra aliada con el Reich, estaba claro que el *Duce* solo pretendía uncirse al carro del vencedor, aprovechando la bondad de Hitler, a quien había embaucado con su

verborrea y su capacidad histriónica cuando, en momentos difíciles para él, le sedujo hasta establecer el Eje Roma-Berlín.

Pero ¡cuán distinta la actitud de ambos países respecto de la URSEE! Mientras Alemania había reconocido al gobierno Negrín apenas terminada la guerra civil, Italia continuaba sin hacerlo. Y algo peor: servía de refugio al ex general Franco y a muchos de los cabecillas de la sublevación de julio del 36. En Roma residía, asimismo, el ex rey Alfonso ex XIII, rodeado por una minúscula corte de agitadores, a la que se habían agregado en los últimos meses el ex ministro franquista Sainz Rodríguez, el ex alcalde falangista José María de Areilza y el ex jefe de la CEDA José María Gil Robles, los cuales, curiosamente, estaban distanciados del ex Caudillo. Este permanecía al margen de toda actividad política y se limitaba a dar conferencias sobre táctica, estrategia y otros temas castrenses en las academias militares italianas; también colaboraba en algunos periódicos con artículos sobre la masonería y su perniciosa influencia en las naciones democráticas.

En cambio, los del grupo monárquico (se les llamaba *los conspiradores del Gran Hotel*) pretendían recobrar protagonismo político, convencidos (con evidente error) de que la victoria alemana supondría un cambio importante en el régimen español. Incluso establecieron contactos con los republicanos insatisfechos —especialmente con Prieto y Madariaga— para incorporarlos a lo que presentaban como *una alternativa de futuro* para España. El ex rey Alfonso alentaba desde las sombras estas maniobras; aunque, prudente y cauteloso, mantenía a la vez óptimas relaciones con el ex Generalísimo, ya que no descartaba que, de producirse la transformación del sistema de gobierno en su Patria, podía el pueblo preferir al ex Caudillo, que seguía gozando de gran prestigio en amplios sectores de la sociedad. Y aunque Franco no mostraba el menor interés por reinstalarse en el poder, había que desconfiar de su conocida astucia gallega. Por lo cual el ex príncipe de Asturias sostenía un trato frecuente con él, presentándose como posible gestor de esa otra opción. A nadie se le ocultaba la enorme admiración que siempre había sentido don Juan de Borbón por el ex jefe del Estado, a cuyas Órdenes incluso pretendió servir durante la guerra.

Semejantes maniobras no importaban absolutamente nada en España, ya que el gobierno Negrín se hallaba sólidamente establecido. En aquel otoño del 40 dominaba todos los resortes del Estado y tan solo tenía algún problema con las Repúblicas Autónomas de Euzkadi y de Catalunya, empeñadas en obtener mayores competencias de las que les concedía la Constitución. Dolores tuvo que llamar a capítulo a José Antonio Aguirre y a Lluís Companys,

amenazándoles con su fulminante destitución (tras un lógico referéndum democrático) si alentaban semejantes campañas, absolutamente contrarias a los principios del Estado, cuya indisoluble unidad —les recordó— era principio básico del ordenamiento jurídico, sin perjuicio de cierta descentralización administrativa.

A consecuencia de estas reuniones entre los presidentes, Companys desistió de llevar a cabo su proyectado viaje a Uruguay —donde pensaba acudir como *president de la nació catalana*— y Aguirre archivó la idea de celebrar el *Txapelketa* (Campeonato) Euskera de *Baloi-oin* (o sea, fútbol), al margen por completo del Comisariado de Deportes de la URSEE y con la sola participación de equipos vascos, para formar después una selección nacional que jugaría con otros países. Aunque, a cambio, obtuvo autorización de la jefa del Estado para organizar las Jornadas Kulturales Euskaras, en las que competirían *aizkolaris, karrikolaris, arrijasozales, bertzolaris* y otros intelectuales del país, disputándose los Premios Sabino Arana y que culminarían en una gran fiesta nocturna, en los altos de Jaizkibel, durante la cual serían quemados simbólicamente en una hoguera purificadora libros de Baroja, Unamuno, Maeztu, Pradera y otros vascos renegados, como público repudio a su herejía.

Autorizó también el Colectivo de Comisarios (o Consejo de Ministros), aunque tras larga discusión, la convocatoria en Barcelona de un *Aplec de llengües marginades* (*Congreso de lenguas marginadas*), bajo los auspicios del *Comissariat de Fires i Festes de la Generalitat*. Dado que la Constitución otorgaba competencias a los Gobiernos de las Repúblicas Autónomas en materia de Fiestas y Festejos, entendía el presidente Companys que nada impedía su celebración. Sin embargo, el gobierno central, y de forma muy particular su comisario Ramón J. Sender, opinaban que el congreso suponía un hecho eminentemente cultural, por lo que rebasaba la jurisdicción autonómica. Como las relaciones entre la República Catalana y el Estado de la URSEE atravesaban (como siempre) momentos de fuerte tensión, el presidente Negrín optó por aceptar el criterio de la Generalitat, no obstante constituir un evidente sofisma.

Asistieron al *Aplec* representantes de las nacionalidades y regiones que consideraban preteridas sus lenguas autóctonas por la cultura oficial de sus respectivos países. Entre ellas, Occitania, Sicilia, Picardía, grupos mayas del Perú, grupos aztecas de México, esquimales groenlandeses, Euzkadi, Catalunya, gitanos del Sacromonte, Provenza, Piamonte, Eslovenia y, a título de observadores, estudiosos del gallego, del bable y del caló.

Como idioma oficial del congreso se adoptó el único que conocían todos los asistentes: el español.

El tema cultural preocupaba también muy seriamente al gobierno Negrín. Durante el verano, el ayuntamiento de Madrid, en colaboración con el ministerio, había celebrado un sinfín de actos formativos, entre los que destacó el concurso de chotis, pasodobles y otros aires castizos y los recitales de cante jondo y flamenco, en general, que tuvieron lugar asimismo en otras muchas ciudades, cuyas plazas de toros se vieron repletas de un público entusiasta, deseoso de ilustrarse. Gracias a esta docta campaña y merced a la ayuda de la embajada soviética, se puso de moda en toda la URSEE el baile de czardas. En academias populares y gratuitamente, profesoras venidas de Moscú impartían sus enseñanzas, con tan felices resultados que pronto la juventud se apasionó con aquellos ritmos eslavos, ya inevitables en toda fiesta. Como acertadamente destacaba la propaganda oficial, las czardas tenían la ventaja de armonizar la plástica con el ejercicio físico, haciendo realidad el viejo aforismo de *mens sana in corpore sano*. Hasta Dolores, dando ejemplo, se había marcado unos pasos, en la recepción al cuerpo diplomático celebrada en el palacio Nacional, el 18 de julio, aunque a punto estuvo de descalabrarse.

Con especial solemnidad se inauguró la temporada teatral en Madrid, en octubre, con el estreno en el Estatal (antes, Español) de la más reciente comedia de Benavente, *Pajarracos y avecillas*, una especie de fábula moralizante, con marcada intención política, que fue muy aplaudida. La función estuvo realzada por la presencia del doctor Negrín, que se sentó en el palco de honor entre los embajadores de la URSS y del III Reich. Curiosamente, al interpretarse *La Internacional*, uno la escuchó con el puño cerrado, y el otro con el brazo en alto; eran las lógicas consecuencias del pacto germano-soviético, al cual —como la prensa repetía de continuo— la URSEE se consideraba moralmente adherida. Durante varios meses, la comedia iba a representarse a teatro lleno; pues aunque el público llamado *de pago* en tiempos burgueses, no mostró el menor interés por ella, desfilaron por el local todos los colegios, academias, facultades, brigadas de pioneros, jubilados, asociaciones de viudas de guerra y militantes del PCE, gentilmente invitados por el ministerio.

Sin darle excesiva importancia, los medios informativos comunicaron la fuga del poeta faccioso José María Pemán, que estaba preso y a la espera de

juicio en el penal gaditano de Santa Catalina. Aprovechando la benevolencia de algunos guardianes (que ya habían sido puestos a disposición Judicial), el mediocre escritor, tan jaleado, sin embargo, por los fascistas, saltó al mar, ganó a nado un pequeño bou que le aguardaba, y con él se alejó en dirección a la costa portuguesa. Recibido con pompa y júbilo por los exiliados de Lisboa, había manifestado a la prensa su convicción de que debía su libertad a un milagro de san Ignacio de Loyola.

—Sin duda el fundador de la Compañía de Jesús —añadió, con su conocido humor— quiso premiar la fidelidad espiritual que le manifesté al escribir *El divino impaciente*, que tanto molestó a los rojos.

Lamentaba Pemán que su compañero de cautiverio, Eugenio d'Ors, no hubiese podido acompañarle en la huida; pero sus muchos kilos y su ya avanzada edad le impidieron compartir la hazaña natatoria. Lo primero que hizo, al llegar a la capital portuguesa, fue poner sendos telegramas al ex rey Alfonso ex XIII y al ex Caudillo Franco, reiterándoles su inquebrantable adhesión. También fue recibido por el dictador Oliveira Salazar, a quien agradeció el apoyo que prestaba a los exiliados españoles, haciéndole entrega de una copia mecanografiada del *Poema de la bestia y el ángel*, que había escrito en presidio. Se trataba de un libelo, donde ponía de chupa de dómine a los comunistas, demócratas y gentes de bien en general (*la bestia*), mientras exaltaba hasta el delirio a la Corona, la Falange, el Requeté, la Legión y Franco (*el ángel*).

La huida de José María Pemán fue muy celebrada entre los intelectuales fascistas en el exilio, aquellos que pomposamente se autodenominaban representantes de *la España peregrina y se presentaban como las víctimas de la diáspora*. Eran un grupo de escritorzuelos de segunda fila, llenos de amargura y sin ninguna categoría, como se demostraba con la simple relación de los nombres de alguno de ellos: Marañón, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Rafael de León, Miguel Mihura, Fernández Almagro, Jardiel Poncela, Tono, Concha Espina, Fernández Florez, Gerardo Diego, Menéndez Pidal, Julio Casares, López Ibor, Cossío, Pabón, Dámaso Alonso, Foxá, Joaquín Calvo Sotelo, Luca de Tena, Félix Ros, Eduardo Marquina, Luis Rosales, Adriano del Valle, Rafael Duyos, Pedro de Lorenzo, Sánchez Mazas, Edgar Neville, José María Alfaro, Eugenio Montes, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, García Nieto, Azorín, Álvaro de Laiglesia, Torrente Ballester, Luys Santamarina, Rodríguez Marín, Giménez Caballero, Julio Camba, Fernández-Shaw, Ramón Gómez de la Serna, Manuel Halcón, Sainz de Robles, Mercedes Salisachs, Javier Zubiri, Tomás Borrás, González-Ruano, José

María Salaverría, José Pla, Claudio de la Torre, Alfredo Marqueríe, Emilio Carrere, José Antonio Maravall, Fernández Ardavín… También había algunos músicos de segunda fila, como Guerrero, Alonso, Conrado del Campo, Lamote de Grignon, Sainz de la Maza, Cubiles, Querol, Moreno Torroba, Guridi, Andrés Segovia, Iturbi, Pérez Casas. Y pintores casi desconocidos (Sert, Zuloaga, Vázquez Díaz, Solana, Pancho Cossío, Sotomayor, Sáenz de Tejada, Dalí).

Todos estos segundones de la cultura habían integrado el minúsculo grupo de presuntos intelectuales simpatizantes con los fascistas durante la guerra civil y, naturalmente, se dieron buena maña en huir al extranjero —o en no regresar de él— cuando las armas victoriosas del Ejército Popular impusieron su ley. De ellos dijo, muy atinadamente, el comisario de Cultura Popular y Propaganda, que demostraban *el páramo cultural del franquismo*, en aleccionador contraste con tantos auténticos valores de las letras, las artes y las ciencias que habían permanecido fieles a la causa republicana. Pero unos con el apoyo de los grupos reaccionarios de ciertos países hispanoamericanos, y otros, gracias a la decidida ayuda de Mussolini y Oliveira Salazar, los exiliados fueron colocándose en universidades y centros supuestamente culturales, desde donde realizaban continuas campañas de desprestigio contra la URSEE, amparados en su pretendida condición de víctimas de una inexistente represión. Aunque los auténticos círculos intelectuales del mundo democrático sabían bien que la verdadera cultura española seguía haciéndose dentro del país, a través de los pensadores, literatos y artistas del PCE.

Sin embargo, había que contrarrestar las campañas de los seudointelectuales en el exilio y, más todavía, desmentir las falacias que sobre la génesis, desarrollo y consecuencias de la guerra civil estaban escribiendo en los libros que de continuo publicaba en Lisboa la editorial presuntamente portuguesa *Albero Hispánico*, sufragada generosamente por el millonario fascista Juan March. Para ello, concibió la jefa del Estado un ambicioso proyecto: la realización de una auténtica, fidedigna y veraz obra que permitiese dar a conocer en el mundo entero la realidad de aquella guerra, sin manipulaciones partidistas ni interpretaciones torticeras.

A Ramón J. Sender le entusiasmó la idea; inmediatamente y en estrecha colaboración con Dolores, ambos seleccionaron los posibles coautores del libro. Para mayor imparcialidad, la mayoría serían extranjeros: André Malraux, Max Gallo, Palmiro Togliatti, Mijaíl Koltsov, Pietro Nenmni, Ilya Ehrenburg, Gabriel Jackson, Henry J. Soutworth, Hemingway y Willy Brandt. Evidentemente, su objetividad quedaba fuera de toda duda. Con ellos

colaborarían Ramírez, Bergamín, Alberti, Cordón, Azcárate, Balaguer, Sandoval, el joven Tuñón y la inseparable secretaria de la presidenta, Irene Falcón: tampoco podía dudarse de su absoluta neutralidad.

Esta primera lista sufrió posteriormente algunos retoques. Se desechó al alemán Willy Brandt, pues, por obvios motivos, la intervención del III Reich durante la contienda en favor de Franco debía ser tratada ahora con especial tacto. Y la postura antinazi de Brandt resultaba poco aconsejable. En cuanto a Ernest Hemingway, se negó en rotundo a participar en el proyecto; más aún, dijo tales atrocidades sobre los comunistas, en general y sobre Negrín, en particular, que Sender (que personalmente le había hecho la oferta) quedó convencido de que estaba muy borracho en aquel momento.

La obra se titularía *Guerra y revolución en España* y constaría de tres gruesos volúmenes. En el primero se analizarían los antecedentes del conflicto, que tan inequívocamente demostraban que el alzamiento militar no tuvo otra razón que el conocido e histórico afán de poder de los generales fascistas, pues la situación de España bajo el Frente Popular era absolutamente pacífica, próspera, feliz y hasta idílica, dentro de un contexto limpiamente democrático. Que curas, capitalistas, monárquicos y falangistas, apoyados siempre por una parte ruin del ejército, intentaron resquebrajar desde el mismo 16 de febrero del 36, repartiendo caramelos envenenados, apaleando obreros y campesinos famélicos, celebrando autos de fe e incluso quemando sus propias iglesias, para echar después la culpa al pueblo, como ya denunció José Bergamín en una de sus espléndidas páginas literarias.

Estas constantes provocaciones del fascismo culminaron con el vil asesinato del bondadoso teniente Castillo y la subsiguiente rebelión armada, con su secuela de crímenes atroces en criaturas de izquierdas, madres lactantes pertenecientes al PC y proletarios en general. Lo cual obligó a los partidarios del Frente Popular (muy destacadamente, al Partido Comunista, desde un principio, motor y guía de la revolución y más tarde, forja del Ejército Popular) a reaccionar en legítima defensa, dentro siempre de la legalidad más estricta y cumpliendo en todo instante, a lo largo de los casi tres años de guerra civil, los preceptos del Convenio Internacional de La Haya sobre trato de prisioneros y demás normas de humanidad. Algunos pequeños excesos que pudieran cometerse resultaron obra exclusiva de las milicias trotskistas del POUM, que por ello fueron colocadas al margen de la ley y disueltas pacíficamente en mayo del 37.

Aspecto muy importante de la obra tenía que ser la clarificación de los grandes mitos montados por la falaz propaganda fascista, que ahora repetían y

aun acrecentaban en sus libros infectos. La leyenda de los enterramientos de Paracuellos ya había sido debidamente explicada por el comisario de Gobernación en distintas ocasiones; se insistiría en su verídica versión, tan alejada de la truculenta que contaban los historiadores pagados por March. A pesar de las tonterías que escribió Zugazagoitia (y que lógicamente le cerraron su porvenir periodístico), era necesario contar al mundo que la defensa del Alcázar de Toledo nada tenía que ver con lo pretendido por esos mismos falsarios de la historia. En primer lugar, porque nunca el gobierno legítimo intentó, en serio, ocupar la fortaleza, para evitar así daños a los tres mil rehenes que Moscardó tenía prisioneros. Por eso, los ataques fueron casi simbólicos, algunos disparos de fusilería y poco más. Pero, además, estaba asimismo comprobado que los presuntos sitiados recibían armas y vituallas abundantes, servidas des; de un submarino italiano de bolsillo que operaba en aguas del Tajo.

Debía saber, finalmente, el mundo que el llamado ejército nacional estaba compuesto en un 34 por ciento por moros; en un 28, por italianos; en un 8, por alemanes huidos de su patria contra la voluntad de Hitler; en un 2, por portugueses, y en otro 8, por legionarios de las más exóticas procedencias. Por tanto, solo un 20 por ciento de la infantería y demás tropas franquistas eran españoles, si bien en su mayor parte fueron reclutadas por la Guardia Civil con bayoneta calada y llevados al frente bajo amenaza de inmediato ametrallamiento. Y por supuesto, todo el material —aviones, artillería, motorizada, buques, camiones, e incluso bicicletas, caballos y mulas— era extranjero.

La monumental obra, una vez terminada, se publicaría en seis idiomas y también, en fascículos, de obligatoria lectura en colegios y universidades. Tres días por semana, todas las emisoras del país conectarían con Unión Radio Madrid, para ofrecer durante hora y media la versión radiofónica del libro. Se realizarían algunas películas, basadas en sus capítulos más cinematográficos. (*Guadalajara, El Ebro, Desfile de la Victoria, Vida ejemplar de «la Pasionaria», Los crímenes del fascismo, Temple y talento del doctor Negrín*).

En definitiva, no solo los españoles, sino los demócratas del mundo entero, podrían conocer, al fin, la verdad de la guerra civil.

La solidez del régimen y su firme asentamiento popular se reflejaban en las estadísticas. El 98,5 por ciento de la población laboral activa pertenecía al

PCE y al Sindicato Socialista Unificado; el número de reclusos se había reducido a 370 719, de los cuales únicamente el 82 por ciento lo eran por razones políticas; las Cárceles Disuasorias de Gran Seguridad (que los fascistas llamaron chekas), si bien se mantenían, apenas tenían clientela; las recompensas por delación de facciosos emboscados, que en los primeros meses de la posguerra llegaron a pagarse a diez mil pesetas, estaban rebajadas a tres mil, pues, en realidad, ya no quedaban enemigos encubiertos. Quizá algunos escondidos, voluntariamente sepultados en vida, a quienes se conocía como *topos*. Pero esos no incordiaban en absoluto.

Los que habían subido (y demasiado) eran los costes de los artículos de consumo. De forma que el gobierno tuvo que fijar unos precios de tasa y prescribir graves sanciones para quienes las incumplieran. Esto provocó el auge del llamado estraperlo, inevitable en tales casos y que también existía en los países europeos en guerra, aunque allí se conociera como *mercado negro*. La picaresca típica de los celtíberos propició mil ardides, algunos verdaderamente curiosos, para eludir los precios oficiales. Así, por ejemplo, había fabricantes de tejidos que vendían sus piezas sin apartarse un céntimo de la tasa; pero exigiendo al comprador que, a la vez, adquiriese una colección de sellos, sin ningún valor, que cobraban como si de reliquias filatélicas se tratase.

Los alimentos estaban racionados. Semanalmente y contra corte del correspondiente cupón, se facilitaba a los ciudadanos, por ejemplo, un decilitro de aceite por persona, cien gramos de azúcar, cincuenta de lentejas, treinta de café, setenta y cinco de bacalao, y setenta y cinco de tocino ruso entreverado. También se racionaba el consumo del tabaco, expidiéndose unas cartillas de fumador solamente para hombres, pues nadie dudaba de que el vicio de la nicotina debía ser incompatible con el llamado sexo débil. La organización del partido Asistencia Social atendía en sus comedores a millares de personas hambrientas; otras muchas hacían cola diariamente a la puerta de los cuarteles aguardando las sobras del rancho militar.

A los restaurantes no iban más que los estraperlistas y los cargos políticos, forzados a comer fuera de casa por la molesta servidumbre de los *almuerzos de trabajo*. La circulación de automóviles era mínima, a pesar de que un Skoda de quince caballos valía nada más que ocho mil pesetas; pero también el sueldo mensual de un dependiente de comercio difícilmente llegaba a las trescientas y un funcionario de los que habían superado la depuración no cobraba más de cuatrocientas. Y eso si tenía más de tres hijos, pues se había publicado un conjunto de disposiciones legales que estimulaban a aumentar la

descendencia, dada la necesidad de asegurar al país un futuro joven y numeroso.

La inauguración del curso universitario 1940/1941 revistió especial solemnidad. En el paraninfo de la Universidad Popular Central de la madrileña calle del Camarada Bernardo se agolpaban los estudiantes, muchos de ellos vistiendo el uniforme de los *pioneros*. Asistía, especialmente invitado, un grupo de alumnos de la Universidad Lenin, de Moscú, que fue obsequiado con flores por las chicas de tercero de Derecho, a quienes correspondía ese día actuar como *asistentas*. (Cada semana, por riguroso turno, alumnas y alumnos de las distintas facultades se encargaban de limpiar las aulas, adornarlas, abrirlas, cerrarlas, dar la hora y atender las necesidades de material pedagógico).

En la mesa presidencial se sentaron el comisario rector y los comisarios decanos, juntamente con el responsable del alumnado general y los subcomisarios de clase. En el centro, naturalmente, el ministro Jesús Hernández. Ni qué decir tiene que habían sido suprimidos todos los ornamentos ridículos de la antigua liturgia académica burguesa y reaccionaria: ni togas, ni mucetas, ni mucho menos medallas o insignias absurdas. Los camaradas catedráticos iban en traje de chaqueta (bastante raído en muchos de ellos) y sin otro emblema que la hoz y el martillo en el pequeño escudo de solapa. Presidía el salón un gigantesco retrato de Stalin y otro, algo menor, de la jefa del Estado, camarada Ibárruri. El comisario de Instrucción Pública lucía una corbata roja, con el emblema del PCE en el pasador (aparentemente de oro).

El comisario rector dijo unas cortas palabras, destacando que por segunda vez se inauguraba el curso en la Universidad Popular y que los felices resultados conseguidos en el anterior permitían augurar que, en este, nuevas generaciones de jóvenes camaradas seguirían formándose, con rigor y entusiasmo, para servir en un mañana ya próximo los ideales comunistas, a través de sus profesiones liberales, que ya no eran reducto de señoritos vagos, sino forja de marxistas ejemplares. A continuación, el responsable del alumnado general celebró que la universidad hubiese alcanzado una seriedad que jamás tuvo en el pasado, al desaparecer por completo las huelgas y algaradas, tan severamente castigadas en la vigente Ley de Estudios Populares y en su eficaz reglamento de disciplina universitaria.

Finalmente, el ministro-comisario, en un bello discurso, exaltó la importancia de la universidad como centro de formación de las élites intelectuales del país, *por lo que el alumnado debe ser forzosamente reducido y especialmente selecto*, tal como resultaba de la Ley de Estudios, que exigía tan difíciles pruebas de selectividad para los aspirantes al acceso a las facultades. Recogiendo la alusión del responsable a las felizmente desaparecidas huelgas escolares, recalcó que *solo en países sin sentido cívico, sin conciencia de los deberes colectivos, sin disciplina y, en definitiva, sin ideales, como los que alientan en la URSEE podían comprenderse semejantes muestras de salvajismo, con las que se dilapidan los caudales públicos, al fin y al cabo fruto del ahorro del pueblo. Y se perjudican tan gravemente las enseñanzas, que el día de mañana los licenciados resultan unos ignorantes absolutos*.

Jesús Hernández destacó con fogosas palabras que el nuevo Estado había sacado a la universidad de su oscurantismo secular, al suprimir las inútiles enseñanzas católicas, sustituyéndolas por disciplinas científicas y universales, pues bien dijo Lenin aquello de que la religión es el opio del pueblo. Dedicó un recuerdo emocionado a José Stalin, gran valedor de la cultura y saludó efusivamente a los representantes de la universidad moscovita, que honraban con su presencia el viejo caserón del Camarada Bernardo (grandes aplausos). Al acabar su memorable alocución fue ovacionado con entusiasmo y terminó el solemne acto académico cantándose, naturalmente, *La Internacional*.

El ministro y sus acompañantes se trasladaron desde allí a la antigua iglesia de San Francisco el Grande, reconvertida en Museo de Pintura Social Contemporánea, para inaugurar una exposición de jóvenes artistas. Podían admirarse las más variadas tendencias pictóricas, desde el naciente abstracto, en los lienzos de Manuel Viola, hasta el clasicismo de los dibujos de Antonio Buero Vallejo, un muchacho de la vieja guardia del PCE, que durante la guerra civil escribió folletos didácticos sobre prevención de enfermedades, porque, además de haber servido en sanidad militar y pintar muy bien, tenía una buena pluma. Sus retratos —había uno espléndido del poeta Miguel Hernández— impresionaron profundamente al comisario de Instrucción Pública, que preguntó:

—¿Y de dónde es ese gran pintor?

—Caracense, camarada.

—¡Ah! —respondió por todo comentario Jesús Hernández, que no tenía idea de que aquello quería decir que había nacido en Guadalajara.

El que fuera poeta falangista, Dionisio Ridruejo, después de su detención, en las primeras semanas de la posguerra, había sido puesto en libertad condicional. Tras pasar algunos meses en Madrid, donde era poco conocido, se empeñó en regresar a su ciudad natal, Soria, y allí sufrió varias delaciones, por lo que de nuevo ingresó en prisión. Desde la cárcel escribía versos a Gloria, su novia y Otros poemas de evidente calidad. Pero su salud era precaria y, aunque algunos intelectuales del partido gestionaron infructuosamente su libertad, siguió en la cárcel, en pésimas condiciones higiénicas, que agravaron su enfermedad. Un compañero de celda le dibujó un precioso retrato a pluma, cuyas copias circulaban clandestinamente. Moriría el 28 de marzo de 1942 en la cárcel soriana; los intelectuales fascistas en el exilio le dedicaron numerosos homenajes, editando sus obras completas acompañadas de una *corona de sonetos* debida a varios de ellos.

Otro intelectual franquista vendría a morir a Barcelona, aunque en ejecución de una justa sentencia del Tribunal Sumarísimo: Manuel Aznar. Había sido famoso desde muy joven, pues a los veintidós años ya dirigía, con gran éxito, el diario *El Sol*. Corresponsal en la guerra de Marruecos, allí trabó amistad con el ex general Franco. Al producirse el Alzamiento militar, ostentaba un cargo sindical en la compañía de tranvías de Madrid y, con la excusa de comprar material en Francia, salió de la España leal, pasando inmediatamente a la facciosa, donde fue recibido con hostilidad por los falangistas; pero era muy listo (ya lo había denunciado Prieto en unos artículos) y acabó convirtiéndose en uno de los más destacados periodistas del franquismo, además de realizar gestiones políticas en el extranjero, en favor de los fascistas.

Exiliado en Francia, fue detenido por la Gestapo, que lo entregó a las autoridades españolas, las cuales tenían solicitada su extradición. Juzgado con todas las garantías, pese a los esfuerzos de su abogado defensor, que intentó presentarlo como ampliamente liberal en su talante, se le condenó a la última pena, cumplida en el patio del castillo de Montjuich. Su ejecución pasó prácticamente inadvertida, a pesar de la brevísima nota de prensa con la que se dio noticia de ella. En Lisboa, la editorial Albero Hispánico publicó poco después su libro póstumo, *Historia militar de la guerra de España*, escrito con loable imparcialidad.

No puede extrañar que esta y otras muchas informaciones carecieran de eco popular, porque los periódicos se vendían cada vez menos. El tema motivó los desvelos del doctor Negrín, que lo planteó en un consejo de

ministros. El comisario de Cultura Popular y Propaganda camarada Sender facilitó unos datos ciertamente alarmantes:

—¿Y a qué debemos atribuir esos índices tan bajos en la lectura de prensa? —preguntó el presidente del gobierno.

Tras un silencio, dijo el general Líster:

—Yo lo encuentro natural, porque todos los periódicos dicen lo mismo.

—Puede suceder que son caros —adujo Victoria Kent—. Pensemos que ya cuestan treinta céntimos: como la general de un cine.

—En cambio, la radio se oye cada día más —explicó Sender, que, tras rebuscar en unos papeles, ofreció ahora cifras realmente consoladoras.

—Es que la radio es muy divertida —precisó *el Campesino*—. ¡Hay que ver lo interesantes que resultan los seriales dramáticos, de buenos y malos!

—Eso es verdad; mi mujer no se pierde ninguno —confirmó Marcelino Pascua.

—A mí me dan un poco de vergüenza —reconoció, en voz muy baja, Sender.

—Pero los medios informativos no están para culturizar al pueblo —enfatizó Negrín, para matizar en seguida—: Bueno, quiero decir que no están primordialmente para eso. Más importantes resultan desde el punto de vista político, como forjadores de la opinión pública. Necesitamos, por tanto, una prensa con la mayor difusión posible, para moldear esa opinión a nuestro gusto.

Hubo una pausa, que rompió de nuevo Líster:

—Para mí que la gente no se fía nada de lo que dicen los periódicos, porque sabe que todos son del partido. Y además, insisto, porque están aburridísimos.

—Quizá convendría, presidente, sacar un diario menos oficial… Me refiero en la apariencia, claro está —sugirió el comisario de Educación Popular y Propaganda.

—Eso mismo estaba yo pensando. Hay que borrar la imagen oficialista de la prensa y nada mejor para lograrlo que publicar un periódico nuevo, que parezca independiente, incluso libre. Busquemos unas firmas poco comprometidas, hagamos que los primeros números incluyan alguna crítica al gobierno, y con eso lo prestigiamos de salida. La gente se habituará a él y seguirá comprándolo después por inercia, sin darse cuenta de que ya estará claramente a nuestro servicio, como los demás.

—Claramente, claramente…

—Bien, ustedes ya me entienden. Seguirá prodigándonos censuras en cosas de poca monta, pero nos apoyará en todo lo fundamental. ¿Qué les parece?

—Muy necesario.

—Yo diría más: indispensable.

—Pues nada, Ramón: manos a la obra. Pida un presupuesto en seguida; por dinero, no se preocupe. Propóngame como director alguien poco significado, joven, desde luego y ni qué decir tiene, con suficiente inteligencia para seguir el juego con astucia. Convendría incluso contratar algunos periodistas de los que han estado en la cárcel, reforzando así la imagen nada gubernamental del periódico. Por supuesto, para que escriban de fútbol o hagan los sucesos… ¡Ah! Y muy importante: en la cabecera debe decir, en letras gordas, *Diario independiente de la mañana*.

Todo se hizo de acuerdo con las instrucciones del presidente. Antes de dos meses, el nuevo periódico colgaba de todos los quioscos de España; se titulaba *El País*.

El 4 de noviembre ha muerto en Francia el ex presidente de la República, Manuel Azaña. Cumplió su palabra de permanecer totalmente alejado de la política desde el mismo instante de su dimisión; pero sabe el gobierno que ha dejado unas *Memorias* y ciertos escritos en los que no quedan bien parados muchos de los que ahora ejercen el poder en la URSEE. Ya había intentado Negrín hacerse con los originales y lo pretende de nuevo, en cuanto conoce la noticia del óbito: la negativa de la viuda es rotunda. No se desprenderá de ellos a ningún precio; por el contrario, cumplirá el deseo de su difunto esposo de darlos a la luz pública.

Pese a todo, el gobierno autoriza la publicación en la prensa de una breve nota, discretamente laudatoria, en la que se da cuenta al país del fallecimiento del señor Azaña, *cuyos errores políticos* —se dice en ella— *no pueden hacernos olvidar sus nobles afanes democráticos y las dificultades con las que tuvo que enfrentarse desde la más alta magistratura de la nación en los años de la guerra civil*.

Cuatro meses después, quien muere en Roma es el último rey de España, don Alfonso de Borbón. En este caso, la reacción gubernamental resulta contundente: el Comisariado de Cultura Popular y Propaganda envía una de sus *consignas* a todos los medios informativos, ordenándoles publicar íntegra el *Acta de acusación* aprobada en noviembre de 1931 por las Cortes

constituyentes, en la que se declara al rey *culpable de alta traición*, degradándole de todas sus dignidades, derechos y títulos, incautándose de los bienes, derechos y acciones de su propiedad en beneficio del Estado y privándole de *la paz jurídica*, de modo que cualquier ciudadano español podía aprehenderlo si penetraba en el territorio nacional.

No contenta con ello, la jefatura del PCE organizó una manifestación de homenaje a Mateo Morral, el frustrado regicida. Varios millares de militantes se dirigieron a la antigua calle Mayor (que desde la II República se llamaba, precisamente y en curiosa ironía, de Mateo Morral) y depositaron ramos de flores rojas junto a la lápida que recordaba la hazaña del anarquista que intentó asesinar a Alfonso XIII el mismo día de su boda con doña Victoria Eugenia. Durante la guerra civil ya fue debidamente destruido el monumento a las presuntas víctimas inocentes del atentado, que existía delante de la casa desde la que se lanzó la bomba contra la carroza regia; subido en sus ruinas, el comisario local del partido exaltó la gesta de Morral, *un héroe de la libertad, cuyos ideales antimonárquicos y cuyo más que justificado odio a los Borbones* eran ahora unánimemente compartidos por el pueblo, para concluir diciendo que *todos los amantes de la democracia brindaremos hoy por la muerte del ex rey*.

Algunos diminutos e insensatos grupos de viejos monárquicos habían acudido a sus parroquias con la pretensión de que se celebraran misas por el eterno descanso de su majestad, naturalmente, sin la menor publicidad y tan solo a través de la intención del oficiante. Pero en todas ellas fue rechazada semejante demanda, con la que se pretendía politizar el culto religioso, aspiración del todo inconstitucional.

La noche del 31 de diciembre de 1940, la jefa del Estado leyó, a través de los micrófonos de Unión Radio, un mensaje a los españoles. Resaltó las ingentes dificultades con las que el gobierno del Estado había tenido que enfrentarse durante aquel año, con un país destruido por las salvajadas fascistas que tuvo que padecer a lo largo de tres años y la inevitable penuria material por ellas causada, pronto acrecentada por los problemas derivados de la guerra europea. Pero los fulgurantes triunfos de Alemania, la gran amiga de la Unión Soviética, anticipaban que pronto volvería la paz al continente y que esa paz sería sabiamente administrada por las dos grandes potencias democráticas, tan vinculadas a nuestro país.

Pidió fe en el partido, confianza en el gobierno, colaboración con el Estado y espíritu de sacrificio, terminando con una de sus sonoras y emocionantes frases: *Aquel ¡no pasarán!, que fue estímulo y consigna para los heroicos combatientes del pueblo en los años angustiosos de la guerra, es ahora de nuevo lema y divisa también en las batallas de la reconstrucción. ¡No pasarán los cobardes! ¡No pasarán los indecisos! ¡No pasarán los agitadores! ¡No pasarán los estraperlistas! ¡No pasarán los fascistas emboscados! ¡No pasarán los carcas que aún quedan! ¡No pasarán, camaradas, los eternos enemigos del proletariado! ¡No pasarán, no pasarán, no pasarán!*

En la Puerta del Sol de Madrid, millares de alegres ciudadanos, pelados de frío, escucharon con alborozo las doce campanadas en el histórico reloj de Gobernación. Bajó la tradicional bola, que ofrecía la novedad de estar decorada con una hoz y un martillo fosforescentes. Y en vez de doce uvas, Sumándose con entusiasmo a una iniciativa de la jefatura del PCE en homenaje a Negrín, la gente tomó doce lentejas, obsequio del partido.

FICCIÓN SEXTA

Rusia declara la guerra a la Gran Bretaña • Franco, expulsado de Italia • Preocupaciones del gobierno Negrín • La histórica amistad de la URSEE con Alemania • Carrillo estuvo en las trincheras • Una manifestación espontánea • ¡Inglaterra es culpable! • Las audiencias comprometidas del presidente

El automóvil, un pequeño Balilla negro, se detiene frente a la puerta principal del *palazzo* Venecia. Son las ocho de la mañana, una de esas mañanas primaverales de Roma, absolutamente indescriptibles en su belleza. La enorme plaza comienza a animarse, cruzan de continuo los verdes tranvías y las gentes —muchos uniformes en todos, muchas camisas negras— caminan con prisa. Al fondo, la enorme mole del monumento al Soldado Desconocido, blanca, como una gigantesca tarta de cumpleaños; en sus escaleras, los *carabinieri*, inmóviles, erguidos, hacen guardia con teatral solemnidad.

Los otros vigilantes, los del *palazzo*, presentan armas a las dos personas que han bajado del Balilla; el oficial les recibe con ostentosas muestras de respeto y les acompaña hasta el interior de la residencia oficial de Benito Mussolini. Uno de los visitantes es bajito, discretamente grueso, de pasos cortos y firmes. Viste vulgar traje gris, con chaleco, y lleva corbata negra. A su lado destaca por contraste la elegancia de su acompañante, un hombre algo más joven —cuarenta años aparenta, pese a su gesto triste y cansado—, de cabellos blancos, ya en regresión, mirada clara y decidida y ademanes cuidados. Suben hasta el primer piso; el secretario de despacho del *Duce* abre el enorme portón de su despacho y anuncia con voz engolada:

—*La Sua Excelenza, il Generalissimo Franco; la Sua Excelenza, il signore Serrano Suñer*…

El salón del *Mappamondo* se ofrece en su inmensidad a los dos personajes. Todo parece perfectamente dispuesto para impresionar al visitante; la grandiosidad de la sala, apenas amueblada; los mosaicos del suelo, las grandes vigas en el techo, los bancos de piedra junto a las ventanas.

Al fondo, la mesa de trabajo del jefe del gobierno italiano; el cual se levanta y va hacia sus amigos españoles, abriendo una ancha sonrisa de cordialidad. Estrecha con efusión y reiteradamente la mano de Franco; dispensa similares pruebas de afecto a Serrano Suñer. Toman los tres asiento; las inevitables referencias a la familia son brevísimas, pues el *Duce* gusta siempre de plantear las cuestiones con tanta precisión como rotundidad.

—Me he permitido solicitar de ustedes esta visita —dice, con su italiano limpio, armónico y sin vacilaciones— porque entiendo que solo yo, y de modo personal, debo comunicarles la noticia…

Serrano Suñer pretende traducir la frase; Franco se lo impide con un gesto de mano, a la vez que advierte, con su vocecilla un tanto cantarina:

—Gracias, Ramón; lo entiendo perfectamente…

—De todos modos, si tienes alguna duda…

—Hablaré despacio; en realidad, nuestros idiomas son tan parecidos… Hijos del latín; hasta en eso, italianos y españoles, siempre estuvimos cerca —sonríe Mussolini, para seguir tras una pausa—: Puede decirse que la guerra en el continente está terminada. La victoria del Eje ha resultado espectacular. Imagino que usted, Generalísimo, también se habrá asombrado ante la rapidez de nuestras conquistas. La ocupación de Francia por la Wehrmacht fue absolutamente impresionante.

—El ejército francés no tenía moral y su armamento era insuficiente —musita Franco.

—Bien. De todos modos, nunca pensamos que resistiría tan poco. Debemos reconocer que los tanques alemanes han introducido nuevas tácticas militares. Y la aviación. ¡Ah, la aviación! Será una arma decisiva en el futuro, como ya lo ha sido en la batalla de Europa. ¡Esos ametrallamientos en cadena…!

—García Morato los hizo por primera vez en nuestra guerra —comenta el ex Caudillo, sin mover un músculo, sin aparentar ninguna emoción.

—Claro, claro. ¡Bravo *ragazzo* García Morato! Le fusilaron los rojos, ¿no?

—Efectivamente —confirma Serrano—. Con los otros generales que se quedaron para transferir la zona nacional a los vencedores.

—*Peccato!* En fin, les decía que la guerra ya no tiene más objetivos que cumplir en la Europa continental. El *Führer* y yo hemos tratado muy a fondo acerca de la situación y coincidimos enteramente: el objetivo ahora es la Gran Bretaña.

Mira triunfalmente a sus interlocutores. Serrano parece impresionado; Franco continúa sin alterarse. Insiste el *Duce*:

—Todo está pensado, todo está preparado hasta el mínimo detalle. Ya conocen la organización alemana, y la nuestra. Porque Italia, como bien saben, ya no es ahora aquella nación de impulsos apasionados; el fascismo ha encauzado su capacidad de improvisación a través del estudio, el rigor y la serenidad.

—Nunca se lo agradecerán —bisbisea el ex Generalísimo.

—¡Oh, su habitual desconfianza, mi querido general!… ¡Me lo agradecen, claro que me lo agradecen! Mi pueblo me quiere, me sigue, me estimula con su fervor. Y por eso necesito darle glorias, prosperidad, orgullo de raza. Confío enteramente en él, lo mismo que él en mí… En fin, les hablaba de la conquista de Inglaterra. Con ustedes no puedo tener secretos: está decidida. Primero, durante ocho o diez semanas llevaremos a cabo unos bombardeos masivos sobre sus principales ciudades y también, por supuesto, sobre los objetivos militares. Confiamos en dañar muy seriamente la moral del pueblo, además de inutilizar las defensas de la costa y las fábricas de material de guerra. Pero no les oculto que el objetivo primordial será sicológico: convencer a los británicos de nuestra absoluta superioridad.

—Los ingleses resistirán hasta la extenuación…

—Sí; es lo que dice ese cabezota de Churchill. Palabras, palabras, como también dijo su compatriota Shakespeare.

La erudición de Mussolini no impresiona en absoluto a Franco, que levanta algo la voz para comentar:

—De todos modos, *Duce*, hay que cruzar el canal…

—Los submarinos italianos son los mejores del mundo en estos momentos. La armada alemana, más moderna que la británica, ha demostrado su superioridad en combate.

—Y la rusa es también magnífica —bisbisea el ex jefe del Estado español.

Mussolini no puede evitar un gesto de sorpresa. Pasa su mano derecha sobre la reluciente calva, afeitada al cero, antes de preguntar:

—¿Qué insinúa, General?

—Lo lógico. El pacto germano-soviético fue un primer paso; conociendo los afanes expansionistas de Stalin, una vez comprobada la eficacia de los ejércitos alemanes… y de los italianos, por supuesto, nada más consecuente que pasar de la amistad a la alianza militar. Y marchar todos juntos contra ' Gran Bretaña.

El *Duce* se ha levantado. Coloca los brazos en jarras, abre las piernas y, en tan característica postura, enfatiza:

—Efectivamente. Mañana se hará pública esa alianza y la Unión Soviética declarará la guerra a Inglaterra.

Serrano Suñer se exalta:

—¡Pero, *Duce*, eso supone su colaboración con los enemigos naturales del fascismo!

—Mi querido Serrano, hasta con el diablo me aliaría yo con tal de acabar con el orgullo inglés, mil veces más perjudicial para Italia que el comunismo ruso.

—No sé, no sé. Las consecuencias de una coalición absolutamente contra natura pueden ser muy peligrosas.

—Sobre todo para nosotros —interviene Franco, callado hasta el momento.

Mussolini aprovecha para ir sin más dilación al tema que, en realidad, tiene que plantear:

—Resulta inevitable que les afecte. ¿Conoce los contactos entre Hitler y el doctor Negrín? En ocasión de que este asistiera, hace pocas semanas, a un congreso de fisiología, en Zurich, se entrevistó en la frontera con unos enviados del *Führer*. Hubo ciertas ofertas, a cambio de las naturales contraprestaciones.

—No me extraña. Para la operación contra Inglaterra, al Eje le resulta indispensable la ocupación de Gibraltar —opina Serrano Suñer.

—Evidente. Eso fue lo tratado con el actual jefe del gobierno español.

—¿Y hubo acuerdo?

—A falta, tan solo, de algunos detalles.

Francisco Franco es ahora quien se levanta.

—*Duce*, creo que le he comprendido. ¿Cuándo debemos abandonar Italia?

El *Duce* endulza la voz; y no parece fingir cuando contesta con visible turbación:

—Siempre les he demostrado, durante su guerra y después de la derrota, que mi afecto hacia España y, personalmente, hacia usted, Caudillo, y hacia usted, Serrano, es auténtico y queda muy por encima de consideraciones políticas y de intereses convencionales. Pero la alianza con Rusia me obliga a rogarles que me eviten tenerme que enfrentar con un problema gravísimo. Ayer mismo ya me lo indicó el *Führer*, al darme la noticia de la conclusión del acuerdo con Stalin. Él también lo siente: me pidió que se lo hiciese

constar. En cuanto a mí, créanme, estoy desolado. Por supuesto que pongo a su disposición toda la ayuda material que precisen.

—Gracias; de su buena amistad nunca he dudado. Permítame que le repita la pregunta: ¿cuándo hemos de marcharnos?

—Ustedes y los antiguos ministros suyos que ahora residen en Roma, cuanto antes. Personalmente, si lo desean, gestionaré que los acojan en algún país neutral. De América Latina, naturalmente.

—En Hispanoamérica tenemos excelentes amigos.

—¿Y en Portugal? —consulta Serrano.

—Con España prácticamente ocupada, la postura de Salazar será difícil. No se la compliquemos más. —Y a Mussolini—: ¿Digamos tres días?

—Hasta cinco… pero sin posible prórroga. Créame, Caudillo, que es una decisión que nunca hubiese adoptado a no ser por razones que no se le ocultan…

—No insista; las sé.

Ya en trance de despedida, Mussolini reitera su desazón y hace hincapié en su profundo afecto personal.

—Ni que decir tiene que todavía no nos despedimos —precisa—. Les espero antes de su marcha. Usted, Serrano, póngase en contacto con mi yerno para todo lo que necesiten. Dígale también a Ciano cuándo tendré el placer de recibirles de nuevo. ¡Qué disgusto, General! Nunca repetiré bastante la amargura…

—Me consta. Gracias de todos modos, *Duce*.

El apretón de manos termina en un simulacro de abrazo. Antes de que se abra la gran puerta, dice Franco:

—Por lo que se refiere a la invasión de la Gran Bretaña, que es lo verdaderamente importante en estos momentos, ¿han pensado ustedes cómo reaccionará Estados Unidos?

—Eso no nos preocupa. Roosevelt nunca se metería en la aventura de…, ¿cómo dicen los españoles?…, sacarle las castañas del fuego a Churchill… Y además, las democracias, con sus trabas y sus politiqueos… Seguro que el Congreso no autoriza la intervención yanqui: ellos están muy tranquilos en su casa y bastantes problemas tienen ya con los negros.

—¿Usted cree?

Nuevamente en el Balilla, camino de su residencia, un palacete en el barrio del Parioli, que comparten ambos cuñados con sus familias, Serrano Suñer, visiblemente nervioso, reconoce:

—Tenías razón, Paco. Era para echarnos.

—He notado a Mussolini muy afectado, ¿verdad? ¡Qué lástima que se deje dominar siempre por el *Führer*!

Mira por la ventanilla del automóvil.

—Hace un día espléndido. Voy a irme en seguida a jugar mi partida de golf.

—¿Quieres que telefonee a La Habana y hable con Batista?… ¿O te decides mejor por Paraguay?

—Esperemos a que se haga pública la noticia de nuestra expulsión. Verás cómo en seguida nos llamarán de varios países americanos, ofreciéndonos asilo político. Y entonces elegiremos. —Tras una pausa—: Lo malo será lo de Carmencita y, sobre todo, lo de tus chicos. Tanto cambio de colegios acabará perjudicándoles en sus estudios…

Con carácter excepcional, la jefa del Estado preside la reunión del Consejo de Ministros, en el palacete de la avenida de Rusia. La expectación es patente cuando Dolores comienza a hablar:

—El camarada Stalin ha tenido la gentileza de llamarme personalmente para comunicarme una noticia trascendental. Rusia ha firmado una alianza militar con Alemania e Italia y todas juntas se disponen a desembarcar en Inglaterra.

El comisario de Guerra, general Líster, hace la síntesis de su impresión con solo una palabra:

—¡Coño!

Más recatado, el presidente Negrín comenta:

—Se trata de un hecho muy grave, que puede afectarnos seriamente.

—Por supuesto, hemos de plantearnos incluso la posibilidad de tener que unirnos a la declaración de guerra a los ingleses.

El silencio es espeso, trágico. Vuelve a hablar Líster:

—Nuestro ejército no está en condiciones de meterse en semejante aventura. Su material se ha quedado anticuado; nos faltan buques; los aviones son también viejos.

Dice Valentín González:

—En estos momentos, la escasez de alimentos es ya grave; si los rusos no pueden ayudarnos, la situación se haría insostenible.

Y Dolores:

—Todo eso lo tendrá previsto Stalin. Para tratar de los problemas que se nos vendrían encima hemos acordado celebrar una reunión en Hendaya,

aprovechando su próximo viaje a Francia. Por el momento, lo único que nos pide es que dejemos pasar a los alemanes, para que ocupen sin problemas el peñón de Gibraltar.

—¿Y por qué no a los rusos? —pregunta Hernández—. El pueblo lo vería con mayor agrado.

—Porque los alemanes están ahí al lado, en la frontera francesa, y el ejército soviético tiene todavía que situarse junto al canal de la Mancha. Además, si son aliados, ¿qué más da?

—Piensa que la gente no acaba de hacerse a la idea de que Hitler pueda ser amigo… —advierte José Díaz.

—A la gente la convenceremos con una campaña de propaganda a nuestro estilo. Hay que comenzarla en seguida, Ramón —le ordena a Sender—. Tienes muchos argumentos históricos: Inglaterra fue la enemiga constante de nuestro pueblo; en cambio, con Alemania siempre nos llevamos de primera.

—¿Y lo de Guernica?

—Demostraremos que fue idea personalísima de Franco, que engañó a los aviadores de la Legión Cóndor diciéndoles que aquello era un objetivo militar de gran importancia. Cuenta que, al saber la verdad, varios pilotos alemanes se han hecho frailes. Y que Hitler, a partir de entonces, decidió suspender su ayuda militar a los franquistas. Insiste mucho en el robo de Gibraltar, que ahora podremos recuperar.

—¿Es que está previsto que nos lo devuelvan?

—De eso no hemos hablado; pero tienes que darlo como seguro. Exalta los momentos estelares de España, siempre consecuencia de la unión con Alemania. Ya sabes, Carlos V.

—Pero, oye, eso parecerá propaganda monárquica.

—De la Casa de Austria; con los Borbones, que son franceses (o sea, enemigos de Alemania), nos vienen, en cambio, todas las desgracias.

Sender no oculta su perplejidad:

—Yo no lo veo tan fácil, Dolores…

—El pueblo tiene unas tragaderas así de grandes —le anima la jefa del Estado—. Todo es cuestión de saber dorarle la píldora. ¿O es que no tienes gente capaz de promocionar una campaña semejante?

—En eso estaba pensando. Harán falta personas con imaginación; hay un chico muy joven, inteligente, y buen escritor que sin duda tendrá ideas. No sé si le conoces: Semprún.

—Cuidado —advierte Carrillo—. Es un puro, un comunista tan ortodoxo, que acabará creándonos problemas.

—También podemos echar mano de algunos conversos. Acaba de salir de la cárcel un antiguo falangista, absolutamente integrado ahora en el partido, que además habla perfectamente el alemán. Se llama Tovar; puede valer.

—Tú verás. Lo importante es concienciar al pueblo sobre la maldad intrínseca de los ingleses y la similitud del nazismo con el programa comunista. Después de todo, es verdad: coincidimos en muchas cosas.

—¿Y qué les digo yo a los corresponsales extranjeros? —pregunta Carrillo.

—Eso es cosa tuya. Pero antes que nada, expulsa del país a los británicos y a los franceses. Así te evitarás incordios…

—Entonces, ¿vamos a entrar en la guerra?

—De momento, espero que no. Aunque, por supuesto, moralmente estamos absolutamente unidos al Eje Roma-Berlín-Moscú.

Líster interviene nuevamente:

—¡Menuda cabronada!

—Déjate de escrúpulos, Enrique. Por lo pronto, ya hemos conseguido que echen de Italia a Franco, que estando tan cerca siempre podía fastidiarnos.

Negrín, que ha seguido la conversación absolutamente abstraído, comenta:

—Es curioso. Hubo un momento en que pensamos que la guerra europea resolvería la nuestra. Ahora, después de haberla ganado por nuestros medios, resulta que nos complica la vida.

—¿Y qué quiere que hagamos? —le comenta Dolores—. Lo del *¡No pasarán!* quedó muy bien para Madrid; pero en estos momentos, con cuarenta divisiones alemanas en la frontera, ya me contarán…

Fue todo un alarde de imaginación. Durante días y días, semanas y semanas, los ciudadanos de la URSEE soportaron un constante martilleo de proclamas, citas históricas, apelaciones sentimentales, razonamientos pragmáticos y argumentos ciertamente apabullantes. La perversidad tradicional de la Gran Bretaña, su incansable animadversión a nuestro país al través de los siglos, se recordó en todas sus facetas: Enrique VIII, martirizando a su tierna esposa, Catalina de Aragón; la Armada Invencible, víctima de las malas artes inglesas, más que de los temporales; Utrecht y el expolio vil del peñón; los siete goles que le marcaron nada menos que a Ricardo Zamora, en Highbury, en confabulación con la niebla y el barro; la enorme farsa de la *no intervención* durante la guerra civil, que tanto complicó el triunfo final; el

odio británico a las corridas de toros, a pesar de que ellos disfrutan cazando zorros…

Por el contrario, ¡qué gran amiga fue siempre Alemania! Pues, aunque al principio del Alzamiento prestara pequeñas ayudas a los facciosos, pronto comprendió la razón de los leales y así acabó reconociendo al gobierno del doctor Negrín, lo que hundió definitivamente a Franco. Pero, además, ¡qué ejemplo de disciplina el de los nazis! ¡Qué laboriosidad, qué organización, qué sentido de los deberes colectivos! Un pueblo equiparable, por ello, al ruso; ambos regidos por versiones eficaces de la democracia, interpretadas sabiamente por dos jefes de excepcional talento que por un imperativo histórico fatal e inevitable habían tenido que acabar uniendo sus esfuerzos y armonizando sus ideales políticos, coincidentes en tantas cosas, para juntos crear la Nueva Europa.

Italia… Bien, Italia, no nos engañemos, pinta poco. Todavía pintará menos, cuando la URSEE forme en línea con Alemania y con Rusia. No quiere decir esto, cuidado, que se vaya a entrar forzosamente en la guerra; pero puesto que Mussolini consiguió meterse en el previsto reparto final de territorios, pese a la flaqueza de sus soldados, ¿cómo no iban a valorar los dueños de Europa la trascendental aportación del pueblo español, que al derrotar al franquismo en su suelo, consiguió la primera victoria sobre lo que ahora representa la Gran Bretaña? Pues ¿acaso no existen claros paralelismos entre el clericalismo de Franco, iluminado como patrocinador de una Cruzada, y la sumisión de la Iglesia anglicana al rey? ¿Y no apuntó muchas veces el ex Caudillo su deseo de devolver a España una monarquía, cuando prácticamente solo en Inglaterra pervive tan anacrónico sistema? Y el típico, insoportable clasismo británico, el señoritismo y los métodos feudales allí imperantes, ¿no son los mismos que defendían los franquistas?

Hasta los niños de teta quedaron convencidos de la malignidad británica y, por contra, de la suma de virtudes que representaba la Alemania de Hitler. Antonio Tovar, el ensayista ex falangista, aportó estudios rigurosos que demostraban las hondas raíces marxistas del nazismo y sus analogías ideológicas con los principios de Lenin. Desde el penal de Ocaña, donde cumplía condena, el antiguo doctrinario del franquismo Laín Entralgo hizo unas declaraciones muy aireadas por los medios informativos, en las que decía literalmente: *Cualquiera que sea la actitud de cierta burguesía católica, yo, católico, sostendría siempre la conveniencia de una estrecha amistad con la Alemania nacionalsocialista, eso en orden a la revolución social que España necesita*. Aplicando por analogía el principio de redención de penas

por el trabajo, el gobierno acordó rebajarle en dos años la de privación de libertad que se le había impuesto, a poco de terminar la guerra.

Por su parte, el PCE adoctrinó a sus millones de militantes y los comisarios políticos desarrollaron una ingente tarea propagandística para elaborar la opinión pública. La jefa del Estado prodigó sus viajes por todo el país e incluso visitó Euzkadi y Catalunya, donde los nuevos fervores prendían con menor facilidad que en el resto de la URSEE. Y no por motivaciones sentimentales, sino porque vascos y catalanes veían con escaso entusiasmo la posibilidad de volver a empuñar las armas.

De tal manera que, en una de las reuniones de Santiago Carrillo con los periodistas, el corresponsal en Madrid de *Gora Euzkadi*, diario de San Sebastián, le había preguntado:

—Personalmente, ¿no le inquieta el riesgo de una guerra?

—Vayamos por partes. Claro es que no la deseo en absoluto, como tampoco la desea el gobierno. Pero si para el futuro de una Europa democrática fuese indispensable que la URSEE participase en ella (bien es cierto que de modo más bien simbólico), por supuesto que tendría que integrarme sin una sola vacilación en el esfuerzo común del pueblo.

—Pero no es lo mismo dar órdenes desde un despacho que andar a tiros por esos campos.

Con más que justificado enojo, recordó Santiago:

—Yo hice la guerra civil en serio durante los tres años, disparando y matando. No sé si soy un buen tirador, pero sé que apuntaba con cuidado para matar y he matado. No estoy seguro de que me guste; pero tampoco me arrepiento de haberlo hecho.

El representante de *Claridad* inició entonces un aplauso, inmediatamente seguido por los periodistas del partido presentes en la sala (que eran todos los demás, excepto el vasco). Evidentemente azorado, se disculpó este:

—Perdóneme, señor Carrillo; ignoraba su personal intervención en las batallas de la guerra civil…

Su sorpresa solo pudo compararse con la de la mujer de Santiago, que cuando leyó al siguiente día la referencia en la prensa le comentó a su marido, con una pizca de guasa:

—¡Qué callado te lo tenías, héroe de la casa! Vamos a abrir una botella de sidrina para celebrar esas hazañas…

Al comisario de Gobernación le brillaba una lucecita pícara en sus ojos miopes. Saboreó satisfecho su bebida predilecta y tan solo murmuró:

—Lo mejor de todo es que se lo han creído…

La plaza del Encuentro de las Dos Culturas (antes, de Colón) está llena a rebosar de una muchedumbre, primordialmente juvenil, que canta, grita y ondea banderas rojas y pancartas con leyendas antibritánicas. Los radios del PCE han movilizado desde la víspera a los militantes de todos los distritos, en una manifestación muy espontánea, para confirmar la adhesión del pueblo español a la noble causa ruso-italo-germana y su repudio de la caduca burguesía inglesa. Frente al antiguo palacio de Medinaceli, sede del partido, millares de entusiastas reclaman la presencia de sus líderes más queridos.

Sus líderes más queridos, rebosantes de satisfacción, están en la sala de juntas, discutiendo cuál de todos ellos debe dirigir la palabra a los manifestantes.

—Yo soy el comisario de Trabajo —argumenta José Díaz.

Pero Carrillo le disuade:

—Aquí no se trata de discutir la jornada laboral. En todo caso, yo, como comisario de la Gobernación…

—Tampoco vamos a plantear ningún tema de orden público —casi grita Líster—. Si hay guerra, para eso estoy yo.

—Pero es que no hay guerra —matiza Sender—. Mucho cuidado con eso; si hablas tú, que te conocemos, eres capaz de meternos en el follón.

—Ya dije esta mañana que debía haber venido Dolores… —se lamenta Victoria Kent.

—No era diplomático: supondría demasiada provocación oficial. Y tampoco es eso —vuelve a precisar el comisario de Cultura Popular y Propaganda.

—Bueno, pues entonces ¿quién leches hace el discurso? —pregunta Líster.

Hay un silencio que rompe Valentín González:

—Si os parece, yo me presto.

Unánimemente, lo rechazan todos. Bastante fastidiado, *el Campesino* acepta con disciplina la negativa, aunque en señal de queja abandona el grupo y se marcha a encender un cigarro puro lejos de sus compañeros de gabinete. Desde la calle llega el clamor, cada vez más intenso, de la multitud.

—A ver si nos aclaramos, que esos van a cansarse —dice Marcelino Pascua.

—¡Ya está! Debes hablar tú —sugiere Jesús Hernández, como iluminado por una revelación. Y explica—: Eres el ministro de Obras Públicas, el menos representativo políticamente.

—Pero a mí, ya lo sabéis, eso de los discursos se me da muy mal. Soy gangoso y no comunico con la masa.

Tácitamente reconocen los demás ministros la certeza de tan elogiable prueba de humildad por parte de don Marcelino. Pero Carrillo tiene una de sus brillantes ideas:

—¡Arreglado! Como yo soy menudo, me pondré detrás de ti y te iré apuntando las frases. Procura enfatizar al decirlas; por lo menos habla a gritos. ¡Verás qué éxito!

El rumor de aprobación ratifica el acierto de la propuesta. Pascua se resigna, aunque con la condición de que el parlamento sea corto. Los gritos de los manifestantes parecen haber disminuido.

—¡Vamos, vamos, de prisa, que se están enfriando! —acucia Díaz.

Mientras se acercan al balcón, Sender se agarra del brazo de Carrillo:

—¡Genial, Santiago! Vas a convertirte en nuestro Cyrano de Bergerac.

No parece entenderlo el comisario de la Gobernación, pero tampoco importa mucho. La aparición de los ministros en la amplia balaustrada provoca el delirio entre los camaradas que se apiñan frente al palacio. Consumida la primera fase de saludos y sonrisas, todos en línea, se agrupan los líderes y Carrillo queda oculto por la mole física del comisario de Obras Públicas. Comienza este a hablar, mientras su compañero le facilita en voz baja las palabras:

—¡Camaradas! ¡No es hora de discursos! —Gran ovación—. Pero sí de que los comunistas españoles dictemos la sentencia condenatoria. ¡Más alto!

Una patada en la espinilla advierte al orador de su desliz. Lo de *¡Más alto!* era lo que en los textos dramáticos se denomina un aparte. Lo comprende en seguida y lo arregla, añadiendo por su cuenta:

—¡Más alto en la historia está el país gracias a vuestro entusiasmo! (Una nueva ovación clamorosa).

Cuando cesa el griterío, Carrillo apunta la frase definitiva, que su portavoz sabe pronunciar con absoluto énfasis:

—¡Inglaterra es culpable! —Delirante fervor entre la masa. Vivas, mueras, ayes, jipíos—. ¡Inglaterra es culpable! De nuestra guerra, de nuestros desastres históricos, del acoso a las libertades, del ataque a la democracia. El exterminio de Inglaterra es exigencia para el porvenir de Europa y gracias a Rusia, gracias a Stalin —gritos de «¡Viva Rusia!, ¡Viva Stalin!»—, ya está cercano. El gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas del Estado Español sabe interpretar esta adhesión vuestra a la causa común y toma buena

nota de vuestro apoyo. Ahora disolveos pacíficamente. ¡Viva la URSEE! ¡Viva Stalin! ¡Viva Rusia!

Tras diez minutos de cánticos y vítores, los manifestantes marchan cada cual por su lado, aunque los inevitables grupos exaltados se acercan a la calle Fernando de los Ríos (antes, Fernando el Santo) y apedrean los cristales de la embajada británica, ante la comprensiva tolerancia de los guardias de Asalto que la custodian.

Fue una mañana agotadora para el presidente del gobierno. Miércoles, día de audiencias y de audiencias comprometidas, pues la confusa postura de la URSEE ante la declaración de guerra del Eje Moscú-Roma-Berlín a la Gran Bretaña propiciaba toda clase de rumores y de contradictorias noticias. El primer visitante fue precisamente el embajador de su graciosa majestad británica, que llegaba de un humor de perros y comenzó protestando por los *actos vandálicos* producidos frente a su residencia oficial. Negrín le dio las pertinentes excusas, aludió a la natural excitación que sentían los españoles siempre que se planteaba el tema de Gibraltar (*que está por encima de gobiernos y aun de regímenes*, precisó) y reforzó las justificaciones, recordando al embajador:

—Nunca, en los últimos cincuenta años, quizá más todavía, ha podido visitar nuestro país un alto dignatario del suyo. Somos muy sensibles a lo que estimamos un ultraje histórico y hubiésemos perdido, forzosamente, hasta nuestra conocida educación, para hacerle patente, incluso con violencia, este sentimiento de indignación nacional. Le reitero mis excusas por lo de la otra mañana, que lamento más que usted; páseme la nota de gastos causados por los desperfectos.

—Los gastos de mi embajada se pagan en libras esterlinas, señor presidente —replicó el inevitable orgullo inglés—. Lo que importa ahora no es eso, sino conocer lo que hay detrás de tales muestras de rechazo al imperio británico. ¿Piensan ustedes romper nuestras relaciones diplomáticas?

—Ni siquiera nos lo hemos planteado, señor embajador.

Entró a continuación el general —en la reserva— Vicente Rojo. Como les sucede a todos los militares, vestido de paisano perdía empaque y hasta parecía más bajito.

—Señor presidente, he solicitado esta audiencia porque estoy profundamente preocupado. Le ruego que, si le es posible, me conteste sin reticencias: ¿vamos a entrar en la guerra?

—Resulta prematuro opinar sobre ello.

—Sería un desastre, doctor. Conozco bien las limitaciones actuales de nuestro ejército; además, sinceramente, no veo claro el éxito del pretendido desembarco en Inglaterra. Con todas mis fuerzas le ruego por ello que procure evitar semejante catástrofe…

—Tendremos muy en cuenta su valiosa opinión, general.

—Se lo agradezco. Hay una cuestión que asimismo me inquieta, presidente: la de los militares facciosos, no responsables de ningún delito. Han quedado absolutamente desamparados. ¿Habría posibilidad de contemplar para ellos algunos derechos pasivos, alguna pensión?

—Eso es totalmente imposible, general. Comprendo sus sentimientos de compañerismo, que le honran; comprenda usted también que esos militares fueron derrotados de forma inapelable. Eligieron el bando de los perdedores y se equivocaron. ¡Qué le vamos a hacer!

Ya despidiéndose:

—Por cierto, señor presidente; en otro orden, también me preocupan las estupideces que están cometiendo los gobiernos de las Repúblicas Autónomas, especialmente en materia de idiomas. Estuve en Bilbao el otro día y, además de encontrarme con la sorpresa de que ahora le dicen Bilbo, con lo mal que eso suena, resulta que los periódicos daban mi nombre traducido al euskera: Txente Gorría.

—No haga caso, ya se les pasará. A mí, en Barcelona, me han dedicado una calle. Se llama de En Joan Negret.

La siguiente visita resulta mucho más gratificante: un grupo de alumnos suyos de la cátedra de fisiología de la Universidad de Madrid vienen a despedirse, ya que marchan a Estados Unidos para ampliar estudios. Habla en su nombre el más destacado de todos, el joven Severo Ochoa:

—Doctor, no hemos querido dejar España sin manifestarle nuestra gratitud por lo mucho que le debemos en nuestra formación científica. Usted, hecho en el extranjero, nos descubrió un mundo nuevo y nos ofreció enseñanzas que jamás pudimos imaginar.

—Se lo agradezco. Y me siento orgulloso de ustedes.

Severo Ochoa se permite decir antes de despedirse:

—Doctor, ¿por qué no vuelve a la cátedra, donde tanto bien puede hacer a la medicina española? Esto de la política…

Negrín no disimula la impresión que le producen las palabras de su alumno predilecto.

—Esto de la política, mi querido Ochoa, es una fuerza que nos atrae y nos domina de una manera irresistible. Y ahora, en momentos tan críticos, no puedo abandonar mi puesto. Pero créanme que muchas, muchas veces añoro mis clases en la facultad…

Y a continuación, una visita incómoda: la del cardenal Vidal y Barraquer. Exiliados todos los obispos fascistas, coautores de la infamante Carta colectiva, el arzobispo de Tarragona está ejerciendo como primado de España y ha necesitado que el Vaticano nombrase muchos obispos auxiliares para restablecer cierta normalidad jerárquica en la Iglesia española. La Constitución, como es notorio, prohíbe las manifestaciones externas del culto; atacada de continuo la religión católica en los medios informativos, la feligresía resulta cada día más escasa. Monseñor está bien visto en el gobierno, por su firme actitud de rechazo del franquismo y, aunque el presidente es ateo —quizá solamente agnóstico—, no oculta sus simpatías hacia él. Así que le recibe con gran cordialidad.

—¡Excelencia reverendísima! Sabe que siempre me alegra verle…

—A mí también, doctor. Me consta su buena voluntad hacia la Iglesia, y por eso me permití solicitar esta audiencia.

—¿En qué puedo servirle?

—¡En tantas cosas!… Bien sé que el Estado es aconfesional; pero pienso que ello no supone que la Iglesia católica deba ser objeto de constantes ofensas, de ataques reiterados en la prensa y en la radio, como los que a diario padece…

—Mi querido cardenal, la libertad de expresión es sagrada; el gobierno no puede, no debe frenar actitudes que, aunque en algunos casos no comparta, resultan plenamente constitucionales.

El gesto de Vidal y Barraquer no permite dudar en cuanto a sus criterios sobre la vigente libertad de expresión. Sin embargo, con sabia diplomacia, solo comenta:

—A su santidad Pío XII, cuya postura frente al nazismo es manifiesta, le preocupa que España, de tan honda tradición católica, entre ahora en la órbita hitleriana, después de haberse integrado tan decididamente en la del ateísmo ruso. Sin embargo, no se ha manifestado al respecto. Piense, doctor, lo que supondría para el gobierno que usted preside una encíclica similar a la *Mit brenneder sorge*…

—No compare vuestra eminencia la tenaz persecución religiosa en Alemania, que tampoco puedo criticar, porque desconozco a fondo sus

motivaciones, con nuestra actitud de total neutralidad frente al hecho religioso.

—Neutralidad que no puede desconocer la acendrada fe católica del pueblo español…

—Permítame que discrepe de su optimismo. Por las trazas, en cuanto ese pueblo pudo manifestarse sin coacciones, ha resultado mucho menos fervoroso de lo que se decía.

—De todas formas, hay creencias que se mantienen constantes en la mayoría del país. Por ejemplo, la devoción a la Inmaculada.

—¿Qué pasa con la Inmaculada?

—Su festividad era tradicional en España; sigue siendo la patrona de la nación, aunque ya sin carácter oficial, cosa lógica dada la aconfesionalidad del Estado. Pero, señor presidente, ¿por qué han convertido ustedes ese día, el 8 de diciembre, en simplemente laborable? ¿Tanto les importaba mantener la tradición?

—El calendario está demasiado recargado de fiestas, en perjuicio de la productividad laboral.

—Discúlpeme, ¿cuántas nuevas han creado ustedes?

—Además, un Estado laico no puede aceptar determinados mitos religiosos.

—La Purísima no es, para los católicos, un mito, sino un dogma.

—Celébrenlo en sus iglesias, que para eso hemos respetado bastantes. Pero el Estado no debe hacerse partícipe de un festejo como este, simplemente arcaico. Y perdone mi franqueza, excelencia reverendísima…

Son cerca de las dos de la tarde cuando el presidente del gobierno recibe la última audiencia: una anciana militante del extinto PSOE, fiel seguidora suya en los viejos tiempos de la lucha por el poder. Socialista hasta las cachas, Negrín la llamaba cariñosamente Paulita Iglesias. Es de las pocas personas con las que se tutea.

—Seré muy breve, Juan, porque estarás cansado. Tampoco te hablaré de política, ya que no quiero enfadarme contigo. Solo vengo a plantearte un asunto personal.

—Estoy a tu disposición, Paulita…

—¡No me llames así, que ahora me parece una burla! Mira, voy al grano. Yo tenía una caja de depósitos en el Banco Hispano Americano y, como sabes de sobra, durante la guerra, siendo tú ministro de Hacienda, ordenaste que las violentasen todas y te apoderaste de las joyas y valores particulares que allí había.

—Fue indispensable: necesitábamos dinero para comprar armas.

—Fue una golfería, Juan, reconócelo; aunque yo también la justifiqué entonces, precisamente pensando en que había que ganar la guerra. Pero ahora ha cambiado todo; estoy de vuelta de ilusiones, tengo más de sesenta años y, la verdad, quisiera recuperar unas arracadas de pedida y un collar de perlas que tenía guardados en el banco y que me desaparecieron. No es que valiesen mucho, pero me recordaban tiempos muy felices.

El presidente juguetea con unos lápices que tiene sobre la mesa.

—Será imposible identificarlos después de tanto tiempo. Pero podemos hacer una cosa: te daré una carta para el subcomisario de Hacienda; en los sótanos del ministerio guardamos todavía algunas joyas de aquellas. Elige las que sean parecidas a las tuyas y llévatelas.

La anciana mueve la cabeza con desencanto.

—No es eso, Juan, no es eso.

—Otra cosa no se puede hacer.

Paulita se pone en pie.

—Gracias de todos modos, presidente.

—¡No me llames presidente, mujer! Para ti seré siempre el camarada Negrín.

—¡Ojalá! Pero no, Juan; has cambiado mucho. Todos hemos cambiado mucho.

Cuando sale, el doctor Negrín queda de pie junto a la puerta durante unos segundos. Después se acerca al armario-bar y se sirve un whisky, que bebe en dos largos tragos. Va hacia la mesa y llama por el teléfono interior:

—Que me preparen el coche.

Se ha puesto de muy mal humor.

FICCIÓN SÉPTIMA

El ejército alemán atraviesa la URSEE • ¡Gibraltar para el III Reich! • Pequeños disturbios en el país • Anecdotario de la censura • La temporada teatral • Vuelve a concederse el Premio Lope de Vega • Gil Robles y Prieto se entrevistan en México • Hacia la unión de las fuerzas políticas en el exilio • Problemas alimenticios, restricciones y estraperlistas • Situación privilegiada de Catalunya • Las noches de Barcelona e Inauguración del Rigat

Dos meses duraban ya los feroces bombardeos sobre Inglaterra. Coventry había quedado literalmente arrasado; más del sesenta por ciento de los edificios de Londres estaban derruidos; las costas del canal de la Mancha aparecían horadadas, convertidas en cráteres sus blancas rocas. Pero Hitler y Stalin no se decidían todavía a dar la orden de asalto —la operación León Marino—, pese a que las mejores divisiones rusas y alemanas esperaban impacientes en sus acuartelamientos del noroeste de Francia. Mussolini bastante tenía con atender a los focos de insurrección armada que de continuo surgían en Grecia y en Albania y en Yugoslavia, países ahora ocupados exclusivamente por los italianos, a quienes sus aliados tuvieron que dejar solos, para entregarse por entero al objetivo de las islas.

En una reunión secreta mantenida en Praga, el *Führer* y el máximo jefe soviético acuerdan llevar a cabo la Operación Félix —la ocupación de Gibraltar—, para asegurarse el dominio total del Mediterráneo y facilitar la progresión en el norte de África de los ejércitos de Rommel. El mariscal Stalin se pone en inmediato contacto con la presidenta de la URSEE y sin demasiada delicadeza le ordena dejar paso libre por territorio español al ejército alemán, aunque con la promesa firme de que ni un solo soldado de la Wehrmacht quedará en él, una vez consumada la operación. Por supuesto que la reacción británica será violenta; pero no necesariamente llevará consigo la declaración de guerra. Después de todo —recuerda a Dolores—, también por

Suecia han cruzado más de doscientos mil alemanes y mucho material, sin que por ello Gran Bretaña haya roto sus relaciones con el país nórdico, que oficialmente sigue siendo neutral.

El paso de los ejércitos de Hitler por España resulta espectacular y pone de manifiesto la absoluta perfección operativa a que han llegado. En menos de día y medio, cien mil hombres —*los cien mil hijos de don Adolfo* los llama en seguida el humor celtibérico— y cientos de toneladas de material bélico, además de numerosos tanques transportados en camiones, llegan desde Irún hasta Algeciras. Para entonces, el peñón ha sido sometido a unos bombardeos aéreos impresionantes y el estrecho se encuentra bloqueado por las mejores unidades de la *Kriegsmarine*, auxiliada por lanchas rápidas italianas —las M.A.S.—, únicas fuerzas navales del aliado que han demostrado verdadera eficacia en combate.

Los españoles asisten al espectáculo entre admirados y temerosos. Naturalmente, todos procuran sacar algo de aquellos mocetones rubios y eufóricos que cruzan los pueblos auroleados por su fama de invictos. Aunque ese algo sean tan solo unas latas de carne o varias hogazas de pan blanco: dos productos ciertamente difíciles de encontrar en el mercado. Los soldados de la Wehrmacht se muestran generosos y simpáticos con los chiquillos desharrapados y las ancianas enlutadas que alargan sus manos pedigüeñas hacia los impresionantes camiones Mercedes que, sorteando baches, recorren a la velocidad que pueden las impracticables carreteras del país.

Al embajador inglés, que solicita inmediata audiencia con la presidenta de la URSEE, le recibe Dolores cuando ya las avanzadillas de la expedición germana están llegando a La Línea. Efectivamente, no habrá declaración de guerra; debe comprender que el Estado español no puede impedir la medida de fuerza; sale a colación el ejemplo sueco; y las seguridades de que no quedarán fuerzas de ocupación en el territorio nacional. La verdad es que Inglaterra tampoco está muy decidida a crearse un nuevo enemigo oficial, y por eso la reacción británica consiste simplemente en presentar una enérgica nota de protesta y retirar por el momento a su embajador en Madrid.

El 2 de enero de 1942, la bandera inglesa, después de más de dos siglos de ondear sobre el peñón de Gibraltar, es arriada con especial solemnidad. Pero se iza en su lugar otra enseña extranjera: la de la cruz gamada.

Ha resultado todo tan rápido que el pueblo reacciona con retraso. Y le parece que fue un sueño; que aquellas columnas motorizadas que cruzaron los prados

verdes de Guipúzcoa, la ancha meseta castellana, los campos sedientos de La Mancha, para seguir por las curvas de Despeñaperros hacia tierras de Andalucía, solo existieron en su imaginación. Visto y no visto. Los medios informativos elogian *la cordura y serenidad* de los ciudadanos de la URSEE, que supieron mantener la *deseada postura no beligerante* ante el paso de los ejércitos alemanes. E insisten en que el país *ha dado un ejemplo de madurez*, aceptando los hechos consumados, con visible simpatía hacia las tropas del Eje Berlín-Roma-Moscú, aunque sin faltar por eso a una impecable neutralidad.

Pero la ocasión ha servido para que los mínimos grupúsculos de enemigos del sistema se manifiesten. En Burgos, unas docenas de insensatos adolescentes cantaron el *Cara al Sol*, levantando el brazo, al paso de los soldados de la Wehrmacht; han sido detenidos y, naturalmente, procesados. Más grave fue lo de Bailén, porque allí otro grupito de revoltosos se enfrentó a pedrada limpia con la fuerza pública. No tuvo más remedio el teniente de Asalto que ordenar fuego a los guardias y un insurrecto murió en la refriega y varios quedaron heridos. Al presidente del gobierno, semejantes sucesos le preocupan, aunque el subcomisario general de Seguridad quita importancia a los hechos.

—Simples chiquilladas, doctor. Ganas de dar la nota por parte de esos tontainas que siguen jugando a falangistas…

—Por supuesto que lo que me inquieta no son los incidentes en sí; de sobra me consta que tenemos en nuestras manos el orden público. Pero ese muerto…

—Agredió a los guardias de Asalto. Los apedreó con saña. Incluso produjo contusiones a dos números y un cabo.

—Y en vista de eso, le mataron.

—Lo que se llama técnicamente un homicidio justificado. ¿O es que en algún país civilizado puede tolerarse que se agreda con violencia a las fuerzas del orden, sin que estas respondan adecuadamente a la agresión? ¿Qué quiere usted? ¿Que se escondan, que se aguanten, que se dejen apalear? ¿Y que después, encima, les procesen por malos tratos a los revoltosos?

—De todos modos, en América airearán lo sucedido en contra nuestra. Hasta serán capaces de pedir responsabilidades a la policía…

—¡Por favor, señor presidente! ¿En qué cabeza cabe que nadie se ponga de parte de los delincuentes, trasladando una absurda presunción de culpabilidad precisamente a quienes tienen por misión cuidar de la paz

ciudadana? Si eso ocurriera alguna vez, el estado de derecho habría desaparecido y volveríamos a la jungla…

Por si acaso, la prensa recibió una severa consigna de la censura: ni una palabra acerca de lo sucedido. A cambio, muchas páginas dedicadas a resaltar la importancia del cercano partido de fútbol que iba a celebrarse en el campo de Chamartín, entre una selección de la URSEE y el potente equipo Dynamo de Moscú. Y a convencer a los lectores de las muchísimas calorías que tienen la uva de Almería y las naranjas de Valencia, infinitamente más recomendables para la salud que un cocido o una fabada, platos nefastos, que aumentan el colesterol y abocan al infarto. Lo mismo que aquellos horribles solomillos de antes propiciaban el ácido úrico y eran pasaporte infalible para el más allá.

Mucho y muy bien trabajaba la censura, en favor de la formación política y social de los ciudadanos. Un equipo de selectos eruditos había revisado a fondo el diccionario Espasa, actualizando sus epígrafes y rectificando los muchos errores que en ellos aparecían. Un solo ejemplo: fue preciso enmendar todo lo referente a los Reyes Católicos, presentados en tiempos de predominio clerical como ejemplo de gobernantes. Nada de eso. Destruyeron salvajemente la próspera civilización árabe, sojuzgando con brutalidad al valeroso Boabdil, por lo que la conquista de Granada constituía una fecha negra en la historia de la URSEE. El gran pecado del descubrimiento de América (al cual se debía infaustamente la existencia de Estados Unidos, emporio del capitalismo más repugnante) consistió en acabar con el esplendor de unas civilizaciones gloriosas, enraizadas en la devoción por los valores de la naturaleza, que manifestaban en ritos tan admirables como el culto al sol y que fueron precedentes de la moderna cirugía, con sus esmeradas extracciones de corazones humanos. Además, doña Isabel era una guarra, que no se cambiaba de camisa, y su marido, un obseso sexual.

Con la misma objetividad se atendía a la programación teatral y a las ediciones de libros. El Comisariado de Cultura organizó la temporada en todos los teatros de la URSEE, mediante compañías generosamente subvencionadas, cuyos elencos estaban integrados exclusivamente (como era lógico) por actores militantes del PCE. Las obras se elegían con todo cuidado: autores primordialmente rusos y otros nacionales de prestigio, como Max Aub, Alberti, Bergamín y Lorca. Aunque respecto de este último, el propio Sender había advertido que no convenía insistir demasiado en su repertorio. Pues últimamente se estaban representando en Madrid dos comedias suyas al mismo tiempo, y esto podía hacer que el público acabara hartándose de

Federico. También fue necesario meter la tijera en algunas biografías suyas que iban a publicarse, ya que no hacía ninguna falta insinuar siquiera que el magnífico poeta fue homosexual. Semejante aberración estaba rigurosamente penada en la URSEE, cuya legislación seguía en este tema (como en muchos otros) los rígidos principios éticos de la soviética.

Algunos jóvenes querían hacer un teatro distinto al oficial, un teatro independiente (decían) e incluso llegaron a solicitar la ayuda económica del Estado, como si los dineros del pueblo estuvieran para derrocharse con semejantes aventuras. El más tenaz de estos entusiastas era un muchacho granadino, Pepe Tamayo, que llegó en su obcecación a solicitar permiso para reponer *En Flandes se ha puesto el sol*, del fascista Eduardo Marquina. Se le denegó, como era natural; aunque, dada su obstinación, acabó consiguiendo una pequeña ayuda del Comisariado y montó la versión actualizada de *La verbena de la Paloma*, con notas aclaratorias en los programas de mano, que explicaban el verdadero sentido del libreto: don Hilarión representaba al burgués, caduco y miserable; Casta y Susana eran la libertad y la democracia, y Julián encarnaba al pueblo, finalmente liberado del acoso capitalista del boticario por la revolución comunista, que era su madre. (La *señá* Rita, que de continuo le recordaba su existencia, simbolizaba la doctrina de Lenin. Con ello, la frase *Julián, ¡que tiés madre!* cobraba su verdadera significación, tantos años encubierta).

El esplendor cultural y artístico de la URSEE alcanzó singulares cotas de brillantez en Catalunya, donde el *Comisariat* correspondiente desarrollaba una tarea ingente no solo promocionando los grandes autores en lengua vernácula, sino traduciendo las más importantes obras extranjeras, incluidas las españolas. Pulcramente editadas, se publicaron *Les rialleres comares de Windsor*, de Guillem Shakespeare; *La vida és somni* d’en Pere Calderó del Vaixell; *En Joan Tenori*, de Josep Zorrilla; *Sis personatges buscant l’autor*, d’en Lluís Pirandello; *Font Ovelluna*, d’en Lop de la Terra Baixa; las mejores poesías místicas de sant Joan de la Creu y *El nen de la bola*, d’en Pere Antoni d'Alarcó.

Sin embargo, Ramón J. Sender no conseguía su ansiado *rescate de talentos*, pues Margarita Xirgu continuaba en América y se negaba contumazmente a regresar a la URSEE, alegando diferencias ideológicas de matiz con el gobierno Negrín, aunque lo que de verdad la retenía en Buenos Aires era su natural prevención ante la Europa en llamas. La hija de Casares Quiroga, María, estaba de meritoria en la Comédie Française, que, a pesar de la ocupación alemana, mantenía su prestigio y nada le apetecía cambiar su

prometedor futuro artístico por un puesto en el Teatro Estatal de Madrid. Pau Casals andaba de conciertos por América y excusaba su regreso como protesta ante la poca amplitud del estatuto de la República Autónoma de Catalunya. Y Picasso, residente en Estados Unidos, aunque continuaba siendo director nominal del museo del Prado, tampoco se mostraba propicio a la vuelta. Lo mismo que Luis Buñuel, que si pasó toda la guerra civil fuera de España, ahora seguía sin aparecer, alegando sus contratos en México.

La defección de tales personajes no disminuía, sin embargo, el entusiasmo del comisario de Cultura Popular y Propaganda, que convocó por vez primera después de la guerra el tan afamado Premio Lope de Vega, para autores noveles, al que se presentaron más de sesenta obras. Reunido, bajo su presidencia, el jurado calificador, su secretario informó:

—Como siempre ocurre, la mayoría de las comedias son infames. Algunas resultan incluso demenciales, como la titulada *Amanecer rojo*, que comienza con una escena en el cuartel general de Franco, en Salamanca, y dice literalmente el texto: *Entra por la ventana un avión republicano. Baja de él, pistola en mano, el general Miaja*…

—¡Qué barbaridad!

—Hay otra que pretende ser una biografía de la jefa del Estado, a la que se compara con la Virgen María. El comisario Antón hace de san José.

—Eso es pasarse…

—En resumen: la mejor obra, con diferencia, es la titulada *Historia de un ascensor*. Un sainete estupendo, con personajes de carne y hueso, bien construido, bien hablado y, además, de indudable interés.

—Pues si ustedes lo creen así, vamos a darle el premio.

—Hay un inconveniente: su autor.

—¿Qué le pasa al autor?

—Naturalmente, nos hemos enterado de quién se trata. Es un joven falangista, que acaba de salir de la cárcel. Parece incluso que allí escribió la comedia.

—Entonces, ni hablar. ¿Cómo vamos a hacer famoso y rico a un enemigo del régimen?

—Eso mismo opinamos los jurados.

—¿Y cómo se llama ese individuo?

—Emilio Romero Gómez.

En vista de lo cual, el Premio Lope de Vega recayó en *La chaqueta*, del también joven Lauro Olmo. Era asimismo una buena comedia; aunque no

llegaba, reconoció privadamente el jurado, a la calidad de la vetada con tanta razón. Pero, en cambio, su autor no ofrecía problemas ideológicos.

Al término de la reunión, Sender llamó aparte al director del *Pravda* español, el antiguo *ABC*.

—Os estáis pasando en la información sobre el presidente de la Generalidad. Talmente parece vuestro personaje predilecto: día sí, día no, le sacáis fotografiado en el periódico.

—Sus buenas pesetas le cuesta.

—Cuídame bien la redacción. Ayer te colaron una frase increíble en la reseña del mitin de Vicente Uribe en Badajoz.

—¿Y eso?

—Pues decía la crónica que el acto comenzó *con una cerrada ovación, puño en alto*.

—Desde luego, aplaudir así debe resultar difícil…

Sus relojes marcan la misma hora: las ocho menos tres minutos. Los dos hombres los han consultado al tiempo y ambos comienzan a andar en la misma dirección, aunque partiendo de distintos puntos. Puntos bien cercanos, pero ocultos entre sí por la tupida frondosidad, casi maciza, del bosque de Chapultepec. A las ocho en punto, confluyen en un pequeño espacio circular, a modo de plaza natural, en cuyo centro se yergue, majestuoso, gigantesco, el mayor de los cactos: el pitahaya. Obeso, pesado de movimientos, cubierto el traje con una gabardina gris, resguardada la calva por una boina, que lleva con la naturalidad de quien ha hecho de ella compañía inseparable, uno de los hombres alarga su mano hacia el otro, que se ha detenido frente a él. Lleva subidas las solapas del abrigo, muy calado el sombrero y anchas gafas oscuras.

Durante unos segundos mantienen juntas las manos.

—Buenos días, Gil Robles…

—Buenos días, Prieto.

—Llámeme don Inda; ya sabe que lo prefiero…

Esbozan una sonrisa.

—¿Le ha sido difícil encontrar el sitio?

—Su descripción fue perfecta. Además, un árbol como este no tiene pérdida.

—La vegetación aquí es una maravilla. Fíjese qué cactos. Aquello son mezquites; esto, agaves, de donde se saca el pulque, que tanto gustan de beber

los mexicanos.

—Verdaderamente, resulta impresionante. Sobre todo, para un castellano como yo, acostumbrado a las tierras ocres de Salamanca.

—Por supuesto que hubiésemos estado más cómodos en la embajada; pero usted no es persona grata al gobierno que represento y en aquella casa las paredes oyen. Perdone: no le pregunté por su viaje.

—Bastante cansado. En estos tiempos, volar no resulta agradable. Menos todavía, cuando se hace con nombre supuesto… Porque yo también tengo que disimular.

—¿Le parece que mientras charlamos demos un pequeño paseo? Yo lo hago muchas mañanas, con la debida moderación. Por eso elegí Chapultepec para nuestro encuentro; el chófer de la embajada está acostumbrado a traerme aquí a esta misma hora.

Caminan despacio, entre la exuberante flora.

—Bien, don José María. ¿Qué sabe de España?

—Supongo que menos que usted.

—No crea: el doctor Negrín me tiene bastante desabastecido en materia informativa. Los periódicos de Madrid llegan con cinco o seis días de retraso; pero, naturalmente, de poco me sirven. Mi amigo Sebastián Miranda me escribe con frecuencia, aunque tengo que leer sus cartas entre líneas, ya que la censura le impide contar las cosas con claridad.

—Creo que Negrín ha jugado demasiado a fondo la baza rusa. ¿Tanta confianza tiene en la derrota de Inglaterra?

—No es eso. La dirección efectiva del comunismo español estuvo asumida, desde sus principios, por agentes extranjeros, que, naturalmente, cumplen ahora las órdenes de Stalin. Son marxistas fieles.

—Perdóneme, don Inda. Usted ¿no es también marxista?

—No; nunca he sido marxista. Mi socialismo es más bien, digamos, municipal. Tampoco pudo entrarme en la cabeza eso de que todas las grandes conmociones habidas en el mundo tuvieran un origen materialista. Me resisto a admitir el rígido principio del materialismo histórico, tan caro a Marx.

—Celebro lo que me dice. Así será más fácil que nos entendamos.

—¿Sobre qué? La verdad, no acabo de adivinar la razón de esta entrevista. Lleva semanas proponiéndomela y hasta se ha metido en un viaje difícil para que pudiésemos llevarla a cabo. ¿Por qué tanto interés?

—Verá. Yo y otros como yo no creemos que la alianza ruso-germana acabe bien. Tenemos la certeza de que el pretendido desembarco en Inglaterra ha de fracasar. Además, Estados Unidos deberá hacer algo.

—Estoy convencido de ello.

—Entonces, si al final se produce la intervención americana y la guerra cambia de signo, ¿qué será de España, alineada descaradamente junto a los derrotados?

—También lo he pensado más de una vez. El triunfo de las democracias supondría la violenta proscripción del actual régimen, que no es otra cosa que una dictadura comunista.

—Por eso hemos de prevenir el futuro, don Inda. Tener en reserva unas fuerzas políticas capaces de asumir el poder, llegado el momento. Unas fuerzas políticas, por supuesto, que representen la pluralidad ideológica del país, con la natural exclusión de los comunistas.

—¡Pero si en España apenas existía el comunismo, don José María! Surgió a consecuencia de la sublevación militar. Los rusos supieron aprovecharse para colocar todas sus piezas en los puestos clave y adueñarse así del poder. Sin embargo, ¿cree que el pueblo se siente comunista?

—En absoluto. En unas elecciones libres, ahora mismo, yo sacaría todos los votos que quisiera.

—Bueno: los sacaríamos usted y yo.

—Mantengo contactos con Atlee y con Bevin. Están dispuestos a tener muy en cuenta, el día de mañana, cualquier movimiento antirruso que los españoles patrocinemos desde el exilio. Incluso sugieren la posibilidad de crear un gobierno. El mismo Churchill siente especial aprecio por el rey… Me refiero a don Juan de Borbón, naturalmente.

Prieto mueve la cabeza y se apresura a precisar:

—Pero, don José María, una cosa es que yo no sea marxista y otra muy distinta que haya dejado de ser republicano…

—En el supuesto que contemplamos, la monarquía, una monarquía concertada entre las fuerzas políticas democráticas, sería la única solución de futuro.

—Vamos, que quieren hacer de mí el Castelar de una nueva restauración.

—Usted es profundamente español, don Inda. El país reaccionará con entusiasmo si le ofrecemos un pacto entre la izquierda moderada y la confederación de fuerzas monárquicas.

—¿Están en ella los carlistas?

—Mantenemos conversaciones con Fal Conde. Llegado el momento, su sentido patriótico se impondría a discrepancias menores.

—No es cuestión de poca monta disentir en cuanto a la persona del rey…

—Créame: en esta primera fase, lo más probable es que contásemos con ellos.

—¿Y con Franco?

La pregunta desconcierta a Gil Robles, de modo que hace una pausa antes de responderla.

—La verdad, no nos lo hemos planteado.

—Queramos o no, Franco sigue teniendo sus partidarios en España.

—Pero estamos hablando de establecer un bloque político, de componente plural, que pueda hacerse cargo del poder para restaurar la democracia en nuestro país. Eso supuesto, el general estaría de más. Tampoco creo que lo aceptasen ingleses ni americanos. Otra cosa es que contemos con algunos de sus antiguos colaboradores. Areilza, que está con nosotros en cuerpo y alma, mantiene relación con varios que no dudarían en unirse al pacto. Son gente muy válida: Aranda, por ejemplo. Y el mismo Varela.

Prieto se rasca la cabeza por debajo de la boina.

—Sinceramente, el proyecto no me desagrada; aunque lo encuentro prematuro.

—Sin duda lo es. Pero el rey mostraba un gran interés en conocer cuanto antes su opinión. Le admira mucho, don Inda, a pesar de las cosas que tiene dichas sobre su padre…

—Bueno, lo que se dice en política no debe nunca tomarse al pie de la letra. Imagínese si yo le recordara ahora sus catilinarias contra mí en el Parlamento…

—Efectivamente, digamos que en nuestro oficio todo es mudable. ¿Quién pronunció la frase de que, cuando un político dice *¡jamás!* hay que entender *por ahora*?

—Creo que Romanones. ¡Buen tipo el viejo don Álvaro!

—Esto supuesto, lo que me importa es saber si puedo comunicar al rey que, en principio, usted se integraría en el Bloque Democrático de Salvación Nacional, como ya lo ha llamado alguien…

—Un tanto dramático el nombre, ¿no cree? —Vacila unos segundos—. ¿Y por qué parten forzosamente de la monarquía como régimen?

—Creemos (y no dudo que usted, aunque le duela, tendrá también que reconocerlo) que la República se desprestigió por completo ante el pueblo; digamos mejor que la desprestigiamos entre todos…

—En lo tocante a desprestigio, tampoco la monarquía de don Alfonso tiene mucho que envidiar a la República. Sobre todo, a partir del veintitrés…

—La monarquía por la que luchamos será estrictamente constitucional y del todo respetuosa con los principios democráticos. Por eso necesita contar con el apoyo de todas las fuerzas políticas no marxistas…

—Sin embargo, comprenda mis lógicas vacilaciones… Si, al menos, se planteara la posibilidad de un plebiscito para que el país decidiera el régimen que prefiere…

—Aceptando tal posibilidad, en un plano puramente dialéctico, se entiende, resulta evidente que, en un principio, el vacío de poder solo lo evitaríamos con el rey en la jefatura del Estado.

—¿Y realizar después la consulta? Mi querido don José María, sabe muy bien que los plebiscitos siempre los ganan quienes los organizan.

—No necesariamente…

Prieto señala un banco rústico, a un lado de la alameda por donde caminan.

—Mi médico no me deja andar demasiado rato. ¿Nos sentamos?

Y ya acomodados:

—Dígale a don Juan que voy a meditar a fondo sobre todo esto. Por supuesto, nuestros contactos deben permanecer en el más riguroso de los secretos. Piense que, en puridad, mi obligación sería informar inmediatamente de sus proyectos al gobierno Negrín; pues, en definitiva, soy el embajador de España.

—Perdón, don Inda: de España, no. De la URSEE.

—Tiene razón. Mire, ese matiz tranquiliza mi conciencia. Porque, en efecto, no es lo mismo. Vaya que no…

—Entonces…

—Déjenme pensarlo. Quisiera sondear, con la natural discreción, a algunos compañeros socialistas que andan desperdigados por ahí, en un exilio encubierto similar al mío. Aunque me parece que la mayoría de ellos están convencidos del triunfo ruso-germano.

—Desde México le será más fácil pulsar la actitud de Roosevelt. ¿Qué opina de ella?

—Ayer precisamente hablé con Giral, que ya sabe que está de embajador en Washington. Cree que los militares son partidarios de la intervención; pero el presidente considera que la opinión pública todavía no está bastante concienciada para la guerra. De todas formas, la reciente aprobación por el Senado de unos créditos millonarios para la fabricación de aviones y buques ligeros es un síntoma positivo.

—Si al fin se deciden, lo cual yo no dudo, Inglaterra se salvará. Y con ella, Europa…

Quedan en silencio; lo rompe Gil Robles.

—Pienso quedarme al menos una semana en México. ¿Podremos reunirnos de nuevo?

—Será conveniente. Lo que lamento es no poderle invitar a comer en la embajada; tengo una cocinera vasca que hace el bacalao y las patatas viudas a las mil maravillas.

—Usted, don Inda, siempre fiel a sus aficiones…

—Por cierto: no se pierda la corrida del domingo.

—La verdad es que no soy muy entusiasta…

—Pero es que ahora la plaza de El Toreo, aquí, en el Distrito Federal, se ha convertido en la nueva versión de la Maestranza. Ya sabe que la inmensa mayoría de los toreros no regresaron a España; yo, ideas aparte, me llevo muy bien con todos ellos: con Ortega y con Lalanda y con *el Estudiante*… Pero, sobre todo, hay unos muchachos desconocidos allí que han revolucionado a esta afición. Son los que comenzaron a torear durante la guerra en la zona facciosa y después se exiliaron: Pepe Luis Vázquez, el chico de Belmonte, el de Sánchez Mejías… Aunque el auténtico fenómeno es un cordobés, muy serio, muy cabal, que se apoda *Manolete*. Créame que solo por poderle ver aquí toreando al natural me siento compensado de mi alejamiento físico de la Patria…

—Se echa muy de menos España, ¿verdad? A mí me ocurre lo mismo. Sueño con volver.

—A la Patria hay que volver siempre, don José María. Aunque sea convertido en poste de telégrafos.

Se levanta don Inda.

—Por eso hay que pensar muy mucho lo que haremos…

La vida cotidiana en la URSEE está llena de contradicciones. Muchos se enriquecen, mientras el pueblo pasa hambre. Cada día son mayores las necesidades alimenticias y más escasos los racionamientos; lo cual propicia el auge del mercado negro, que el gobierno no consigue erradicar, pese a las enérgicas medidas dictadas. Incluso han sido ejecutados varios estraperlistas, convictos y confesos de su inmoral tráfico. Pero, además de esos poderosos delincuentes, enriquecidos con insólita rapidez, hábiles en comerciar fraudulentamente con cargamentos de harina, vagones de carne o toneladas de

aceite, hay también otros estraperlistas modestos, por lo general gentes del campo, que van y vienen a las ciudades con unas cuantas ristras de chorizos, algún saco de patatas o varios kilos de garbanzos. La Guardia Nacional Republicana se muestra tolerante con ellos y hace la vista gorda cuando pasa rutinaria revista a los trenes de cercanías.

Diariamente, la prensa informa de las sanciones que el gobierno impone a los delincuentes del mercado negro. En Valencia, cien mil pesetas a un individuo que traficaba con neumáticos; en La Coruña, doscientas mil a un acaparador de quesos y lacones; en Cuenca, nada menos que medio millón al chatarrero Cosme Piedrabuena, inventor de unos artefactos de latón adosables al vientre de las mujeres que, simulando estar embarazadas, transportaban en ellos decenas de litros de aceite, en connivencia con su patrón. A don Felipe González, dueño de una vaquería en Sevilla, se le multa asimismo con cincuenta mil pesetas por vender la leche a precios muy superiores a los establecidos.

Dos años de agobiante sequía han dejado vacíos los pocos pantanos que hay en la nación; el gobierno asegura que tiene en estudio un ambicioso plan de construcciones, pero no acaba de ponerlo en marcha. Las restricciones eléctricas dejan sin luz a las ciudades desde las diez de la mañana a las diez de la noche; tampoco funciona el agua corriente durante ese mismo tiempo. Aunque no hay mal de muchos que por bien de algunos no venga: los fabricantes de sifones aumentan sus ventas, pues numerosos ciudadanos los usan para afeitarse. Prospera asimismo la industria de los petromax y los grupos electrógenos, con los que suplen fábricas y talleres la falta de fluido eléctrico. En los suburbios, los niños comercializan la recogida, limpieza y selección de colillas, que venden después convertidas en tabaco discretamente fumable. También se dedican a robar carbón en las estaciones de ferrocarril y madera allá donde la encuentran. Es un invierno gélido este del 42 y las gentes se gastan sus pocos cuartos en algo que pueda calentarlas.

Dentro de la general miseria del país, Barcelona y su contorno resultan menos afectadas por las privaciones que el resto del Estado. Las fábricas de tejidos de Sabadell y Tarrasa, pese a estar colectivizadas, incumplen de continuo la aplicación de los precios de tasa a sus productos y, apelando a los procedimientos más originales, los venden muy por encima de ellos. Además, la situación alimenticia no es tan grave como en las restantes repúblicas de la URSEE; dicen que el presidente Companys ha obligado a descargar en el puerto barcelonés varios barcos llenos de trigo, de carne y de conservas que iban destinados a otras ciudades, aliviando así las necesidades de su territorio.

Con lo cual se acrecienta su popularidad y la del *conseller* Correa, ejecutor inmediato de unas irregularidades que indignan al gobierno de Madrid, aunque no se atreva a tomar medidas disciplinarias contra la Generalidad. En lo sucesivo, tan solo procurará cambiar la ruta de los abastecimientos por vía marítima.

Por todo ello, la capital de Catalunya ofrece un aspecto más animado que Madrid y sus noches, especialmente, resultan sobremanera divertidas. En los cabarets del distrito V pueden verse espectáculos que no desmerecen de los de Pigalle; triunfa en El Molino Rojo la genial artista Bella Dorita y en Gambrinus actúan varios transformistas: hombres, naturalmente mariquitas, que cantan y bailan vestidos y maquillados como si de mujeres se tratase. Sin embargo, su aceptación resulta escasa, pues al público le molestan semejantes degeneraciones. En las llamadas *boîtes*, casi todas en el Ensanche, se bailan czardas y tangos; las vigentes normas legales prohíben ejecutar más de tres números de jazz por noche, para evitar así la nada deseable americanización de los gustos musicales de la juventud. Todas las funciones terminan con una selección de sardanas, con *La santa espina* como remate.

Pero la gran sensación, el fundamental atractivo de la vida nocturna barcelonesa, lo constituye la recién inaugurada y suntuosísima sala de fiestas Rigat, en la plaza de Catalunya, visita indispensable para los muchos comerciantes de todo el Estado que acuden a la ciudad en busca de mercancías y aprovechan, de paso, para gozar de los encantos de unas espléndidas mujeres que, con carácter de exclusiva, ejercen en el elegante local el oficio más antiguo del mundo. Son, además, de las pocas que cumplen estrictamente la normativa legal dictada por el Comisariado de Gobernación respecto de las llamadas, técnicamente, trabajadoras del amor.

Pues en evitación de los muchos abusos que históricamente semejantes profesionales venían padeciendo, explotadas por *madames* sin escrúpulos y *macrós* siniestros, las trabajadoras del amor han pasado a integrarse en el Sindicato Socialista Unificado y dependen directamente del partido, que organiza su actividad, fija los cupos para cada centro fabril (considerando como tales, así las casas de tolerancia, expropiadas por el Estado, como los cabarets, salas de fiestas y bares de alterne), señala los salarios mínimos interprovinciales y administra los ingresos de las trabajadoras. En cada centro fabril, uno o varios funcionarios se encargan de tales menesteres.

Dada la categoría del local, Rigat está clasificado en la clase extra, y tiene asignado un cupo de trabajadoras del amor, también de la clase especial-A, cuya retribución mínima es de cien pesetas por ocupación no superior a las

dos horas y de quinientas por dormida. El sistema de contratación resulta sencillo: los contactos se realizan de acuerdo con las fórmulas clásicas del guiño, la sonrisa o la petición de fuego. Instalado el presunto cliente en la mesa o en la barra, una vez decidida la prestación laboral y ajustado el salario (siempre susceptible de aumento, según la generosidad del caballero o sus extravagancias eróticas), la trabajadora avisa al funcionario del Estado, quien cobra por anticipado el servicio, entregando un volante justificativo a la profesional. Percibe asimismo el precio de la habitación y facilita un ticket a la pareja, que deberá presentarse en el *meublé* elegido. Cada lunes, las trabajadoras del amor pasan por la ventanilla del Subcomisariado Sindical de su distrito, donde se les hace efectiva la cantidad devengada durante la semana, con deducción de impuestos, seguro de accidentes, cuota del partido y un 1,5 por ciento, para incrementar los fondos de su mutualidad laboral, donde se previenen para ellas pensiones de jubilación a los cincuenta años y una discreta renta para sus viudos, considerando también como tales a los compañeros sentimentales con más de dieciséis meses de convivencia estable.

Tan ejemplar legislación social tiene satisfechísimas a las trabajadoras del amor de todo el Estado. Por lo cual, y habida cuenta de que su promulgación se debió al personal empeño del comisario de la Gobernación, Santiago Carrillo, le han nombrado su hijo predilecto.

FICCIÓN OCTAVA

Se conceden por vez primera los Premios Nacionales de Natalidad • Importante reunión del gobierno Negrín • Fiesta de la Vendimia en Jerez • Shakespeare, prohibido • La entrevista de Hendaya: Dolores frente a Stalin • El ruso llega con retraso • Una conversación trascendental • El Eje quiere ocupar las Canarias • Moderada reacción de la jefa del Estado • Purgas dolorosas (e inevitables) en el partido • La decepción de Gil Robles

La *Gaceta de la URSEE* había publicado, meses atrás, la orden ministerial que convocaba los Premios Nacionales de Natalidad. Se hacía así realidad uno de los proyectos más queridos de la jefa del Estado, cuya preocupación por el incremento de la demografía era tan antigua como encomiable. Por supuesto que, en estricta sujeción al ideario de Dolores, el otorgamiento de tales galardones a las madres prolíficas se haría con plena abstracción de sus posibles colaboradores en los embarazos; de modo que podían optar todas las mujeres, con independencia de su estado civil y sin que forzosamente su prole procediese toda del mismo padre.

Resultó ganadora de esta primera edición Faustina Ruiz Íñigo, una bilbilitana de treinta y nueve años, vecina de Villarreal de los Infantes (Castellón), que presentaba el importante récord de diecinueve hijos, todos vivos, por fortuna. Los tres primeros los tuvo con su marido, un ebanista de Calpe que murió en 1926; trasladóse la viuda a Sagunto, donde tenía una hermana y se enredó con su cuñado, del que alumbró un par de gemelas. Las sórdidas costumbres y la intransigencia carca de las gentes de la época la obligaron a abandonar la heroica población, asentándose entonces en Benidorm, un pueblecito de pescadores tranquilo y solitario. Allí conoció al Batiste, mocetón apasionado que le hizo cinco criaturas, a lo largo de otros tantos años de amancebamiento. Cuando entró en vigor la ley del divorcio de la II República, separóse el Batiste de su mujer canónica para casarse

civilmente con Faustina y tener otros dos hijos, dentro ya de la más estricta legalidad.

Murió el alicantino a comienzos de agosto del 36, en el frente de Teruel, con el grado de sargento de las Milicias Populares Antifascistas. Confortado su dolor con la pensioncita que le quedó, la viuda consoló también su soledad con el secretario del comité local de la CNT (dos criaturas más), y, ya terminando la guerra, con un alemán de las Brigadas Internacionales (otros mellizos, ahora varones). Los hijos decimoséptimo y decimoctavo procedían de padre indeterminado; aunque, haciendo memoria, Faustina llegaba a la conclusión de que uno era del carnicero del pueblo, y al otro podían optar con méritos parecidos el delantero centro del equipo local de fútbol y don Matías, sacristán de la parroquia. El padre que, en cambio, no ofrecía la menor duda era el de la decimonona consecuencia de su ardoroso temperamento: una niña preciosa, de siete meses nada más, nacida en Villarreal de los Infantes, a donde se había trasladado a vivir dos años atrás y donde congenió prontamente con don Ángel C. Jordán, el principal estraperlista del pueblo.

La feraz ciudadana esperaba ahora, en el Salón de Tapices del palacio de Oriente, a ser recibida por la jefa del Estado, que solemnemente le entregaría su bien ganado premio. Se había puesto un bonito traje color malva, cosido por ella misma y llevaba en brazos a la chiquitina, mientras los mellizos del combatiente alemán y las dos criaturas sin origen concreto quedaban al cuidado de Lucas, el hermanastro mayor —veinte años ya—, que se las veía y se las deseaba para mantenerlas calladas. Las demás personas que también esperaban audiencia contemplaban con benévola condescendencia, y aun con evidente simpatía, aquella muestra entrañable de unidad familiar.

A las once en punto, un secretario vino en busca de Faustina y compañía, hizo que le siguieran y las llevó hasta el antedespacho de la presidenta de la URSEE. Varias docenas de fotógrafos comenzaron a disparar sus flashes; instantes después se abría la puerta del fondo y aparecía, sonriente, campechana, encantadora, Dolores Ibárruri. La acompañaban Jesús Hernández, comisario de Instrucción Pública, Ramón J. Sender, de Cultura Popular y Propaganda, y Victoria Kent, de Justicia. La jefa del Estado abrazó emocionada a Faustina, besó a los pequeños, dio la mano a Lucas y antes de entregar el diploma y el anejo cheque de diez mil pesetas, pronunció unas palabras, tan breves como elocuentes:

—Rendimos homenaje a una mujer ejemplar. Una ciudadana de la URSEE que ha dado al partido diecinueve futuros militantes. Un espejo en el que todas las camaradas en edad núbil deben mirarse. Al otorgar por vez

primera este premio, que galardona la fecundidad, quiero destacar que la procreación es, en definitiva, un servicio al país, y por eso lo estimamos merecedor de recompensa. Camarada Faustina, ¡adelante! Espero que, al premiarte, estimulemos tu espíritu de superación. Y ojalá todas nuestras mujeres se afanen para seguir tus huellas, que marcan gloriosamente el camino que conduce a un porvenir lleno de juventud, lleno de esperanzas, rebosante de vitalidad. Camarada Faustina, eres la Gran Dama del PCE.

Fue una pena que la brillantez de las últimas frases quedara deslucida por el berreo que le entró a la decimonona, que acababa de hacerse caca y además de estropear la fiesta con sus llantos, llenó la sala de un olor infernal. Dolores se despidió de la galardonada, guardando ahora las distancias, habida cuenta del estado de la criatura, y los ministros que la acompañaban se limitaron a dedicar una sonrisa lejana a Faustina, al tiempo que se retiraban. Cierto era, por otra parte, que tenían bastante prisa, pues celebraban consejo media hora más tarde.

Y un consejo que se presentaba lleno de interés. El gobierno tenía que preparar el Reglamento de la Ley de Enseñanzas Universitarias, escuchar el informe del comisario de Guerra sobre la situación de las operaciones militares en Europa y, sobre todo, analizar muy a fondo el planteamiento que, a su juicio, debía hacer Dolores respecto de la postura de la URSEE frente a las presumibles exigencias que el mariscal Stalin iba a plantearle en el curso de la entrevista que celebrarían en Hendaya la semana siguiente.

Jesús Hernández comenzó a leer por encima el texto del reglamento universitario y, cuando andaba por su mitad, propuso:

—Señor presidente, si le parece y para ganar tiempo, dado lo muy apretado del orden del día, haré un resumen de la filosofía de esta disposición, que es, en definitiva, lo que importa.

—Hágalo —concedió Negrín.

—Se trata de los tres puntos básicos que deben servir de orientación a toda nuestra política universitaria y a los cuales habremos de acomodarla inflexiblemente. Primero, vigilancia estrecha en la concesión de becas y pensiones para los futuros docentes. Segundo, una vigilancia y una participación en las oposiciones a cátedras. Y tercero, una vigilante atención a las residencias y colegios mayores que van a empezar a funcionar.

—Me parece muy bien —opinó el presidente del gobierno—. Imagino que también a ustedes.

Hubo un murmullo de aprobación y continuó el doctor:

—Ciertamente, debemos mantener un rígido control político sobre los encargados de la enseñanza de nuestras juventudes, para asegurar su fidelidad ideológica, y eso se contempla perfectamente en los postulados que acaba de leernos el señor comisario de Instrucción Pública. En hora buena por tanto, Hernández.

—Gracias. Sin embargo, en honor a la verdad, debo decir que el texto que acabo de ofrecerles no es mío, sino de un joven colaborador, que hemos incorporado a nuestras filas, después de que descargara debidamente su conciencia respecto de antiguos errores políticos. Se llama Laín.

—Pues felicítele también en mi nombre. Y ahora, si les parece, oigamos al comisario de Guerra.

Enrique Líster abrió la voluminosa cartera de piel de cocodrilo, sacó de ella un puñado de folios y, sin mayores circunloquios, entró en materia:

—Mi opinión es que los rusos y los alemanes están retrasando en exceso la invasión de Inglaterra. Llevan casi tres meses de bombardeos, tienen más de sesenta divisiones junto al canal de la Mancha, con la ocupación de Gibraltar han asegurado el dominio del Mediterráneo, Rommel está a punto de tomar Suez, pero no se deciden a dar el salto. Francamente: les faltan huevos.

A los compañeros de gabinete no les impresionó la ruda expresión de Líster: estaban acostumbrados a sus tacos. Intervino el doctor Negrín:

—Es indudable que esa demora debe tener alguna justificación. Como considero importante que la conozcamos, he pedido al agregado militar de la embajada soviética que nos ilustrara al respecto. Está aguardando en mi despacho.

Hizo sonar un timbre y dijo al ujier, que se presentó con rapidez:

—Haga pasar al coronel Malinsky.

Enjuto de cara, muy rubio, con el pelo cortado a cepillo, Malinsky recuerda la estampa tópica del militar prusiano. Habla un español casi perfecto y con él va explicando a los ministros, muy atentos a sus palabras:

—El desembarco en Inglaterra es, obviamente, una operación militar sumamente difícil, que no puede emprenderse sin antes tener previsto y resuelto un conjunto de circunstancias, que van desde el equipamiento de la tropa, la determinación de las zonas más idóneas para establecer las cabezas de puente y la utilización de unidades navales especialmente preparadas para la acción, hasta el minucioso estudio de las previsiones meteorológicas, los análisis del estado moral de los habitantes de los primeros núcleos urbanos que puedan alcanzarse y la cautela acerca de posibles defensas subterráneas

que no hayamos podido detectar en los muchos vuelos de reconocimiento efectuados por nuestra aviación. Tenemos la certeza de que la artillería de costa y los radares ingleses, así como observatorios, casamatas, nidos de ametralladoras y líneas escalonadas de protección antitanques, están destruidos, al menos en un ochenta por ciento. Pero los servicios secretos han alertado respecto de una importante infraestructura construida en el subsuelo, aprovechando la rocosidad de muchas zonas de la costa del canal de la Mancha. Lo cual anticipa el riesgo de desembarcar sobre una tierra que puede, súbitamente, estallar bajo nuestros pies.

Desenrolla un mapa de las islas británicas que traía debajo del brazo; lo extiende sobre la gran mesa del consejo.

—Tales subterráneos existen en la isla de Wight y a lo largo de las líneas Dover-Brighton, Southampton-Dorchester y Exmouth-Plymouth, así como en el recodo del cabo Cornwall. Excavadas a una profundidad nunca inferior a veinte metros, es evidente que ni las más pesadas bombas de que actualmente disponemos, pueden afectar a semejantes defensas.

Enfatiza la voz y con indudable triunfalismo, comunica a continuación:

—Pero ustedes, ministros de un país amigo, casi aliado, diría yo, deben saber que dentro de poco dispondremos de un arma nueva, un arma decisiva, fruto de la cooperación de científicos soviéticos y alemanes, capaz de horadar el suelo británico, alcanzando esas defensas que Churchill considera inexpugnables. Se trata de las V-1 y las V-2, así las llamamos, actualmente en fase definitiva de terminación en docenas de fábricas, situadas, naturalmente, en parajes secretos. Ya estamos instalando las plataformas de lanzamiento en las costas de Dieppe, Fécamp, El Havre y Cherburgo. Cuando estén en disposición de ser utilizadas, en tres días arrasaremos literalmente todo el sur de Inglaterra, hasta las mismísimas entrañas de la tierra. Habrá llegado entonces el momento de atravesar el canal, en la seguridad de que el desembarco será un éxito.

Un silencio admirativo se cierne sobre la sala, mientras Malinsky recoge el mapa y, muy secamente, pregunta:

—¿Alguna aclaración?

El comisario de Guerra le interpela:

—¿No hay posibilidad de que los ingleses localicen las fábricas de esos artefactos y las bombardeen?

—Ninguna.

—¿Está debidamente comprobada su eficacia? —dice Valentín González.

—De modo absoluto.

—¿Es realmente total la compenetración entre los estados mayores de la Wehrmacht y del ejército ruso? —se interesa Vicente Uribe.

—Tan plena que vean ustedes el emblema común que, justamente desde hoy, lucirán en sus uniformes los soldados de las divisiones de asalto.

Señala su guerrera, donde luce una estrella roja de cinco puntas, con la negra cruz gamada en su interior.

—¿Y la moral del pueblo soviético?

—Inmejorable. La decisión del Politburó de enardecer el patriotismo ruso con la exaltación, debidamente matizada, de viejas glorias históricas, como Iván el Terrible y la misma Catalina, ha dado óptimos resultados. Al fervor comunista, bien notorio en nuestro pueblo, hemos añadido ahora el entusiasmo histórico.

—¿Y cuándo calculan poner en marcha la operación?

—El día D, a la hora H.

Interviene el presidente del gobierno:

—Muchas gracias, coronel. Su información nos confirma la clarividencia del mariscal Stalin y el rigor con que está preparando la ocupación de la Gran Bretaña.

—Buenos días, señores —se despide el ruso.

Mientras Negrín le acompaña hasta la escalera, se desatan los comentarios, las admiraciones y los entusiasmos. Líster levanta más que nadie la VOZ para manifestar:

—Esos rusos son cojonudos; además, deben tener un dineral.

—Ahí podéis ver los resultados del comunismo bien interpretado.

Regresa el presidente y toma la palabra, para reanudar la sesión del consejo:

—Estoy tan sorprendido como ustedes y, ni que decir tiene, del todo emocionado. El conocimiento de estos formidables planes deberemos tenerlo muy en cuenta cuando abordemos el tema de la entrevista que ha de celebrar la jefa del Estado con el mariscal Stalin. Antes de entrar en él, veamos qué asuntos de trámite quedan pendientes…

Pide la palabra Sender.

—En Jerez va a celebrarse la Fiesta de la Vendimia y querían llevar a cabo, no sé por qué, un homenaje a Shakespeare.

—¡Prohibido! ¡Faltaría más! Todo lo que huela a inglés hay que proscribirlo. Que homenajeen a Tolstói o a Dostoievski o a Gógol.

—Pero, presidente, esos autores no los ha leído nadie.

—Pues a Goethe. Goethe sí que suena.

El gesto de algunos ministros parece disentir del optimismo cultural del doctor. Por si algo faltara, Victoria Kent, apunta:

—Lo malo es que, al hablar de Goethe, siempre se citan sus últimas palabras; aquellas de *luz, más luz*. Y conociendo la guasa de los andaluces, van a decir que mientras se estaba muriendo, pensaba en nuestras actuales restricciones eléctricas.

—Sí; es mejor descartarlo —confirma Negrín.

—Entonces, Schiller —sugiere Sender—. Resulta mucho más comprensible…

—De acuerdo: homenaje a Schiller. Hable con el embajador alemán para que colabore y puedan representar *Don Carlos* en Jerez, naturalmente en idioma original y por alguna compañía de teatro que nos manden de Berlín. Eso da mucha categoría; nadie se entera de nada, pero los críticos se extasían.

El doctor reclama con un gesto la atención de sus ministros.

—Vayamos ya al importantísimo tema de la entrevista de Hendaya. Aunque resulta ocioso, debo hacerles una previa advertencia: cuanto aquí tratamos, bien lo saben ustedes, es siempre secreto. Pero en este caso mucho más. Yo diría, si me permiten la palabra, que secretísimo. Por lo que debo encarecerles la más impenetrable de las discreciones. Nadie, absolutamente nadie, puede conocer lo que inmediatamente debatiremos.

El gabinete cumplió con total fidelidad su obligación de guardar un silencio absoluto. Por lo cual, nada podemos decir acerca de aquel debate.

La jefa del Estado llevaba ya dos días en San Sebastián, aunque dentro de la mayor reserva. Llegó de noche, se instaló en el palacio de Ayete y allí mantuvo largas sesiones de trabajo con el doctor Negrín, con el comisario general del ejército y con varios asesores económicos. Líster y Valentín González asistieron también a algunas de las reuniones. Nada había dicho la prensa acerca de la presencia en la capital donostiarra de tanta ilustre personalidad; ni siquiera el *lehendakari* Aguirre fue informado de ella. Los egregios mandatarios, embebidos en su histórica labor, prepararon un voluminoso *dossier* que serviría como pauta para la conversación de la presidenta con Stalin. Pasaron las horas perfilando detalles, acumulando datos, anotando observaciones y solo abandonaron su tarea para despachar frugalmente unas langostas del Cantábrico, algunas cocochas, tal o cual cazuelita de angulas, algo de marmitako, una pizca de pilpil y, en el caso

concreto de Dolores Ibárruri, buenas raciones de sardinas a la plancha, que le traían la nostalgia de sus tiempos juveniles, allá en Santurce.

El día 19, miércoles, una llamada telefónica del embajador Rosenberg confirmó que el mariscal soviético llegaría a la estación de Hendaya el siguiente día, a las dos y media en punto de la tarde. Esa noche, las agencias periodísticas transmitieron una insólita noticia: en la Cámara de los Comunes, Winston Churchill había dicho en su discurso *siempre hemos querido el bien para el pueblo español*, extendiéndose después en elogios a España y vagas promesas de recompensas futuras, si mantenía su neutralidad.

—Evidentemente, ya se han enterado de la entrevista de mañana —comentó Negrín—. El *Intelligence Service* sigue funcionando…

A las 13.15 salió de la estación de San Sebastián el convoy presidencial, compuesto por una locomotora último modelo (1935), que remolcaba un coche de primera clase y el *break* privado en el que Dolores solía viajar siempre. Era un vagón con salón-comedor, donde brillaban las caobas y los cobres y que atendían camareros de guante blanco y mirada inexpresiva; una sala más pequeña, a modo de despacho y tres salones-cama, con sus correspondientes cuartos de baño. Uno lo ocupaban Dolores y el comisario Antón; los otros dos, Negrín y Líster. En el vagón de primera viajaba la escolta: el general Cordón y varios jefes militares, el traductor oficial, Tovar, Valentín González y los directores del *Pravda* español y de *Claridad*, venidos aquella misma mañana de Madrid.

El viaje fue muy lento no solo a causa del pésimo estado de las vías, sino porque era necesario controlar la marcha, de modo que la llegada a Hendaya se produjera exactamente a las 14.25. Y a esa hora en punto entraba el convoy en la estación fronteriza y se detenía junto al andén central, en espera del tren que conducía al jefe soviético. El cual no fue tan puntual, ni mucho menos; hasta las 15.05 no entró en agujas. La delegación de la URSEE entretuvo nerviosamente la espera en el salón-comedor, hablando poco, bebiendo los caballeros algún que otro whisky y solo agua mineral la jefa del Estado. Cerca de las tres, Líster había comentado:

—Parece que el camarada Stalin viaje con la MZA.

Nadie le secundó la gracia. Cuando un toque de clarín anunció, por fin, la llegada de los rusos, Dolores y sus acompañantes descendieron al andén; la presidenta pasó revista a una compañía de infantería del Regimiento Guadalajara, con bandera y música, dirigiéndose seguidamente hacia el tercer vagón del ferrocarril soviético, que se detenía chirriando y entre humos. Al instante apareció en la portezuela José Stalin, vestido de uniforme militar sin

condecoraciones, bajó con agilidad los tres escalones y estrechó, reiterada y efusivamente, la mano de Dolores, dándole después sendos besos en cada mejilla. La compañía rusa de honores presentó armas y, a los sones de la vibrante marcha militar *Los cosacos del Don*, ambos jefes de Estado revistaron la compañía de honor soviética. Impresionaba el contraste entre estos soldados, impecablemente uniformados, firmes como estatuas, todos de igual estatura —1,80— y con sus modernísimos fusiles parpadeando en brillantes reflejos, y los españoles, mal trajeados, en imperfecta formación, con vetustos máusers como dotación.

Presentaron recíprocamente los presidentes a sus séquitos y en seguida subieron al vagón de Stalin este y Dolores, acompañados tan solo por los intérpretes oficiales, mientras Negrín, Antón y Líster pasaban a otro vagón, con Vorochilov, Suslov, Molotov y los intérpretes, y el resto de acompañantes quedaba en el andén, en informal conversación (también por mediación de terceros, como es de suponer). Las compañías de honores volvieron a la posición de descanso, mientras en el exterior de la estación, centenares de soldados y de policías vigilaban metro a metro los alrededores.

Stalin, la tez bronceada, el bigote ya entrecano, los ojos mirando con dureza, las palabras brotándole como impactos. Dolores, pálida, casi marmórea la piel, un mechón blanco salpicándole el cabello, recogido en su moño de siempre, ilusionados los ojos, grave la voz. Añoranzas mutuas en el comienzo de la conversación[1] (1).

—Muchos años sin vernos, Dolores.

—Desde el Congreso de Moscú, en el treinta y cinco…

—Hechos muy trascendentales han sucedido desde entonces. Nuestra victoria en la guerra de España, la consolidación en vuestro país del partido, la alianza de la URSS con Alemania, la guerra europea…

—Pero, aun sin vernos, nuestros contactos fueron continuos. Ni un solo paso hemos dado sin contar con tus consejos y con tus instrucciones.

—Tal como debe ser, pues en el partido desaparecen nuestros individualismos y aprendemos a pensar en términos de colectividad. En él nos sumamos todos, unidos en el afán de construir un mundo nuevo, que sintetice los sueños de los revolucionarios, a lo largo de nuestra historia, y el ideal máximo de Lenin: la Internacional Comunista.

—Creo que la estamos sirviendo sin vacilaciones.

—Así es. Espero que sigáis haciéndolo, sin reparar en sacrificios. La colaboración de vuestro país ha de resultar decisiva en la victoria final de nuestras armas.

—Estamos a tus órdenes, camarada.

—La guerra va a terminar en Inglaterra. Tanto el *Führer* como yo estamos convencidos de que la lucha será muy dura; pero confiamos en el triunfo de una manera total. La postura de los comunistas frente al capitalismo británico se resume en la frase de nuestro gran escritor, tu amigo Ilia Ehrenburg: *nuestra venganza será ciega*. Para conseguirla, renunciamos oportunamente a diferencias de matiz con el nazismo, convencidos de que estábamos mucho más cerca de su doctrina que del aburguesamiento británico.

—Gran verdad.

—La alianza está resultando bastante mejor de lo que podíamos esperar; debo decirte que me he compenetrado con Hitler de forma casi total y que coincidimos en las líneas básicas de nuestro ideario. En realidad, los dos queremos lo mismo: dominar Europa, para acabar dominando el mundo. Por supuesto que hemos delimitado nuestros respectivos territorios y no hay problema alguno en esto. Naturalmente, España, es decir, la URSEE, queda adscrita a la órbita soviética.

—Ya lo suponía: ese era nuestro deseo más ferviente.

—Sabes bien que Lenin soñó siempre con implantar el comunismo en vuestro país, plataforma natural para saltar a la América de habla española. En la Nueva Europa vais a ser la punta más avanzada de la Internacional Comunista.

—¿Y Francia?

—Por elementales razones históricas, Hitler quiere convertirla en un Estado satélite del Reich. Como los Países Bajos. Sobre Inglaterra hemos de hablar mucho todavía; no te oculto que nos creará problemas y habrá que mantener la ocupación militar compartida durante años. Después posiblemente la dividiremos. Los Balcanes, Hungría y Checoslovaquia también serán repúblicas adheridas a la URSS; Polonia nos la repartiremos. A Mussolini le contentaremos con Albania y algunos territorios africanos.

—Nosotros quisiéramos ampliar nuestra zona de protectorado en Marruecos… Quizá llegar hasta Orán…

—Ya imagino. Pero resulta prematuro asegurar nada; antes tenéis que hacer méritos.

—Nos pediste que dejáramos a los alemanes pasar hasta Gibraltar y no dudamos en hacerlo.

—El *Führer* está muy agradecido. Yo también, por supuesto… Ahora, nuestra próxima colaboración está clara: las Canarias.

Dolores no puede reprimir un gesto de desagrado, a la vez que comenta:

—Las Canarias son territorio español… Forman una de las Repúblicas Autónomas de la URSEE…

—Lo sé, lo sé. Consistirá simplemente en una cesión temporal; hay que prevenir la posible reacción de Estados Unidos ante el desembarco y, en todo caso, controlar sus envíos de material de guerra a los ingleses. La posición estratégica del archipiélago resulta fundamental para nuestros planes.

—No sé cómo sentará en el país…

—Tampoco se trata de una ocupación inmediata. Tienes por delante varias semanas para ir preparando al pueblo.

—Pero eso supone la declaración de guerra a la Gran Bretaña. Y sabes que no estamos en disposición de afrontar semejante situación. No tenemos comida, no tenemos armamento suficiente, no tenemos…

—Para entonces, Inglaterra carecerá ya de capacidad de reacción: estaremos luchando en sus propias islas. Además, debes presentarlo como un golpe de fuerza del Eje, al que no has podido oponerte, precisamente por esas enormes necesidades, que me constan. Lo siento, no cabe otra solución. Necesitamos las Canarias. Y no olvides que tenemos cuarenta divisiones en la frontera franco-española…

—Lo comprendo, lo comprendo. Se hará lo que tú ordenes. De todos modos, hemos elaborado un informe muy completo sobre la situación económica del país y nuestras más acuciantes exigencias, que deberías conocer…

Coloca sobre la mesa el voluminoso dossier y hace ademán de pasar algunas hojas. Stalin pone su mano derecha sobre los papeles.

—Ya lo estudiaremos oportunamente. Más que lo que ahí puedas contar, importa la situación del partido en España. La NKVD me informa poco satisfactoriamente sobre algunos camaradas; podría ahora mismo darte los nombres de aquellos que no estarán de acuerdo en aceptar lo que te estoy ordenando. —Rectifica en seguida—: Lo que te estoy proponiendo, vamos…

—Supongo a quiénes te refieres…

—No es que sean exactamente enemigos del comunismo; pero siembran la confusión y el desconcierto en nuestro campo. La experiencia bolchevique nos demuestra que esta clase de trotskistas resultan peligrosos y hay que seguir con ellos la natural terapéutica…

Stalin observa un gesto de extrañeza en su interlocutora.

—Me refiero a eso que nuestros enemigos llaman *purgas*. Son tan dolorosas como necesarias. Pero tendrás que aplicar el sistema con varios de tus actuales colaboradores, acerca de los cuales te he preparado suficientes referencias. No son muchos; algunos de los antiguos socialistas que nombraste embajadores, como Prieto, que está hecho todo un conspirador; dos o tres miembros de la ejecutiva y un ministro.

—¿Un ministro? —se asombra Dolores.

—Sí. José Díaz. Es un traidor a la causa.

—Ya me lo había advertido Paco, a quien odia; pero nunca llegué a pensar…

—En el informe confidencial que te entregaré encontrarás pruebas sobradas. Dada su personalidad, habrá que buscar una forma inteligente para eliminarle. He ordenado que la NKVD te envíe a Madrid uno de sus mejores agentes, muy experto en esta clase de operaciones. Figurará como agregado laboral de nuestra embajada; confíate a él.

—Por supuesto.

—¿Qué tal te llevas con Carrillo?

—Muy bien. No irás a decirme…

—No, no. Santiago es de una fidelidad absoluta a la causa. Solo que a veces le pierde la ambición; te sugiero que le hagas secretario general del PCE, para tranquilizarle.

—Pero ese cargo lo estoy desempeñando yo…

—Tú tienes bastante trabajo con la jefatura del Estado. Además, nos conviene dar la sensación de cierta movilidad política. A cambio, que te nombren presidenta honoraria del partido.

—Lo que tú digas, camarada.

—Dolores, te considero una de mis más espléndidas colaboradoras. Lo he manifestado públicamente durante la última reunión del Buró Político del PCUS. En la cual, por cierto, hemos comenzado a discutir la posible disolución de la Komintern… Sí, no te asombres. Necesitamos reforzar el carácter nacional de los partidos comunistas de cada país; con ello será mayor la unión de nuestros camaradas en las distintas repúblicas socialistas. De cara a la nueva Europa, la II Internacional podía resultar un elemento perturbador. Aunque, por supuesto, el centro universal del comunismo seguirá estando en el Kremlin…

Han sido dos horas largas de conversación. Mientras, en el otro vagón, Negrín y sus acompañantes asistían —sin posible réplica— a una larga y pesada lección de estrategia militar, a cargo de Vorochilov, y a las

explicaciones político-económicas de Molotov y Suslov. Los monólogos cesan cuando un ayudante avisa que los jefes de Estado están a punto de concluir su reunión. Los séquitos bajan al andén; a poco, lo hacen José Stalin y Dolores Ibárruri, ambos muy sonrientes. Se repite el ceremonial militar. Se repiten los besos y los apretones de mano. Se repiten las fotos. La presidenta de la URSEE y su cortejo despiden, puño en alto, al jefe soviético, cuyo tren arranca camino de París. El de los españoles lo hace después, en dirección a Irún.

Dolores se encierra con Negrín en la sala-despacho.

—Estoy impaciente por conocer lo que han tratado —dice el doctor.

—Alguno de los temas debe quedar exclusivamente entre usted y yo…

—Ya imagino. Pero dígame…

—Antes de entrar en detalles y como resumen: Stalin ha confirmado el gran aprecio que siente por nuestro país. Su postura no puede ser más generosa. Su talento político ha vuelto a impresionarme.

—Pero ¿quiere que entremos en la guerra?

—En cierto modo, no. Escúcheme con atención…

La noticia se difundió por la radio a primeras horas de la noche: el comisario del Trabajo, José Díaz, había perdido la vida en un lamentable accidente. Por causas que se desconocían, cayó por la ventana de su despacho, en el tercer piso, estrellándose contra el patio central del edificio del ministerio. El gobierno hacía constar su profundo dolor ante la pérdida de tan ejemplar camarada y rogaba al pueblo de Madrid que se asociara al duelo oficial. En la capilla ardiente, instalada en el salón principal de la sede del PCE, los ministros velaron por turnos el cadáver, y la jefa del Estado acudió en persona a testimoniar su pésame a la familia. El entierro constituyó una emocionante prueba de solidaridad comunista ante el dolor. Millares de personas presenciaron en dramático silencio el paso de la comitiva fúnebre y todos los edificios oficiales colocaron sus banderas a media asta; en muchos balcones aparecían banderas rojas con crespones negros.

El mismo día del sepelio de Díaz, Antonio Tovar, intérprete oficial de la entrevista de Hendaya, desapareció durante el transcurso de una cacería en la provincia de Cuenca, en la que participaba, entre otras personalidades, el nuevo agregado laboral de la embajada soviética. Fuerzas de la Guardia Nacional Republicana y numerosos paisanos voluntarios buscaban al joven profesor, aunque el temporal reinante hacía difíciles sus trabajos. Se temía

que Tovar, poco conocedor del terreno, hubiera podido extraviarse a causa de la niebla, precipitándose por algún desfiladero.

A miles de kilómetros de distancia, en Ciudad de México, desaparecía también Indalecio Prieto. Pero en este caso se trataba de una fuga perfectamente planeada por quien fuera gran especialista en la materia. El hasta entonces embajador de la URSEE, cuyos servicios informativos funcionaban a la perfección, había puesto tierra por medio al recibir puntual noticia de las instrucciones impartidas desde Madrid a unos agentes rusos destacados en la capital azteca. Refugiado ahora en una vieja misión de California, vestido con hábitos franciscanos, que le sentaban perfectamente, don Inda acababa de poner un telegrama a Gil Robles, según el texto convenido si se decidía a colaborar en los proyectos del ex jefe de la CEDA:

—Juanito aprobó los exámenes.

El júbilo que semejante adhesión hubiera producido a don José María en otras circunstancias se trocó en amarga decepción. Para entonces, el montaje del pretendido Bloque Democrático de Salvación Nacional se había ido al traste, ante la imposibilidad de poner de acuerdo a sus promotores en lo referente a la presidencia del mismo. Aspiraban a ella, con iguales pretensiones excluyentes de los demás candidatos, todos y cada uno de los firmantes del preacuerdo. Rotas las negociaciones, se anunciaba ahora la creación de siete distintos grupos de *salvación nacional*, cada uno de los cuales se ofrecía desde el exilio como la más clara opción de gobierno moderado para el futuro de España.

FICCIÓN NOVENA

Las repercusiones de la entrevista de Hendaya • Manifiesto de don Juan de Borbón • Declaraciones de Franco • Significativos cambios ministeriales • Una multa al joven escritor Camilo José Cela • Profunda reorganización de la administración de Justicia • La consoladora actitud del clero progresista • «Pax Rusiana» y los derechos humanos • Una sociedad justa y equilibrada • Cacerías políticas • En el tercer aniversario del final de la guerra civil se celebra brillantemente en todo el país el día de la Victoria • Y sin embargo el horizonte es oscuro…

Los medios de comunicación dieron una mínima información de la entrevista de Hendaya. En realidad, se limitaron a reproducir la nota oficial facilitada por el gobierno, cuya concisión iba pareja con su ambigüedad: *En el día de ayer y en la estación fronteriza de Hendaya mantuvieron una entrevista de más de dos horas de duración el mariscal José Stalin y la presidenta de la URSEE, Dolores Ibárruri, durante la cual ambos estadistas analizaron la actual situación del conflicto europeo y el futuro del continente, así como el papel a desempeñar por nuestro país una vez instalado el Nuevo Orden. La conversación se desarrolló en términos de extrema cordialidad, lógica consecuencia de las inmejorables relaciones que la URSEE mantiene con el Eje RomaBerlín-Moscú.*

Tan parca comunicación propició el desencadenamiento de toda clase de conjeturas y bulos, tanto en los estamentos políticos oficiales (a quienes no se facilitó información complementaria alguna) como entre el pueblo. Pero las difíciles exigencias cotidianas pronto se impusieron a las suposiciones y a las profecías y la gente siguió, mayormente, dedicándose a la búsqueda de alimentos para subsistir y de ingresos adicionales con que apuntalar las magras economías familiares. La cómoda teoría del avestruz se impuso a cualesquiera consideraciones de futuro, haciendo buena una copla por entonces muy de moda:

—Que no me quiero enterar, no me lo cuentes vecina; prefiero seguir penando a conocer la verdad…

En el extranjero, en cambio, los comentaristas y, sobre todo, los políticos en el exilio valoraron debidamente la importancia de la entrevista. Don Juan de Borbón, desde su residencia de Lausana, publicó un manifiesto en el que hacía constar su honda preocupación ante la toma de postura del gobierno de la URSEE, tan claramente decantada en favor del Eje Roma-Berlín-Moscú, expresando sus temores por las consecuencias que semejante actitud pudiera acarrear, caso de que la guerra cambiase de signo, y ofreciéndose como la única solución viable para España en semejante supuesto. El texto comenzaba diciendo: *Españoles, conozco vuestra dolorosa desilusión y comparto vuestros temores*. Analizaba después el difícil estado del país, juzgaba prematura la confianza del gobierno Negrín en una derrota de las democracias y recordaba que *solo la monarquía tradicional puede ser instrumento de paz y de concordia para reconciliar a los españoles*. Este manifiesto quedó prácticamente inédito en el país; la censura prohibió toda referencia al mismo en los medios informativos y las copias clandestinas que se imprimieron fueron recogidas rápidamente por la policía, de modo que apenas tuvieron circulación.

Tampoco se autorizó la difusión de las declaraciones efectuadas en su exilio del Paraguay por el ex Generalísimo a un corresponsal de la *United Press*. En ellas decía Franco que *vender la piel del oso antes de cazarlo resulta sumamente arriesgado y nadie puede asegurar en estos momentos que la Gran Bretaña esté definitivamente derrotada*, extendiéndose en consideraciones estratégicas y tácticas acerca de las dificultades que entrañaba el proyectado desembarco, además de apuntar que *no puede olvidarse que países muy poderosos de más allá del Atlántico quizá no acepten con indiferencia el hundimiento del imperio británico*. Preguntado acerca del manifiesto de don Juan, se limitaba a comentar: *El infante es un gran patriota, aunque quizá carece de suficiente información y está rodeado de personas que no siempre le aconsejan con la debida prudencia*.

En la Cámara de los Comunes, Churchill contestaba con rotundidad a una interpelación: *Siempre hemos mantenido una postura amistosa con España. Comprendimos las circunstancias de grave estado de necesidad que le obligaron a transigir con el paso de los ejércitos alemanes hacia Gibraltar; pero no estamos dispuestos a tolerar ninguna nueva actitud que pueda perjudicar los intereses británicos. Si quieren la guerra, la tendrán y con todas sus consecuencias. En este sentido, el gobierno de su majestad ha*

remitido una enérgica comunicación al del doctor Negrín. Por supuesto que tampoco la prensa de la URSEE dio noticia alguna sobre estas palabras del *premier* británico.

El secretario de Estado norteamericano citó con urgencia en Washington al embajador Giral, celebrando con él una larga entrevista, cuyo contenido permaneció en el más absoluto secreto. Significativamente, sin embargo, el gobierno de Madrid decretó la movilización anticipada de dos quintas, y las costas de Gran Canaria, Las Palmas y Tenerife fueron artilladas a toda prisa, con material procedente de Alemania. Al mismo tiempo, el doctor Negrín procedió a un reajuste a fondo de su gabinete. Continuaba reservándose la cartera de Estado, pero cedía la de Hacienda en favor de Marcelino Pascua, a quien sustituía Antonio Mije en Obras Públicas. Pasaba a Trabajo, en lugar del difunto José Díaz, el prestigioso comisario político y antiguo sindicalista, Simón Sánchez Montero. Aunque los dos nombramientos más reveladores eran los de Máximo de Gracia, tenido por uno de los hombres duros del partido, como subcomisario general de Seguridad y, sobre todo, el de Manuel Tagüeña como nuevo ministro de la Guerra. Considerado el más capaz de los generales comunistas, tanto por sus conocimientos castrenses como por su formación intelectual, relevaba a Líster, en clara demostración de la singular importancia que el presidente Negrín concedía a los temas militares. Naturalmente, Francisco Antón seguía al frente del Comisariado General, pues no en vano continuaba también ejerciendo como *queridísimo*.

Pese a todo, la indudable zozobra política no trascendía aparentemente en la calle. El pueblo, mal informado (y sin demasiado interés tampoco, por estarlo mejor), hacía chistes a propósito de los gasógenos, unos curiosos artefactos, orgullo —según la propaganda— de la industria nacional, que intentaban paliar en lo posible la falta de gasolina. Con ellos, los automóviles caminaban mal; pero algo caminaban. Las forzosas carencias de artículos alimenticios de primera necesidad se amenguaban (en lo posible) con los llamados sucedáneos: en lugar de azúcar, sacarina; malta, por café; aceite de soja, en vez del tradicional de oliva; boniatos, para sustituir a las patatas. La imaginación de las amas de casa se manifestó esplendorosamente; de modo que muchas consiguieron elaborar tortillas de patatas, sin huevos y sin patatas y hasta el clásico cocido, sin garbanzos, patatas, carne ni tocino. Los primeros se sustituían por cacahuetes debidamente preparados y la fantasía (y el apetito) ponían el resto.

Por los demás, los espectáculos y las diversiones funcionaban a tope. En Barcelona causa furor una compañía alemana de revistas, *Los Vieneses,* que llena el teatro del Paralelo, donde actúa y asombra por la magnificencia de sus montajes. El fútbol arrastra cada día mayores masas; en la semifinal de la Copa de la URSEE, el Madrid elimina al Barcelona colocándole un 13-0 en Chamartín. Dimite, como consecuencia de tan sonora derrota, el *conseller d'esports* de la Generalitat, que echa la culpa de la paliza al árbitro del partido, por su manifiesta parcialidad; una vez más se crispan las relaciones de la República Autónoma de Catalunya con el gobierno central. El Comisariado de Cultura Popular publica una nota, achacando la responsabilidad del resultado, por partes iguales, a la pésima defensa del equipo azulgrana y a la eficacia rematadora del delantero *merengue* Barinaga; tan simplificadora explicación no convence, sin embargo, a los hinchas *culés*.

Un asiduo de las tertulias literarias del café Gijón, de Madrid, Camilo José Cela, es detenido y pasa unas horas en la comisaría del distrito, por insultar a voz en grito (y muy sonora es su voz y muy airados fueron sus gritos) a los funcionarios de la censura, que han prohibido de comienzo a fin su novela, *La familia de Pascual Duarte,* por considerarla negativa, cruel, desmoralizadora y, en definitiva, contraria a los principios éticos del partido, de la Constitución y de la misma URSEE. Se recomienda al joven e irascible escritor gallego que revise el texto, acentuando la nociva influencia de la burguesía, el clero y el capitalismo en la conducta del protagonista, de modo que quede bien claro que la perversidad de su conducta y hasta su desequilibrio se hubiesen evitado de haber recibido a tiempo el mensaje social de Lenin.

Ha de intervenir asimismo la policía para desbaratar las insensatas tentativas de un clandestino colectivo feminista, integrado por antiguas afiliadas a la FAI, que se empeña en reivindicar presuntos derechos de la mujer, algunos tan descabellados como ser aceptadas en el servicio militar, ejercer la profesión taurina, integrarse en la policía municipal y actuar como taxistas y conductoras de tranvías. En el colmo del delirio, estas feministas exigen que las autoridades médicas estudien la posibilidad de operarlas de próstata. Y se quejan amargamente del machismo imperante, que se demuestra en actitudes tan torpes como el piropo callejero, la estúpida alabanza de los muslos de las vicetiples en los escenarios de revista y el ridículo hábito, a todas luces obsoleto, de ceder el paso a las mujeres y hasta ofrecerles el asiento en el autobús.

La eficaz labor de Victoria Kent al frente del Comisariado de Justicia se patentiza en una prolija legislación, que introduce aires modernos en los

vetustos códigos. Ha creado el Comisariado General Judicial, como órgano máximo de control de los tribunales, cuyos jueces y magistrados son designados por dicho organismo, terminando así con la vieja manía de las oposiciones, tan frustrantes. Una cuidadosa selección de los funcionarios de la administración de Justicia elimina de ella a cuantos no compartan los ideales del partido; en lo sucesivo, podrán ser puestas al frente de los juzgados personas que, aun sin una estricta formación jurídica, posean suficiente sentido común y, sobre todo, una identidad política que les permita interpretar fielmente los textos legales. Algunas veladas críticas de ancianos juristas que, intoxicados por tantos años de leguleya degradación, se permiten insinuar que con el nuevo sistema de provisión de plazas en la judicatura y de composición de las altas magistraturas —Supremo, Tribunales Sumarísimos y de Represión de Actividades Antidemocráticas y Comisariado General— se vulnera el histórico principio de la separación de poderes, son brillantemente fulminadas por la señora Kent:

—Salir a estas alturas con semejante monserga es ridículo. Montesquieu está pasado de moda. Hay que enterrarlo ya de una vez.

La eficacia del nuevo sistema judicial se pone de manifiesto en la rápida resolución del sumario instruido contra unos funcionarios del Comisariado de Industria, acusados de traficar con sus influencias, en beneficio de ciertos especuladores de terrenos. El presidente Negrín tiene especialísimo interés en que recaiga sobre ellos todo el peso de la ley, precisamente porque uno es primo hermano suyo, y el otro, cuñado del comisario de Agricultura. Los procesados habían percibido importantes comisiones sobre las ventas de unos solares expropiados por el Estado que, gracias a su mediación, fueron otorgados a una sociedad presidida por el conocido hombre de negocios Sarasqueta, un vasco muy vinculado al partido cuyas actividades culturales financia generosamente.

El gobierno recabó de los tribunales la máxima urgencia en la instrucción de las diligencias sumariales, así como una especial dureza en su fallo. A través de la radio, el propio doctor Negrín había declarado:

—Durante la II República, un político de tan lucido historial como Lerroux fue fulminado y su partido desapareció prácticamente, tan solo por haber recibido un reloj de regalo, en el famoso asunto del estraperlo. A estos delincuentes de hoy, que cobran millones por aplicar sus influencias en beneficio de terceros, hay que aplicarles todo el rigor de la ley, pues un Estado socialista no puede tolerar el menor asomo de corrupción en quienes han recibido la confianza del partido.

Los funcionarios prevaricadores fueron condenados a veinte años de prisión, declarándose además nulos de pleno derecho los negocios realizados merced a su fraudulenta intervención.

La actitud del clero español frente a la política religiosa del gobierno de la URSEE resultaba por demás contradictoria. Mientras muchos sacerdotes —generalmente de edad madura— no ocultaban su rechazo e incluso se excedían, con lamentable frecuencia, en sus críticas desde el púlpito a la situación del país (lo que les supuso más de una multa), bastantes curas jóvenes parecían encantados por la tajante separación entre Iglesia y Estado y por el laicismo de este, y se pronunciaban manifiestamente en contra de la tradicional doctrina vaticana. Eran los llamados *progresistas*, que defendían nuevas y revolucionarias ideas sobre el dogma, propugnaban una radical reforma de la liturgia y rechazaban rotundamente la afirmación de Pío XI, según la cual el comunismo era *intrínsecamente perverso*.

Muy jóvenes, muy inteligentes y muy combativos, los principales representantes de semejante movimiento renovador —Setién, Díez Alegría, Añoveros, Cirarda— confesaban avergonzarse de la actitud del pontificado español durante la guerra civil, rechazando con energía las posturas, según ellos inmovilistas y arcaicas, de otros sacerdotes —como el padre Llanos, S. J.— que decididamente se habían alineado en las filas de la Iglesia adicta al franquismo. Comprendían las muertes de los dieciocho obispos y los miles de religiosos ejecutados en la zona leal, habida cuenta de la claudicante actitud del Episcopado y el clero español frente a los excesos de la oligarquía capitalista y de su indiferencia ante los problemas sociales del país. Pretendían, en definitiva, un compromiso radical con la vida, sin perder la fe, pero caminando juntamente con ella en la madurez de la lucha en favor del mundo obrero. Y despreciaban la pura quincalla de la Iglesia de Roma, de Lourdes, de Fátima, de los templos cargados de tesoros, para aspirar, en cambio, a la libertad profética, la justicia, la colegialidad y, sobre todo, la democracia: a bajar al pueblo, atrayéndole con la predicación de la verdadera doctrina de Cristo, quien fue, en definitiva —decían—, el más claro precedente del socialismo marxista.

Tan renovadoras y, sin duda, lúcidas ideas eran apoyadas por grupos selectos de teólogos seglares, que se encargaban de difundirlas en conferencias y publicaciones, discretamente subvencionadas por el Comisariado de Cultura. Su principal líder, el joven y muy piadoso Joaquín

Ruiz, fue designado por el gobierno presidente de *Pax Rusiana*, organización dedicada a la defensa de estas nuevas orientaciones religiosas, las cuales atendían con especial cuidado temas hasta entonces tan olvidados como el de los derechos humanos. Cuestión, por supuesto, difícil de plantear con Europa en guerra; pero que era forzoso tener múy presente. Recordando, por ejemplo (y así lo hacían de continuo), las pavorosas infracciones cometidas en la materia por Gran Bretaña con su feroz represión en la India y en tantas otras de sus colonias. Incluso —¿por qué no reconocerlo?— los propios españoles, fanatizados por la Iglesia, habían cometido numerosos desmanes durante la colonización de América. La URSS y la Alemania nazi, por el contrario, daban un consolador ejemplo: si en alguna ocasión tuvieron que proceder con cierta violencia contra sus poderosos y crueles enemigos, lo hicieron en defensa propia y sin excederse jamás.

Joaquinito (como cariñosamente le llamaban sus muchos seguidores) desarrolló una ingente labor en pro de la verdadera cristianización de la sociedad, ganando muy pronto justa fama de democrática santidad. A nadie extrañó, por tanto, que fuera designado representante oficioso de la URSEE ante el Vaticano (con quien aún no se mantenían relaciones diplomáticas plenas) y al tomar posesión del cargo, con lágrimas en los ojos, manifestara en sus emocionadas palabras:

—Llego a este puesto en actitud de servicio, con intacta fidelidad para lo que el gobierno del doctor Negrín encarna dentro de la URSEE. He de servir modestamente todos los ideales que él representa. Siempre estaré presto a colaborar con el Estado socialista, desde cualquier lugar, cargo o empleo, y mi mayor ilusión será conseguirlo, de forma que pueda quedar subordinado a él, incluso cuando los años me impongan la jubilación en mi actividad pública.

Naturalmente, el gobierno veía con muy buenos ojos la tarea evangelizadora de estos grupos sacerdotales progresistas y de los teóricos laicos que los apoyaban, hasta el punto de plantearse incluso la posibilidad de asignarles ciertas partidas en los Presupuestos Generales del Estado, de donde habían sido radicalmente suprimidas todas las ayudas económicas al clero, desde que entró en vigor la Constitución del 39, en la que también se había prescrito la disolución de las órdenes religiosas. Victoria Kent defendió la propuesta en un consejo de ministros, con argumentos contundentes:

—Esos curas —dijo—, naturalmente, confiesan y hacen sermones y siempre predican una religión nueva, acorde con el marxismo. Su teología liberadora merece, por ello, nuestro total apoyo. Quién sabe si, en un mañana

próximo, no podremos conseguir la instalación en el país de una Iglesia propia, una Iglesia nacional y marxista que nada tenga que ver con esa otra, arcaica y oscurantista, que fue nuestra enemiga secular.

Sin embargo, y para evitar imputaciones de agravio comparativo, el gobierno acordó tan solo el pago de determinados subsidios en favor de las compañeras sentimentales de aquellos curas *progres* que las tuvieran (que eran muchos), con lo cual se les ayudaba indirectamente, sin que los viejos clérigos, anclados en la arcaica fidelidad a Roma, pudiesen alegar que estaban sometidos a un trato desigual respecto de sus innovadores y magníficos colegas.

Otra institución destacaba por su constante y eficaz actividad: la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, instalada en el que fuera palacio del marqués de Larios, en la avenida de Rusia. Mediante proyecciones cinematográficas, exposiciones de pintura y escultura, conferencias y simposios, ofrecía una imagen viva y actual de la gozosa realidad cultural rusa. Por sus salones pasaban a diario centenares de personas, entre las que nunca faltaban los más acreditados nombres de la intelectualidad española. La asociación patrocinó un concurso periodístico sobre la importancia del mariscal Stalin en el esplendor literario de la URSS, dotado con generosos premios y convocó asimismo los galardones Hoz y Martillo de Oro que se concederían a los mejores artículos publicados, que tratasen el tema *El comunismo, fuente de Paz y progreso*.

Pero el brillo cultural del régimen continuaba sin andar parejo con la situación general del país. A la insuficiencia de los sueldos se unía la cada día mayor escasez de productos básicos y el preocupante estado sanitario, ahora agravado por una epidemia de tifus exantemático ciertamente grave y sin poder erradicar las terribles lacras de la tuberculosis y las enfermedades venéreas… Para paliar en lo posible la crisis de suministros en materias de primera necesidad, el Estado —a través de la Comisaría de Industria y Comercio— inauguró una red de supermercados sociales, donde se ofrecían (contra corte de los cupones de racionamiento y solamente para militantes del PCE) artículos tan solicitados como orejones, pan de higo, carne de caballo, jureles, calabazas y mazorcas. Como, asimismo, jabón sintético, aceite de soja, cazadoras de piel de borrego y abarcas confeccionadas con el caucho procedente de neumáticos viejos.

Enormes colas se formaban ante los supermercados, desde primeras horas del día. Incapaces de competir con ellos, los antiguos colmados, las más prestigiosas tiendas de ultramarinos, las clásicas charcuterías, terminaron por cerrar sus establecimientos; con lo que el Estado vio hecha realidad su aspiración de monopolizar el sector alimenticio. También la pequeña y mediana empresa desaparecía a ritmo creciente, absorbida por las grandes empresas estatales. Así la URSEE se asemejaba cada vez más a su gran modelo soviético, suprimida la iniciativa privada en favor de los superiores intereses colectivos de la organización del partido, convertido ya en máximo impulsor de la economía del país.

Consciente de la conveniencia de estimular la ilusión del pueblo mediante el infalible anzuelo de la fortuna, aumentó el gobierno la dotación de la Lotería Popular, creando además un nuevo sorteo, el que se llamó —paradójicamente— Vieja Lotería, pronto introducido en la afición de las gentes. No prosperó, en cambio, la sugerencia de restablecer los llamados *iguales*, el cupón en beneficio de los ciegos, ya que, por tratarse de un invento del franquismo, era del todo inaceptable en el nuevo régimen. A cambio, se instituyeron las quinielas de fútbol, en las que no solamente había que acertar cada jornada los resultados de catorce partidos, sino también el número de penaltys que se señalarían y cuántos de ellos no se traducirían en gol. Con semejantes alicientes, los ciudadanos de la URSEE se sintieron muy dichosos y hasta olvidaron a ratos sus penurias, estimulados con el ejemplo de aquellos que se hacían relativamente ricos gracias al azar.

Abolidas caducas diferencias de clases, proscrita la aristocracia de feudales costumbres, arruinada la burguesía conservadora y funesta, reducidas a sus justos límites las profesiones liberales, en la URSEE todos se igualaban por el rasero de un pueblo que compartía ejemplarmente sus problemas y sus necesidades, convencido de estar sirviendo los más hermosos ideales comunistas. Bien es cierto que también existían dos estamentos sociales que gozaban (con toda justificación) de ciertos privilegios. Por un lado, la clase política dirigente, que no en vano se sacrificaba en el ejercicio de su abnegada función pública. Y por otro, los militares. Los militares vestían uniformes rutilantes, cobraban sueldos superiores a la media nacional y disfrutaban de especiales racionamientos. Pues por algo estaban encargados de la defensa de las libertades y eran todos fidelísimos militantes del partido, prestos a dar sus vidas por la revolución del proletariado.

El pueblo comprendía perfectamente las razones de semejantes prebendas y jamás protestó por la diferencia de trato (al menos, públicamente). Aceptaba

los cotidianos sacrificios, consciente de que se debían a la situación mundial y nunca a posibles errores de sus jefes; y las mujeres incluso agradecían el hambre que pasaban, ya que de esta forma se evitaban los antes tan incómodos problemas de gordura. Aunque la escasez de alimentos originaba, en ocasiones, curiosas situaciones; como, por ejemplo, la provocada en Lugo. Fue una noticia que conmovió en todo el Estado, y cuya innecesaria difusión le costó el puesto y un destierro de tres meses a la isla de la Gomera al censor que la dejó pasar. Había muerto un niño de once años. Estaba enfermo de tuberculosis desde meses atrás; los compañeros de la escuela popular de primera enseñanza le dieron de lado al tener conocimiento de su dolencia, tan contagiosa y, ya internado en el Hospital del Pueblo, pasó en la más amarga de las soledades sus últimas semanas de vida; solo su madre, viuda, seguía pendiente de él, atendiéndole con amorosa solicitud. Murió un día de noviembre, con niebla y frío. Y la madre, para compensarle del vacío que había padecido durante tanto tiempo, quiso que su entierro resultara multitudinario; para ello anunció que obsequiaría con pan y chocolate y un bocadillo de mortadela a todos los niños que acudieran.

No se recordaba en la ciudad otro sepelio semejante. Más de quinientos muchachos seguían al coche fúnebre que, arrastrado por dos caballos escuálidos, atravesó lentamente las calles del centro, para seguir después hasta el cementerio. Bajo la mirada triste de sus condiscípulos, el féretro blanco fue colocado en la fosa; una vez que los sepultureros terminaron de cubrirla, con sus paletadas de arena, todos los estudiantes se pusieron en fila, para recibir el premio prometido. Y volvieron a sus casas, felices por el almuerzo, tan difícil de conseguir en aquellos tiempos. Quizá alguno tuviera incluso un recuerdo para el compañero muerto.

La madre también estaba gozosa, en medio de su dolor: el chico había tenido un entierro brillante. Pero la Comisaría de Tasas, que no sabía de sentimientos, le impuso una multa de diez mil pesetas, por distribuir sin licencia alimentos racionados.

La finca, en la provincia de Toledo, había pertenecido al conde de Romanones. Lógicamente expropiada, en aplicación de la ley de Actividades Antidemocráticas, pasó a formar parte del patrimonio colectivo del pueblo; aunque, para preservar su riqueza ecológica y en evitación de que se perjudicaran sus reservas de caza y cetrería, quedaba rigurosamente prohibido el acceso del público a ella. No obstante, para impedir asimismo que la

proliferación de especies resultara excesiva, con los riesgos que ello suponía para su adecuada perpetuación, el gobierno celebraba allí, con alguna frecuencia, animadas cacerías de perdices, conejos y liebres, que en ocasiones alcanzaban también a los venados y los jabalíes.

Semejantes festejos cinegéticos cumplían una doble función: por un lado, permitían relajarse a los altos cargos del gobierno y del partido de su constante crispación; pero, además, fomentaban una relación informal entre ellos, que les facilitaba el intercambio de ideas y opiniones, lejos de la agobiante presión de sus despachos. Como también acudían embajadores y destacados miembros del Cuerpo Diplomático, siempre se obtenía alguna información importante, pues a los postres de un copioso yantar, hasta los más discretos plenipotenciarios suelen sentirse locuaces. Por último, los empresarios del partido que solían ser invitados aprovechaban para plantear peticiones y solicitudes, fuera de todo protocolo, resolviendo así muchas veces, en un momento, problemas que llevaban largo tiempo tramitándose en las instancias oficiales.

La jefa del Estado no era demasiado aficionada a las cacerías; pero las toleraba para satisfacer a Paco Antón, a quien en cambio entusiasmaban. Impecablemente vestido, luciendo siempre los más elegantes modelos, el comisario general del ejército asombraba por su puntería, que le hacía batir todas las marcas en el cobro de piezas. Tampoco el doctor Negrín sentía excesivo gusto por la caza; no así Rosita Díaz, que además de ser una excelente escopeta, aprovechaba también para confirmar su distinción y acierto en el vestuario campero. Grandes cazadores eran el hombre de negocios Sarasqueta y el comisario de Guerra, Tagüeña; en cambio, Carrillo jamás disparó un solo tiro. Lejos de los periodistas, reconocía su alergia a las armas de fuego.

Este fin de semana, la cacería está resultando brillantísima. Antón lleva cobradas más de cien perdices; Rosita ha matado un gorrino; el embajador soviético abatió dos ciervos de poblada cornamenta; Tagüeña va por las cuarenta liebres. Mientras los entusiastas cazadores recorren los taludes de la finca, se ocultan entre los arbustos, siguen atentos la marcha de los ojeadores, Dolores y Negrín, en la sala de estar del viejo caserón, al amor de la lumbre, solos y distendidos, comentan la situación del país.

—No quiero dramatizar, doctor; pero esos focos de agitación que se están manifestando en Castilla, en Valladolid, especialmente, me preocupan bastante…

—He dado órdenes muy concretas al gobernador civil y al jefe de la policía para que procedan con toda energía. Ya sabe que se trata de grupos de falangistas, dirigidos por José Antonio Girón, que están actuando desde la clandestinidad con indudable audacia. Han volado varios enlaces eléctricos, sabotean las comunicaciones ferroviarias e incluso, en la propia capital vallisoletana, colocaron unos petardos en la sede del partido y han cubierto las paredes de muchos edificios del centro de la ciudad con letreros subversivos.

—¿Y cómo no consiguen detenerlos?

—Están protegidos por la población civil: ya sabe que aquellas provincias nunca nos fueron demasiado afectas. De todos modos, confío en que, a no tardar, los atraparemos.

—Las dificultades que padecemos facilitan estas protestas; es evidente que, en los problemas alimenticios y de todo orden que nos afligen, nuestros enemigos encuentran materia sobrada para campañas demagógicas contra el régimen…

—De usted para mí, Dolores, me inquieta la situación. Le digo más: pienso que nuestro amigo Stalin nos tiene olvidados.

—Hay que comprender sus muchas preocupaciones. Aunque, en efecto, quizá no se da cuenta de que nuestro pueblo necesita algo más que estímulos ideológicos y funciones gratuitas de teatro. Ayer mismo se lo dije a Rosenberg; la URSS debía enviarnos algunos barcos con trigo, con carne, con esas materias básicas que tanta falta nos hacen…

—En mis meditaciones he llegado al convencimiento de que nos perjudica la situación ambigua en que nos encontramos. A lo mejor, si declarásemos la guerra a Inglaterra, forzaríamos al Eje a prevenir nuestras carencias y a satisfacer todas nuestras necesidades…

—Yo también lo he pensado más de una vez…

Negrín bebe un poco de whisky.

—Hablando de otra cosa —dice el doctor—. Ayer me llamó su hijo Rubén, para comunicarme que se marcha voluntario al ejército soviético.

—Sí; tiene mucho espíritu. Quiere participar activamente en la guerra.

—Es un hermoso gesto. —Vacila unos instantes—. También me pidió autorización para visitar a su padre.

—Yo se la he negado. ¿Se lo dijo? No viene a cuento; Julián vive su vida, trabaja en la factoría siderúrgica de Asturias y no hay por qué mezclarle en los problemas de sus hijos. Cuanto menos se hable de él, mejor.

—Lo que usted diga; a fin de cuentas, se trata de su marido.

—Cambiemos de tema. ¿Le parece?

Con gran oportunidad, llegan los cazadores. Paco Antón exhibe con orgullo unas ristras de perdices y, al tiempo que besa a Dolores en la mejilla, le dice, exultante de júbilo:

—¡He batido mi récord! ¡Ciento quince!

El embajador Rosenberg comenta al presidente del gobierno.

—Como los dos ciervos que he matado tienen unos cuernos grandísimos, los llamo Churchill y Bevin.

Y ríe ruidosamente su presunta gracia.

Más alejados, el comisario de Industria y Comercio y Sarasqueta dejan las escopetas junto a la pared, se quitan las zamarras y se felicitan mutuamente:

—¡Estás mejor que nunca!

—¡Pues a ti no se te ha escapado ni una pieza!

—¿Una copa para celebrarlo?

—¡Venga ya!

Después del brindis, el hombre de negocios recuerda a Vidiella:

—Entonces, lo de la importación de esos tractores…

—Vente mañana a las once por el ministerio, para que te firme las licencias.

El tercer aniversario de la terminación de la guerra civil se conmemora con especial fasto. Es el día de la Victoria, fiesta oficial en todas las repúblicas de la URSEE, y las ciudades se engalanan para rendir homenaje al Ejército Popular, que desfila por las calles céntricas. La parada alcanza singular brillantez en Madrid; veinte mil soldados de todas las armas, alumnos de las Academias Militares Populares, regimientos motorizados y fuerzas de seguridad recorren la avenida de Rusia y son vitoreados por la multitud. Una multitud bastante menos densa que el año anterior, pero notoriamente más vocinglera, quizá porque la víspera ha recibido un racionamiento extraordinario ciertamente generoso.

En la tribuna del Cuerpo Diplomático destaca la posición privilegiada de los embajadores de la Unión Soviética y del III Reich, este de gran uniforme. Los agregados militares siguen con especial atención el desfile; no se les oculta que, pese a su brillante apariencia, a la exquisita limpieza y perfecta presentación del armamento, todo él queda muy por debajo de los modelos que se están utilizando en los campos de batalla europeos. Y los aviones que surcan el nítido cielo madrileño, en impecable formación, son todavía los veteranos aparatos de la guerra civil. Pero la preparación de las tropas resulta

admirable, así como su marcialidad: el comisario general del ejército recibe efusivas felicitaciones, que también alcanzan —menos calurosas— al comisario de Guerra, general Tagüeña.

Para celebrar el día de la Victoria, el gobierno ha concedido un indulto que alcanza a todos los presos políticos condenados a penas inferiores a cinco años de prisión. Gracias a tan magnánima disposición, salen en libertad unas cincuenta mil personas; entre ellas el ya sexagenario escritor Eugenio d'Ors, que renuncia a hacer declaraciones. En todos los pueblos y ciudades del Estado tienen lugar ruidosas fiestas populares, alegres verbenas (en los pim-pam-pum se lanzan las pelotas contra muñecos que representan a Churchill y otros políticos británicos), representaciones teatrales y proyecciones de películas rusas, alemanas (alcanza especial éxito el largometraje documental de la UFA *La victoria del Oeste*) y, con carácter de estreno, los más recientes films nacionales, salidos de los Estudios Colectivizados de Madrid: *Crónica del alba*, sobre una novela todavía inédita de Sender; *El crimen de Cuenca*, donde se denuncia el famoso error judicial y se muestran con crudo realismo los salvajes métodos torturadores de la extinta Guardia Civil, y *Dolores*, apasionada a la vez que imparcial biografía en imágenes de la jefa del Estado. Antes de la película base se ofrece un extraordinario del Noticiario Popular NO-PO, con un emocionante resumen de los principales momentos de la guerra civil e impresionantes escenas rodadas en los frentes de batalla. Gracias al material ocupado a los facciosos en Burgos, pueden verse también alucinantes planos de las siniestras ejecuciones de obreros y soldados leales efectuadas en la antigua zona franquista. La intención de este número especial del NO-PO confirma las palabras pronunciadas por Dolores Ibárruri en el homenaje a los muertos por la libertad:

—Algún día quizá lleguemos a olvidar, pero perdonar, no perdonaremos nunca.

Con objeto de que los festejos conmemorativos resulten lo más divertidos posible, se han cursado instrucciones a las fuerzas de seguridad y policías locales de vigilancia para que se muestren tolerantes con los excesos de los jóvenes; de modo que no tendrán que sancionar con multas de diez pesetas (como habitualmente hacen) a las parejas que sean descubiertas besándose en público o cometiendo actos atentatorios contra el decoro, tan celosamente cuidado por el PCE. Más aún: en vez de aplicarles el castigo pecuniario, les regalarán un ejemplar de los *Discursos de la jefa del Estado* y de *El capital*, de Carlos Marx, en la edición que acaba de lanzar Publicaciones Comunistas, organismo dependiente del Ministerio de Cultura y Propaganda.

Al anochecer del día de la Victoria llegan al Comisariado General del gobierno noticias poco gratas: en Medina del Campo, grupos de agitadores han prendido fuego a varias banderas rojas; en Olmedo hizo explosión una carga de dinamita, destrozando una torre de distribución eléctrica; en Cebreros (Ávila), varios encapuchados asaltaron el despacho del alcalde y comisario local del PCE, destrozando el mobiliario y llenando las paredes de letreros subversivos. Pero la información más grave viene de Berlín, comunicada en clave por el embajador Jiménez de Asúa: surgen fuertes discrepancias entre Hitler y Stalin en lo referente al planteamiento estratégico del desembarco en las islas británicas y, sobre todo, en cuanto a la fijación del día D.

La censura, atenta siempre al bienestar y la tranquilidad de los ciudadanos, prohíbe la difusión de tan malas noticias. Pero, al margen de la euforia del tercer aniversario, lo cierto es que en esta triste primavera del 42 apenas hay horizontes para la URSEE, famélica, pobre y en tan equívoca posición frente al mundo.

FICCIÓN DÉCIMA

(SUPUESTO A)

Los ejércitos germano-soviéticos invaden las islas británicas • La URSEE declara la guerra a la Gran Bretaña • Toma de Londres • Estados Unidos reafirma su neutralidad, aunque envía una División de Voluntarios al frente inglés • Final de la guerra • Los «tres grandes» se reparten Europa • El juicio de Oxford • Aislamiento diplomático de Portugal • Stalin cesa al doctor Negrín • Carrillo, nuevo presidente del gobierno • Nombramientos y depuraciones • La sovietización del país • Libertad, ¿para qué?

Superadas sus diferencias de criterio, Adolfo Hitler y José Stalin fijan el día D —25 de abril— y la hora H —5.05 de la mañana— para comenzar el ataque a las islas británicas. Treinta divisiones alemanas y treinta soviéticas intervienen en la operación *Überlord*, en la que participan también más de quinientos navíos de guerra de ambos países, apoyados por dos mil aviones *Stuka*, *Messerchmidt* y *Tupolev*. Durante los días anteriores, masivos bombardeos de V-1 y V-2 han pulverizado las costas del sur de Inglaterra; hace ya una semana, además, que el *Afrika Korps* domina totalmente el canal de Suez, tras ocupar El Cairo y Port-Said. El Cuerpo Expedicionario Británico se ha entregado a las fuerzas del Eje; singular emoción revistió la rendición del mariscal Montgomery. Rommel le recibió en su tienda de campaña, vestido con uniforme de gala; previamente, Monty —que lucía todas sus condecoraciones— cruzó ante una doble fila de soldados alemanes e italianos, que le rendían honores, mientras la banda de música hacía sonar ritmos marciales. Los dos grandes rivales en la guerra del desierto se estrecharon las manos durante varios segundos; tras firmar el acta de capitulación, el militar alemán abrazó al inglés, quien profundamente afectado le hizo entrega de su famosa fusta, inseparable compañera en los campos de batalla. Después, los

dos mariscales pasaron juntos revista a las fuerzas y partieron, también juntos, hacia la capital egipcia, donde Montgomery sería internado en la propia residencia de su vencedor. La guerra de África, que tanto se había distinguido desde un principio por la hidalga actitud de los contendientes, terminaba así con ejemplar caballerosidad.

El asalto a Inglaterra lo dirigían, conjuntamente, los mariscales Von Brauchtisch y Zukov. De ambos fue la genial idea de sorprender al ejército británico, concentrado casi enteramente al sur de la isla, desembarcando el grueso del ejército expedicionario en las costas orientales. Aunque algunas unidades amagaron también un desembarco en la isla de Wight, en Dorchester y en Chichester, el grueso de la flota y millares de paracaidistas cayeron inesperadamente sobre Ipswich, Norfolk, Great y Suffold, zonas escasamente guarnecidas. Tan imprevista dirección del ataque principal, desde el mar del Norte, en vez de seguir el esperado camino del canal de la Mancha, desconcertó al estado mayor inglés, de tal manera que los invasores consiguieron establecer cabezas de puente en todas las playas, progresando más de veinte kilómetros hacia el interior en los dos primeros días.

El uno de mayo, la URSEE declaraba la guerra a la Gran Bretaña; la víspera, una división naval del Eje había desembarcado varios millares de soldados de infantería, con abundante material de acompañamiento, en Las Palmas de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife y la Gomera. En Madrid, la prevista manifestación conmemorativa de la fiesta del Trabajo se convirtió en magna demostración de apoyo a la política intervencionista del gabinete Negrín. Una gigantesca masa de militantes del PCE se agolpó frente a la sede del partido, desde cuyo balcón principal la jefa del Estado arengó a la muchedumbre con enfervorizadas palabras. Sin embargo, en Barcelona, Bilbao, San Sebastián y Valladolid, la Guardia de Asalto tuvo que reprimir algunos conatos de protesta, a cargo de pequeños grupos subversivos, fácilmente reducidos por las fuerzas del orden. Los cabecillas fueron juzgados por el Tribunal Sumarísimo y ejecutados a los pocos días, como reos de alta traición.

Los ejércitos ruso-germanos entraron en Londres el 10 de junio. La ciudad ofrecía un aspecto desolador, totalmente arrasada por los bombardeos. Destruido el palacio de Buckingham, en sus sótanos aparecieron los cadáveres de varios miembros de la familia real, muertos por envenenamiento: probablemente se habían suicidado. Jorge VI y la reina-emperatriz, refugiados hasta entonces en Escocia, salieron en avión, con sus hijos, acogiéndose al asilo ofrecido por el gobierno canadiense. Durante el verano, todavía se luchó

con dureza en el país de Gales; amparados en las montañas, los restos del ejército imperial dieron pruebas de enorme heroísmo frente a la abrumadora superioridad de sus enemigos. Desde Glasgow, Winston Churchill intentaba desesperadamente frenar el avance de los invasores y, sobre todo, movilizaba su formidable capacidad de convicción para conseguir que Estados Unidos abandonase la neutralidad.

Sin embargo, el Senado norteamericano se mantenía inflexible en su postura no beligerante. Los informes del Pentágono consideraban irreversible la derrota británica; además, el Partido Comunista llevó a cabo una tenaz campaña de propaganda antibélica, muy bien acogida por gran parte de la opinión pública. El presidente Roosevelt, cuyas simpatías hacia la causa británica resultaban notorias, hubo, pues, de plegarse ante el mayoritario clamor de los ciudadanos. Lo único que pudo hacer en favor de Inglaterra fue autorizar el envío a las islas de una división de voluntarios: más de treinta mil norteamericanos se inscribieron en ella y su mando se encomendó al general Dwight Eisenhower. Luchó con singular heroísmo en el frente de Gales, sufriendo doce mil bajas —de ellas, 3334 muertos—; pero su esfuerzo resultó baldío. A finales de agosto de 1944, con la total ocupación de Irlanda, se consumaba la victoria del Eje MoscúRoma-Berlín. La guerra había terminado.

Reunidos en Potsdam, Hitler, Mussolini y Stalin —a quienes llamaban *los tres grandes*— acordaron el reparto territorial que Hitler y Stalin tenían previsto, sin hacer el menor caso de las protestas del *Duce*, quien consideraba preteridos los derechos italianos. También se decidió conceder plena soberanía al Ulster y a Eire, convertidas en Repúblicas Socialistas bajo la tutela de la Unión Soviética; lo mismo que Escocia y Gales, dependientes estas de Alemania. Inglaterra se dividía en dos naciones independientes: la República Democrática y la República Federal. Durante diez años —en principio— permanecerían en las islas británicas fuerzas de ocupación de los tres ejércitos vencedores, que mancomunadamente garantizarían el orden público y el fiel cumplimiento de los términos del acta de rendición. Pronto se popularizó la curiosa estampa de los *jeeps* patrullando por las destrozadas calles londinenses, con un soldado ruso, otro alemán y otro italiano, como triples encargados de la vigilancia.

Con la victoria del Eje se hizo difícil la situación de Portugal, país tradicionalmente amigo de los británicos. Con indudable sentido práctico, Oliveira Salazar había hecho evolucionar el sistema político del Estado en los últimos meses y, de modo especial, a partir del desembarco. Incluso llegó a legalizar al Partido Comunista, si bien mediatizando sensiblemente su

capacidad de maniobra, a la vez que se creaba un partido nazi y se declaraban fuera de la ley la democracia cristiana y grupos afines. Pese a tales esfuerzos por aproximar su régimen a los modelos de los vencedores, los tres grandes acordaron el bloqueo diplomático del gobierno luso, al que exhortaban para incorporarse de modo total a las directrices del Nuevo Orden europeo. Aunque la mayoría de los embajadores abandonaron Lisboa, el de Estados Unidos no solo permaneció en su puesto, sino que hizo significativas declaraciones en favor del derecho de los portugueses a decidir libremente su futuro político. Una ingente muchedumbre se manifestó en Lisboa el 6 de diciembre, patentizando su apoyo a Salazar; entre el gentío figuraban numerosos exiliados españoles.

A pesar de alguna protesta aislada de juristas norteamericanos, un tribunal compuesto por magistrados rusos, alemanes e italianos juzgó a Churchill, Montgomery, Wawe, Eden, Chamberlain y otros destacados políticos y militares británicos como responsables de los que se denominaron *crímenes de guerra. El proceso de Oxford*, así conocido por celebrarse en la histórica ciudad universitaria, terminó con la condena a muerte del ex premier británico y del rey Jorge VI (juzgado en rebeldía), mientras a Montgomery se le imponía tan solo la pena de treinta años de reclusión, gracias a la intervención como testigo de descargo del mariscal Rommel.

La Nueva Europa o la Europa del Nuevo Orden, como gustaban de llamarla los vencedores, comenzaba a vivir una época llena de incógnitas y, por supuesto, dentro de un sistema común para todos los países de su recompuesto mapa político: la dictadura.

La terminación de la guerra produjo en la URSEE la natural alegría. Aunque la aportación material del Ejército Popular a la contienda había sido meramente simbólica, la seguridad de que por fin acababa la pesadilla y se disipaban las dudas acerca de la tan temida participación efectiva de los soldados españoles en los combates causó una enorme satisfacción en el pueblo. Hubo manifestaciones, homenajes a los bravos defensores de la libertad (cuyo valor se les suponía enteramente) y racionamientos extraordinarios, gracias a los envíos de alimentos básicos hechos desde Alemania. Por si algo faltara, más de cuatrocientos mil trabajadores de todo el Estado fueron contratados para marchar a Francia y los países centroeuropeos, donde después de la contienda escaseaba la mano de obra. Salieron jubilosos los emigrantes y pronto sus familias comenzaron a recibir confortadores giros,

aunque siempre a través del Comisariado del Trabajo, que retenía un treinta por ciento de sus importes en favor de los servicios asistenciales del partido.

Las consecuencias políticas de la victoria del Eje Berlín-Roma-Moscú no se manifestaron hasta finales de octubre. Para entonces, Stalin había enviado a Madrid un nuevo embajador, —Kulik—, cuya primordial tarea consistió en asegurar la total sovietización del país. El 27 se hacía pública la modificación del gobierno central, de cuya presidencia desaparecía el doctor Negrín. Su cese no sorprendió en el Buró Central del PCE, donde se conocían sobradamente los enfrentamientos habidos entre el ya ex jefe del gabinete y el Politburó ruso en las últimas semanas. Pues, al cabo de los años, Negrín había reaccionado contra las cada vez más exigentes consignas soviéticas y, en una violenta entrevista con Rosenberg, reivindicó su derecho a gobernar sobre modelos propios. Stalin ordenó inmediatamente a la jefa del Estado que prescindiera del hasta entonces fiel aliado, robusteciendo así la ortodoxia comunista del gobierno.

Santiago Carrillo fue nombrado presidente, creándose una vicepresidencia para Francisco Antón, quien mantenía además su cargo de comisario general del ejército. Al Comisariado de Cultura y Propaganda se incorporaba Luis Lucio Lobato, que en su discurso de toma de posesión exaltó la doctrina leninista, precisando que era indispensable *educar nuevas promociones de hombres y mujeres, que vean en el comunismo el modo de vida superior a que se hallan destinados los pueblos al culminar el grandioso proceso de sus luchas de liberación*. Y, tras destacar que *son las ideas las que mueven el mundo*, terminó recordando que esas ideas habían dado a los heroicos pueblos soviéticos la *bravura indomable propia de su primera Guardia Roja*.

La vacante de Carrillo en Gobernación fue cubierta por el general Antonio Cordón. Gregorio López Raimundo se encargaba de Agricultura y pasaba al Comisariado de Instrucción Pública (al que se agregaban las competencias de Sanidad) la secretaria de la jefa del Estado, Irene Falcón. Después de la toma de posesión del nuevo gabinete, Santiago Carrillo se dirigió por radio a todos los pueblos de la URSEE. En su emocionada alocución, exaltó la figura de Dolores Ibárruri, *la persona que representa el espíritu de nuestra nación*, para terminar asegurando que *los comunistas españoles seguiremos el camino de Lenin, el camino del marxismo revolucionario*.

El cambio de gobierno trajo consigo el endurecimiento de la política de censura, una incidencia todavía mayor del partido en todas las actividades del país y la aplicación de severas medidas depuradoras a varios antiguos prohombres del régimen, ahora considerados desviacionistas o simplemente

demasiado tibios en el cumplimiento de las órdenes de Moscú. Fueron desterrados a las Hurdes, entre otros, Fernando Claudín, Manuel Azcárate, Jesús Hernández, Jorge Semprún y Juan Astigarrabia; este había pretendido crear un Partido Comunista vasco, con manifiesta autonomía frente al PCUS. El general Líster, tras hacer graves acusaciones contra Carrillo (que, naturalmente, no fueron difundidas), huyó audazmente en un avión, del que se apoderó, pistola en mano, en Getafe, ignorándose su paradero. Al doctor Negrín se le permitió trasladarse a Berlín, donde volvió a ejercer la enseñanza, como catedrático-consultor de fisiología en aquella facultad de medicina.

A finales de 1945, la URSEE había mejorado notablemente su situación material. Los racionamientos eran más frecuentes y cubrían las necesidades básicas de los ciudadanos; la Sanidad estatal atendía perfectamente a todos los militantes del partido; la enseñanza, gratuita, seleccionaba a los alumnos y los distribuía después según su capacidad, señalándoles asimismo la especialización de sus estudios, por supuesto sin contar para nada con la opinión de los padres; ya totalmente estatalizada, la industria daba ocupación y salarios, bajos, aunque suficientes, al 80 por ciento de la población laboral activa, mientras el 20 por ciento restante trabajaba en el extranjero; en los bloques de viviendas que se construían a toda prisa, cada ciudadano disfrutaría de 3 × 3 metros de habitación, con elementos sanitarios comunes a cada planta. La asimilación con el ejemplar modelo soviético era, pues, casi absoluta; y a ciertos retrógrados que, en voz muy baja, osaban quejarse de la falta de libertades, había que recordarles la admirable respuesta de Lenin: «Libertad, ¿para qué?».

Por lo demás, un decreto del Comisariado de Instrucción Pública y Sanidad nombró subsecretario general del departamento, justamente la víspera de Navidad, al camarada Joaquín Ruiz.

(SUPUESTO B)

Estados Unidos entra en la guerra • Ocupación de las Canarias • Desembarco en África • Primeras fricciones entre Hitler y Stalin • Los «maquis» actúan en Polonia • La aviación norteamericana, dueña de los aires • La Wehrmacht ocupa la URSEE • España, en guerra • Ruptura del Eje • Desembarco en Sicilia y rápida ocupación de Italia por el ejército norteamericano • La guerrilla española hostiga a los alemanes • Lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Dresde • Final de la guerra • Los vencedores nombran una gestora provisional para gobernar España hasta la prevista convocatoria de elecciones generales, en 1947

Mientras Hitler y Stalin continuaban sin ponerse de acuerdo —tampoco sus respectivos estados mayores—, sobre el modo definitivo de realizar la Operación de desembarco en las islas británicas, en Estados Unidos se desarrollaba una gigantesca campaña propagandística en favor de la intervención en el conflicto europeo. El cine, las principales cadenas de prensa y las emisoras de radio (la mayoría de todos estos medios informativos estaban en manos de judíos) excitaban al pueblo americano, recordándole la histórica responsabilidad que contraería, de asistir indiferente a la desaparición de las democracias en el Viejo Continente. Un joven político, apellidado McCarthy, se erigía en el principal líder anticomunista del país y en sus discursos denunciaba la crueldad del régimen soviético y el siniestro talante de su jefe, el dictador Stalin, así como el intolerante racismo de Hitler. El ejército apoyaba con entusiasmo tales campañas, pues notoriamente ansiaba poder demostrar la calidad de su modernísimo armamento y el valor y la disciplina de sus jefes y soldados.

A comienzos de abril, Winston Churchill voló secretamente de Londres a Washington, donde mantuvo largas entrevistas con el presidente Roosevelt, el secretario de Estado y los principales mandos del Pentágono. En aquellas reuniones, que duraron dos días, se decidió la entrada en guerra de Estados Unidos, que firmó con Gran Bretaña la llamada Carta Atláptica. Con el natural júbilo regresó el *premier* a la capital inglesa, más reforzada todavía su siempre incombustible moral de triunfo; por cierto que el espionaje del Eje

tuvo noticia de ese viaje de vuelta y varios cazas alemanes ametrallaron y derribaron en el canal de la Mancha un avión en el que se suponía que viajaba. Previsoramente, Churchill había sido sustituido por otra persona, mientras él volaba en aparato distinto y por distinto trayecto. Murieron todos los ocupantes del Dornier, entre los que se encontraba el famoso actor de la pantalla Leslie Howard.

El 25 de abril, a las 8 de la mañana, Estados Unidos declaraba la guerra a la Unión Soviética, Alemania e Italia; casi a la misma hora, una poderosa flota norteamericana desembarcaba millares de *marines* y cantidades ingentes de material en Las Palmas de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife y demás islas del archipiélago canario, que quedaba en pocas horas totalmente ocupado. Tomándolo como plataforma para su posterior salto a las costas de Europa y África, los americanos daban así el primer paso en remedio de la asfixia que amenazaba a la Gran Bretaña. El gobierno de la URSEE publicó una nota de protesta por la violación del territorio de la República Socialista de Canarias y anunció la retirada a su embajador en Washington; aunque, de momento, sin efectuar una formal declaración de guerra a Estados Unidos.

Coincidiendo con la ocupación de las Canarias por los americanos, surgían graves focos de insurrección en los países bálticos, en Albania, en Yugoslavia y, sobre todo, en Polonia, donde los guerrilleros llegaron a tomar incluso algunas ciudades. Stalin decidió entonces retirar diez divisiones de las que, en las costas francesas del canal, aguardaban la orden de asaltar Inglaterra, para dedicarlas a combatir a los *maquis*, que, apoyados entusiásticamente por la población civil de los países ocupados, podían constituir grave peligro para la Unión Soviética. Semejante medida del mariscal ruso disgustó muy mucho al *Führer*; ambos dictadores mantuvieron una agria entrevista en Munich, que deterioró seriamente su alianza militar.

A comienzos de mayo, fuerzas navales de Estados Unidos, en cantidad jamás conocida hasta entonces, machacaban la costa occidental de Marruecos, como preparación para el ulterior desembarco de veinte divisiones, al tiempo que desde el cielo, millares de paracaidistas caían en las cercanías de Rabat, Fez y Casablanca. Las guarniciones italianas que defendían esta zona apenas opusieron resistencia; a los dos días, los americanos habían llegado hasta la frontera con el protectorado español de Marruecos, donde se detuvieron. Hitler ordenó a Rommel que abandonara su avance hacia Alejandría, para atender el nuevo frente que se había creado a sus espaldas —bien que a miles de kilómetros—; de nada sirvieron los argumentos del mariscal intentando hacerle desistir de tan absurda decisión. Tenía razón el bien llamado *Zorro del*

desierto: Montgomery, recobrada la moral de sus tropas y apoyado por centenares de aviones americanos, inició una violenta contraofensiva. A las cinco semanas de combatir ferozmente, en condiciones terribles por el calor, los ingleses habían recuperado Tobruk y Bengasi. Los bombardeos de la aviación norteamericana hundieron veinte petroleros alemanes y rusos, que transportaban gasolina para los tanques del *Afrika Korps*. Faltas de combustible, las máquinas de Rommel quedaron paralizadas; en pleno desconcierto, numerosas unidades italianas se entregaron al Cuerpo Expedicionario Británico.

En una aydaz maniobra envolvente, los ingleses cercaron al grueso de las tropas alemanas. Agotadas todas sus posibilidades de resistencia, el mariscal Rommel se rindió a su gran rival en la guerra del desierto. Montgomery le recibió en su tienda de campaña, a la que acudió aquel con uniforme de gala y todas sus condecoraciones. Después de pasar entre una doble formación de soldados británicos que le rendían honores, estrechó con fuerza la mano de Monty, firmó el acta de capitulación y ambos se abrazaron hondamente emocionados. A continuación, Erwin Rommel entregó a Bernard Law Montgomery su famoso bastón de mariscal, tantas veces compañero inseparable en los campos de batalla. Y quedó recluido en la propia residencia de su vencedor.

No era tan ejemplar el desarrollo de la guerra en otros frentes. El ejército soviético trasladado a Polonia y demás países ocupados en los que había surgido la rebelión de los partisanos, actuaba contra estos con increíble ferocidad, aunque con ello tan solo conseguía exacerbar el odio de las gentes e incrementar el número de personas de toda edad que pasaban a engrosar las filas guerrilleras. Las primeras escuadrillas americanas que aterrizaron en Gran Bretaña supusieron un enorme alivio para la moral de los ingleses; además, pronto comenzaron a bombardear sañudamente los acuartelamientos del Eje en Francia y, sobre todo, las plataformas de lanzamiento de las V-1 y las V-2. Aparatos modernísimos competían con ventaja con los alemanes y los rusos en la guerra del aire.

Dueños de todo el Norte de África —con la excepción del Marruecos español—, los ejércitos norteamericanos se dispusieron para el asalto a Europa. Los lugares elegidos para el desembarco quedaban en el más absoluto de los secretos; pero dada la probabilidad de que tuviese lugar en las costas andaluzas, Hitler exigió del gobierno de la URSEE la inmediata declaración de guerra a Estados Unidos, y ante las vacilaciones de la jefa del Estado —a quien Stalin desaconsejó la medida—, ordenó la ocupación del territorio

español por la Wehrmacht. Diez divisiones atravesaron los Pirineos, desdoblándose en distintas direcciones: hacia Castilla y Andalucía, hacia Cataluña y Aragón y hacia Galicia, a lo largo de la cornisa cantábrica. Esta vez los alemanes no llegaban amistosos y sonrientes, como en ocasión de la toma de Gibraltar; lo hacían violentos y provocadores, pese a las teóricas buenas relaciones existentes hasta entonces entre la URSEE y el III Reich.

Ante la agresión germana, despertó el genio de la raza, como se decía en los millones de hojas clandestinas que se repartieron por todo el país. Aunque la actitud oficial acabó siendo sumisa y el gobierno declaró la guerra a la Gran Bretaña y hasta ofreció la colaboración del Ejército Popular en las operaciones preventivas de defensa que se organizaron a toda prisa en el sur de la península, hubo levantamientos populares en Castilla, Extremadura, Galicia, Navarra, Valencia, el País Vasco y Cataluña. Puede decirse que los españoles de todas las regiones reaccionaron con indignación frente al golpe de fuerza del *Führer* y, organizados en guerrillas, lo mismo que los partisanos polacos, comenzaron a crear graves problemas a las fuerzas invasoras.

Forzosamente hay que resumir lo sucedido hasta agosto de 1945, aunque se haga difícil recordar en unas pocas líneas acontecimientos tan dramáticos. El desembarco norteamericano tuvo lugar en Sicilia, en el verano del 44. De allí saltaron los ejércitos de Eisenhower al sur de Italia, que ocuparon sin demasiadas dificultades. Hundida la moral del pueblo italiano, el Gran Consejo fascista destituyó al *Duce* y un gobierno presidido por el general Badoglio abrió conversaciones de paz con Estados Unidos. Hitler solicitó de Stalin que enviara las divisiones soviéticas que quedaban en Francia para contener el avance de los invasores; ante su tajante negativa, consideró roto y sin efecto su pacto de alianza con la URSS. Se retiraron hacia el Este los ejércitos rusos, concentrándose en la frontera polaco-germana, a la vez que el Kremlin enviaba un emisario a Washington para tratar las condiciones de un posible armisticio.

A finales de 1944, Hitler se había quedado solo. Sin embargo, preso de una soberbia ciertamente demencial, pretendía aún ganar la guerra y se negaba a escuchar los consejos de sus asesores militares, a quienes iba destituyendo fulminantemente, acusándolos de derrotistas. Cayeron así en desgracia los grandes jefes de las primeras y gloriosas batallas: Von Rundstedt, Keitel, Guderian, Von Brauchtisch, los almirantes Raeder y Doenitz, sustituidos por generales nazis, tan fanáticos como su *Führer*. En febrero, los ejércitos americanos alcanzaban la frontera italo-germana; al propio tiempo se producía el temido desembarco en las costas de Málaga y de

Almería. España volvía a sentir en sus propias tierras el zarpazo cruel de la guerra. La resistencia, ciertamente tenaz, de los soldados alemanes era correspondida con menor entusiasmo por los españoles; aunque abundaron también los rasgos de heroísmo en aquellos hombres que luchaban por una causa extraña.

Como era de esperar, el pueblo reaccionó en favor de los americanos y los *maquis* incrementaron sus acciones de sabotaje en la retaguardia, y el gobierno, incapaz de aparentar siquiera la menor autoridad, fue sustituido de hecho por un gabinete alemán, a cuyo frente se colocó un *gauleiter*. En abril, la jefa del Estado, el presidente del gobierno, varios ministros —Carrillo, Pascua, Sender— y los generales Líster y Cordon huyeron de Madrid en avión, con dirección a Mongolia, vía Moscú. Para entonces, el ejército norteamericano ocupaba toda Andalucía, Murcia, la costa del Mediterráneo hasta Benidorm y subía por Extremadura, hacia el Noroeste, asegurando la neutralidad portuguesa. Stalin había firmado la paz por separado con Estados Unidos y solo la locura de Hitler podía imaginar una victoria final de sus diezmadas fuerzas.

Sin embargo, el potencial bélico de los alemanes era todavía importante y el iluminado fervor de los jovencísimos soldados, en vez de disminuir, parecía acrecentarse ante la posibilidad de una derrota que terminaría con todas las ilusiones hegemónicas de la Gran Alemania. En tal situación, la guerra podía durar todavía muchos meses; quizá años. Ello decidió al presidente Roosevelt —cuya salud era muy precaria— a tomar una medida histórica: el lanzamiento de una bomba de hidrógeno sobre la ciudad de Dresde. La nueva y terrorífica arma —a la que se llamó bomba atómica— pulverizó literalmente la población alemana, causando más de cien mil muertos y un número incalculable de heridos, además de afectar con su radiactividad a cuantos habitaban en la comarca. El impacto provocado por semejante holocausto fue inmenso; el mundo entero quedó paralizado ante las imágenes cinematográficas del gigantesco hongo y de las calcinadas tierras donde había estado Dresde.

La paz era inevitable. Pero Hitler había dicho, el 1 de septiembre de 1939, al comenzar con la invasión de Polonia la guerra en Europa, que no se concedía otra opción que ganarla o morir con el uniforme puesto. Y así lo hizo: se suicidó en los sótanos del *Reichstag*, en compañía de su amante, Eva Braun, con la que acababa de casarse la víspera. Goebbels también se quitó la vida, con su familia. Los principales jefes nazis, así como los altos mandos militares, fueron juzgados en Nuremberg por un tribunal compuesto por

magistrados ingleses y americanos y condenados, por *crímenes de guerra*, a morir ahorcados. Solo Rommel salvó la vida; se le impuso una pena de treinta años de reclusión, en buena parte, gracias a la intervención como testigo de descargo del mariscal Montgomery.

Para Europa comenzaba una nueva era, marcada por el rechazo absoluto de las dictaduras como forma de gobierno.

Aunque la URSEE, naturalmente, figuraba entre las naciones derrotadas, los vencedores no tuvieron con ella excesivo rigor. La rebelión heroica de los guerrilleros, que tanto ayudó a la ocupación del territorio por el ejército americano y el indudable rechazo que el pueblo había mostrado siempre hacia el nazismo fueron debidamente considerados por los gobiernos de Washington y Londres, al justipreciar las pasadas responsabilidades, que se cargaron mayormente en la cuenta de los jerifaltes comunistas que regían los destinos de la nación en los últimos años.

Por supuesto que desapareció inmediatamente la estructura política de la Unión de Repúblicas Socialistas del Estado Español y fue derogada la Constitución del 39, recuperándose la organización tradicional de las provincias y regiones de España. Como en otros países que padecieron la ocupación del Eje Berlín-Roma-Moscú, aquí se nombró también una gestora o junta provisional de gobierno, que desarrollaría las funciones de la administración central del Estado, hasta que se convocasen elecciones generales, previstas para el otoño de 1947, cuando ya los partidos políticos estuvieran debidamente organizados. El mantenimiento en territorio español de las fuerzas de ocupación anglo-americanas terminaría una vez que, nombrado democráticamente el gobierno de la nación, este comenzara el normal ejercicio de sus atribuciones. Asimismo se preveía la convocatoria de un referéndum posterior para que el pueblo decidiera la configuración definitiva del régimen, en república o en monarquía, premisa inevitable a la discusión de un nuevo texto constitucional.

Con el masivo regreso de los exiliados políticos, la fiebre partitocrática se manifestó esplendorosamente. Más de cuarenta partidos quedaron inscritos en el registro de la secretaría de Gobernación, y junto a siglas tradicionales aparecían otras enteramente nuevas. Rodolfo Llopis encabezaba el PSOE; Indalecio Prieto presentaba el PSD, Partido Social-Demócrata. Gil Robles revivía Acción Popular y Pedro Sainz Rodríguez ofrecía una derecha conservadora monárquica, llamada abreviadamente DCM. Manuel Hedilla

heredaba de José Antonio Primo de Rivera la jefatura de Falange Española de las JONS; Fal Conde mantenía su viejo liderazgo en la Comunión Tradicionalista. Martínez Barrio volvía a encabezar la Unión Republicana, cercana ideológicamente (aunque con sensibles diferencias de matiz) a la Izquierda Republicana de José Giral. Un joven doctor en Derecho, Blas Piñar, fundaba el PFR, Partido Franquista Renovado, que preconizaba un régimen autoritario, con el general Franco —todavía exiliado— en la presidencia del gobierno. Portela Valladares, nuevamente fiel al centrismo político, acaudillaba el CDS, Centro Democrático Solidario; hasta don Alejandro Lerroux se dejaba vencer por su irresistible vocación de poder y presentaba el PDR, Partido Democrático Radical, mientras un grupo de viejos seguidores del marqués de Estella resucitaban nada menos que la Unión Patriótica, añadiéndole —para estar al día— la D de Democrática.

Renacía asimismo el PNV, a cuyo frente figuraba el ex *lehendakari* José Antonio de Aguirre y los tradicionales partidos catalanistas, así como el PPG (Partide do Pobo Galego) y el PAV, Partido Autonomista Valenciano, liderado por Sigfrido Blasco-Ibáñez y varios bloques regionalistas andaluces y canarios. Por supuesto que el Partido Comunista y cualquier otro de ideología afín quedaban expresamente declarados fuera de la ley, lo mismo que el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). La gran novedad en la derecha la constituía la Democracia Cristiana, creada por el antiguo ministro de la CEDA Manuel Giménez Fernández; en la izquierda, el MSA (Movimiento Socialista Auténtico), cuya presidencia de honor fue conferida a Francisco Largo Caballero.

No puede decirse que el pueblo acogiera con excesivo entusiasmo la vuelta de los partidos; lo que más le importaba en aquellos momentos era restaurar las destrozadas economías familiares y conseguir la plena incorporación al trabajo de los muchos desempleados existentes. El problema se resolvió parcialmente con la emigración masiva de mano de obra a Francia y Alemania; por otra parte, Estados Unidos cuidaba de atender las necesidades básicas de materias primas y productos alimenticios, con lo que, al fin, desapareció el espectro del hambre del horizonte nacional. Restablecida la propiedad privada, la banca facilitó créditos en condiciones asequibles, gracias a los cuales apuntó un tímido renacer del comercio y la industria. De las atenciones sanitarias y del orden público se ocupaban, muy eficazmente, las fuerzas de ocupación anglo-americanas, con las que los ciudadanos mantenían una fría a la par que respetuosa relación.

España se enfrentaba, con evidente preocupación y nada disimulado recelo, a un futuro difícil. Pues transcurrido el año y medio durante el que las fuerzas extranjeras de ocupación garantizaban, cuando menos, la seguridad ciudadana, ¿qué ocurriría? Y ¿cuál sería la decisión mayoritaria del pueblo respecto de la nueva orientación política de la nación? Mientras tanto, cuidaban de atender sus necesidades cotidianas y, sobre todo, de ir preparando las decisivas confrontaciones electorales de 1947, un grupo muy diverso de personalidades, a quienes los vencedores de la guerra mundial habían colocado en la Junta de Gobierno: Gil Robles, José María de Areilza, Sánchez-Albornoz, Martínez Barrio, el general Antonio Aranda, Rodolfo Llopis, José Giral, Sainz Rodríguez, todos ellos bajo la presidencia de don Salvador de Madariaga.

Por lo demás, en uno de los primeros decretos publicados por la gestora era nombrado consejero de Instrucción Pública don Joaquín Ruiz.

(SUPUESTO C)

(Como usted, lector, también tiene derecho a formular sus hipótesis y a imaginar la solución ucrónica —y utópica— que más le satisfaga, le ofrecemos unas páginas en blanco para que pueda escribirla a su gusto).

NOTA FINAL

Como puntualizo al comienzo de este relato, si bien los hechos que se narran son absolutamente inventados (y una vez leído, creo innecesario insistir sobre ello), los caracteres de los personajes reales que aparecen e incluso, muchas de sus frases y actitudes, se corresponden bastante con la verdad histórica: dijeron, en efecto, algunas cosas que yo les hago repetir, aunque —obviamente— en lugares y ocasiones muy distintos. Es natural, por consiguiente, que para adecuarme a sus reacciones y repetir sus palabras, así como para situarlas en precisa ambientación, necesitara pinzar en una extensa bibliografía.

Cito como especiales fuentes de orientación la *Historia de la II República*, de Joaquín Arrarás; las *Obras completas* de Manuel Azaña y las biografías sobre el personaje de Emiliano Aguado y Carlos Rojas, esta amenamente novelada. *Nuestra guerra*, de Enrique Líster; *Testimonio de dos guerras*, de Manuel Tagüeña; *Convulsiones de España* y *De mi vida*, de Indalecio Prieto; *España heroica*, del general Vicente Rojo; *Autobiografía de Federico Sánchez*, de Jorge Semprún; *El proceso de Besteiro*, de Ignacio Arenillas; *Entre Hendaya y Gibraltar*, de don Ramón Serrano Suñer; *Yo fui ministro de Stalin*, de Jesús Hernández; *Vida y muerte en la URSS*, de Valentín González (*el Campesino*); *No fue posible la paz* y *La monarquía por la que yo luché*, de don José María Gil Robles; *La guerra desde Londres*, de Luis Araquistain; *El único camino*, de Dolores Ibárruri; *Guerra y vicisitudes de los españoles*, de Julián Zugazagoitia; *Los cien últimos días de la República*, de José M. Martínez Bande, *Mi testamento histórico-político*, de Claudio Sánchez-Albornoz.

Como obras generales, útiles para la ambientación del relato-ficción, las siempre indispensables de Ricardo de la Cierva (*Franco: un siglo de España*, *La historia se confiesa* y *Hendaya: punto final*); la *Historia del Ejército Popular de la República*, del general Ramón Salas Larrazábal; el *Diccionario de la guerra española*, de Manuel Rubio Cabeza; *Los toros de la guerra y del franquismo*, de Demetrio Gutiérrez Aragón; la *Historia del cine español*, de

Fernando Méndez-Leite; la *Historia de la selección española de fútbol*, de «Fielpeña» y, naturalmente, mis propios libros *Contando los 40* y *La España de la posguerra*.

He consultado asimismo las colecciones de los diarios *ABC* y *Arriba*; el aleccionador folleto *Los nuevos liberales*; el prefacio de José Bergamín a *Espionaje en España*, de Max Rieger; las entrevistas de Oriana Fallaci a Santiago Carrillo y los semanarios *Ahora, Fotos, Signal, Legiones y Falanges* y *Blanco y Negro*.

Comencé a escribir el libro en 1976. La aparición, aquel mismo año, de las novelas de Jesús Torbado y Fernando Díaz-Plaja (a las que ya me he referido en las *puntualizaciones* iniciales), que desarrollaban la misma ucronía, me hicieron suspender el trabajo. Aunque desde entonces volví con frecuencia sobre lo escrito, retocando, puliendo y ampliando los folios que tenía terminados. A finales de 1986 me entregué con mayor intensidad al libro, quizá por su contraste con *Zona roja*, que acababa de publicar. Hasta que en 1987 decidí ya concluirlo, al pensar que el 50 aniversario de la terminación de la guerra civil sería fecha idónea para su aparición. Cerca de veinte meses me ha ocupado, pues, esta fase definitiva, en la que las correcciones y ampliaciones del texto resultaron constantes.

Tal es la pequeña historia de *Los rojos ganaron la guerra*, que dedico a quien fuera mi entrañable camarada Rafael García Serrano, generoso lector de todos mis libros y que mucha ilusión tenía en conocer este, cuyo título celebraba sobremanera. No ha querido Dios que pudiera hacerlo; vaya, con mi emocionado recuerdo, el homenaje a la excepcional calidad de su españolísima pluma y el desprecio hacia quienes tanto hicieron por ignorarle en vida e incluso, ya muerto, fueron mezquinos, ruines y absolutamente injustos con su talento de escritor excepcional y con su hermosa fidelidad a un ideario del que jamás abdicó. Porque era todo un hombre, y de Pamplona, además.

F. V. C.

Febrero de 1989.

Notas

[1] La reconstrucción de la entrevista se hace con base en los testimonios del intérprete oficial soviético, Schmidtkoff, recogidos por el profesor Franz S. Dewolbruck en su libro *Spanien, Stalin und das krieg*; en las *Memorias* de Molotov; en la obra de Charles Genscher, *Spain in world war II*, tomo 3.º, y en los *Documentos secretos del III Reich*, legajo 37, vol. 288. <<